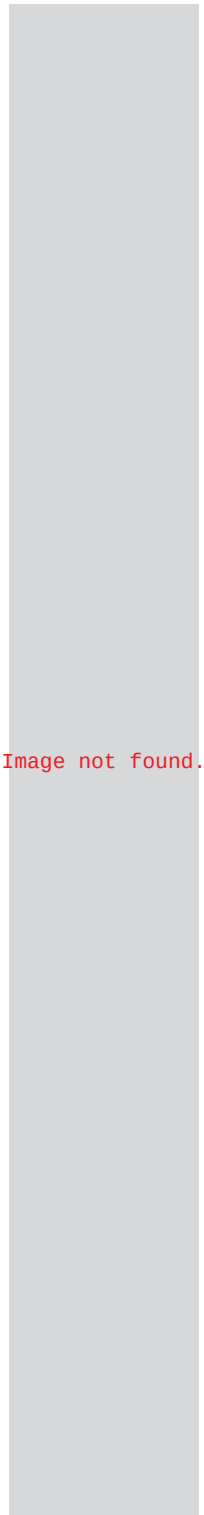
La Princesa y el Caballero

Carolina Sarría



Capítulo 1

Removiendo el Pasado

Era bien entrada la tarde cuando se escucha el leve sonido entrecortado del cuerno en la torre sur, el cual sigue sonando durante unos minutos más en un código que se repite una y otra vez. Camila con sus 26 años nunca lo había escuchado antes, pero sabe lo que significa, los hombres de Harness por fin han llegado.

Se asoma por la ventana y bajo la capa de fría niebla, puede vislumbrar el movimiento de sus hombres armados preparándose para el ataque. Mira por el pasillo y al no ver a ninguno de sus guardias, vuelve a su recamara y atraviesa la puerta secreta detrás del telón para buscar a Mery en la habitación contigua. Su doncella se despierta asustada ante su aparición.

– Vístete rápido Mery, nos atacan – Le dijo susurrando.

La muchacha dudaba entre preguntar u obedecer, y se decidió por la segunda. Bajó rápidamente de su cama, cogió su abrigo del armario y se sentó en el suelo para ponerse los zapatos.

– ¿Qué haremos señorita Camila? – preguntó temblorosa mientras amarraba sus cordones.

– No podemos esperar a que vengan a buscarnos – respondió en vista de que sus guardias no aparecían por ningún lado. – Tendremos que bajar y esconder a los niños.

Camila salió deprisa de la habitación y se lanzó corriendo escaleras abajo con Mery pisándole los talones justo cuando estallaba el primer sonido de cañón y el castillo de Gwerth comenzaba a temblar bajo sus pies. Debió de explotar lejos, pero aún así, el susto casi la hace caer. Camila se sentó en las escaleras y se sujetó a los escalones mientras una nube de polvo y escombros llovía desde el techo ensuciando su vestido de lino verde.

Al recuperarse Camila se apresura a través del gran salón por el pasadizo del ala oeste hacia la escalera de caracol, que lleva a la recamara de los niños. Mery no puede seguirle el paso, pero sabe a donde se dirige, así que aprovecha para pasar por la cocina y llenar un saco con lo primero que puede alcanzar con sus manos tambaleantes.

– ¿Dónde estabas? – Le gritó Camila cuando volvieron a encontrarse. – No

te separes de mí.

Mery le muestra el saco con los víveres y Camila asiente con orgullo. Los niños ya están despiertos y vistiéndose de prisa. Ninguno entiende lo que pasa, pero siempre han seguido al pie de la letra las ordenes de Camila, más por devoción que por otra cosa.

Entre ambas, los guían con premura desde la base de la torre norte hasta las caballerizas, recorriendo casi a gatas el cobertizo donde se encuentra la entrada a los almacenes subterráneos. Con dificultad Camila abre las puertas de madera y ayuda a los niños a bajar las escaleras.

– No dejes que hagan ruido Mery – dijo susurrando. – Volveré en cuanto consiga a alguien que pueda ayudarnos

– Si mi señora – le respondió con voz temblorosa. – Tenga cuidado por favor.

Camila cierra las puertas con fuerza y ata las anillas con la cadena de hierro que quedaba colgando. Sin pensarlo dos veces cierra el candado y se guarda la llave en el bolsillo oculto de su vestido. Debe bloquear la entrada o esconderla de alguna forma.

Al fondo siguen sonando cañones, explosiones, gritos de hombres y choques de espada. Debían de estar cerca de la entrada de la torre sur.

Todo sucede deprisa y Camila no sabe que hacer. Mira a ambos lados del cobertizo y no ve a nadie. Isac no aparece por ningún lado, pero supone que estará recorriendo el castillo entero en su búsqueda.

De pronto, dos hombres se acercan sigilosos desde el jardín central al cobertizo donde se encontraba Camila cubriendo con paja la entrada a los almacenes, y la sorprenden por detrás. El primero de ellos la toma por la espalda e inmoviliza sus brazos. Camila patea al atacante, pero es tan grande que es imposible moverlo sólo con la fuerza de sus piernas. Intenta desprenderse de el retorciéndose entre gritos e insultos, pero los brazos de piedra que la sostienen no ceden ni un milímetro. El segundo hombre se acerca lentamente hasta que se encuentran cara a cara, inspeccionando su rostro y luego su cuerpo descaradamente de arriba abajo. Aunque era joven, tenía un aspecto tenebroso, con profundos ojos negros y ancha barbilla llena de una barba espesa desde la que asomaba una boca que desprendía un aliento nauseabundo.

– Pero mira a quien tenemos aquí – dijo con voz amenazante dejando a Camila mareada con su fetidez. – La reina y señora de Gwerth en persona.

– Deambulando sola en pleno ataque – rió el otro hombre con fuerza a sus espaldas.

– Que eficientes somos – le respondió el segundo. – La hemos encontrado sin que empezáramos a buscarla.

– Suéltenme ahora o tendrán que pagar las consecuencias – anunció ella intentando no sonar tan asustada como lo estaba.

Forcejeó de nuevo para intentar soltarse, pero sólo logró que el hombre le apretara más fuerte las muñecas que ya empezaban a dolerle. El segundo hombre se acercó más aún y le cogió la barbilla con una mano para que le viera directamente.

– Pero que valiente y atrevida – intervino seguido de una carcajada. – creo que no entiende la situación en la que se encuentra ahora. Podemos hacerle lo que nos plazca y nadie podrá ayudarle.

– Debemos llevársela a Cromwell antes de que alguien se de cuenta. – Le interrumpió el primero.

Camila entró en pánico y no podía moverse. Esos hombres podían llevársela o matarla allí mismo y nadie lo hubiese notado. Y lo peor, los niños quedarían atrapados durante días en el maloliente y frío almacén sin que nadie viniese a rescatarlos. Indefensos, solos y desprotegidos porque ella no había tenido la suficiente paciencia para esperar que Isac o Agnes vinieran por ella.

Con esta preocupación en mente y una nueva oleada de energía, Camila apoyo su peso y sus hombros sobre el hombre que tenía detrás y arremetió con ambas piernas hacia delante, dando un golpe seco y fuerte en el pecho del segundo hombre. Este cayó de espaldas sobre la cornisa de piedra y quedó temporalmente inconsciente. Su alivio solo duró una centésima de segundo porque rápidamente quedo inmovilizada de nuevo por el otro hombre que ahora le agarraba por la cintura con más firmeza dejándole en el aire. Camila se retorcía y con todas sus fuerzas intentaba mover sus extremidades para golpear a su contrincante.

Cansado de la tonta lucha con la damisela, el hombre empujó a Camila contra la columna que tenía delante que se encontraba cubierta de espesa hiedra. El golpe contra la piedra dejó a Camila mareada y pronto notó como un hilo de sangre comenzaba a descender por su cara desde su frente.

Abrió los ojos, sopesó sus opciones y lo único que pudo hacer fue gritar, gritar a todo pulmón, gritar pidiendo ayuda mientras seguía retorciéndose

con todas sus fuerzas.

Fue entontes cuando el hombre que le sujetaba con más fuerza por la espalda decidió poner fin a aquel forcejeo y lanzándola al suelo cogió la cadena que sobresalía entre la paja, la enredó en el cuello de Camila y apretó sin la menor consideración.

Camila sabía que ese sería el fin. Se retorcía pero sentía los brazos entumecidos, la cabeza le dolía como si le fuese a explotar y la respiración le faltaba. Pasados unos segundos que parecían una eternidad, dejó de moverse y sus ojos comenzaron a cerrarse lentamente nublando su conciencia, mientras pensaba lo irónico que sería morir bajo las mismas cadenas que apresaban a sus niños, que quizás en ese mismo momento la veían morir ahogada entre los listones de madera de las puertas del almacén.

Pensó en su madre, su padre y su hermano, y las ganas que tenía de verles. Pensó también en Trivol y en los niños. Su mente comenzaba a divagar cuando pensó en Isac, en su sonrisa y sus ojos misteriosos.

Se sentía fallecer cuando de repente pudo respirar de nuevo.

Tomó aire varias veces en sus pulmones doloridos antes de despejar un poco la mente para comprender lo que estaba sucediendo. El agarre de su cuello se había aflojado. El hombre que estuvo a punto de matarle seguía sujetándola con una mano contra el suelo de piedra, pero con la otra luchaba a espadazos contra una sombra que no podía visualizar. Intentó forcejear de nuevo pero ya no le quedaban fuerzas. De repente el hombre aulló un grito de dolor y soltó las cadenas.

Al segundo, Camila vio volar un hacha de doble filo que aterrizó a su lado con delicadeza. Camila la tomó y respiró con alivio al ver el símbolo del sol creador, era el hacha de Agnes, tendrían oportunidad de escapar.

Camila se giró con el hacha entre ambas manos, más pesada de lo que hubiese imaginado, y vio que efectivamente era Agnes quien peleaba con el gigante, espada con espada.

El segundo hombre que había perdido la conciencia minutos atrás, acababa de levantarse y comenzaba a caminar un poco aturdido hacia Agnes. Camila metió su pie entre las piernas tambaleantes del hombre que volvió a caer, dando tiempo a Agnes de aprovechar la distracción y acabar con el primer atacante atravesándolo en el pecho.

El segundo hombre no tuvo ni tiempo de levantarse antes de que Agnes lo desarmara lanzando su espada lejos con gracia y elegancia. Se acercó a Camila quién le tendió su hacha y caminó hacia el hombre que intentaba levantarse de nuevo. Le miró con desprecio mientras ponía el pie en su

pecho y desde arriba le rajaba el cuello de izquierda a derecha.

Camila cansada y aliviada se dejó caer sobre el pajar y lanzó a Agnes la llave del almacén. Esta abrió las puertas de par en par y los niños salieron corriendo a abrazar a Camila.

– Deben volver a entrar y cuidar de su señora hasta que yo vuelva.– Demandó Agnes poniendo su mirada en los niños más mayores. – Pondré los candados, pero si no regreso antes del amanecer, deberán destrozar la madera con el hacha y llevar a Camila a un lugar seguro.

Ellos asintieron con el miedo inundando sus caras. Agnes era imponente hasta para un hombre adulto, para los niños era casi como un gigante.

– Si consigo al médico le diré que venga aquí, mientras tanto no hagan ruido. – Demandó. – ¿Se encuentra bien mi señora?

– No te preocupes por mi Agnes – se adelantó Camila. – Acaba con ellos.

Agnes asintió, cerró las puertas con las cadenas y el candado, y movió la mesa del cobertizo con un solo brazo hacia la pared para taparlas. Llenó rápidamente de paja el suelo debajo de la mesa y corrió con su espada en mano en busca del médico y de Isac.

El almacén estaba vacío. No se solía guardar nada allí hasta antes del invierno, así que había bastante espacio pero poca ventilación. En la oscuridad, Camila podía sentir las miradas de los niños y su respiración entrecortada por el miedo.

– Estoy bien Mery, es un golpe nada más – susurró Camila que intentaba incorporarse.

– Hemos visto y escuchado todo. Pensábamos que ibas a morir y no podíamos hacer nada para impedirlo – dijo la niña con la voz tenue y posibles lágrimas en los ojos.

– Ya ha pasado, vengan aquí. – les calmó abriendo los brazos de par en par.

Los niños se acurrucaron en sus brazos, entre sollozos, y ella intentaba calmarles con caricias en sus pequeñas cabezas, y con una melodía susurrada para tratar de acallar los estallidos, gritos y lamentos que ahora venían de todas partes del castillo.

Pasadas al menos unas dos horas las voces comenzaron a silenciarse y las paredes habían dejado de temblar. Camila supuso que lo peor ya había pasado o estaba por comenzar. Los niños pequeños se habían quedado

dormidos y los mayores, aún alertas, pestañeaban del cansancio.

Camila escuchó pasos acercándose. Sería Agnes, el doctor, o los atacantes triunfantes que venían en su búsqueda. Cerró los ojos intentando permanecer calmada y se arrastró por delante de los niños para hacer frente a lo que sea que en ese momento abría los candados de su segura prisión.

Camila abrió los ojos al escuchar el abrir de las puertas y suspiró aliviada al ver que era Agnes quien estiraba su mano para ayudarle a salir de su escondite. Su imponente altura y su porte elegante pero tosco, la hacían digna de los cuentos y leyendas, que ya se contaban por todo Rotherland "Agnes la guerrera de Gwerth". Camila tomó su mano y subió los escalones con los niños pegados a su espalda.

En el exterior, el aire estaba cargado de pólvora y tensión, y la capa de niebla se había dispersado para dar paso a una noche estrellada, fría y calmada.

– Mery llévate a los niños a su habitación – Demandó.– Yo subiré en breve.

Camila esperó a que los niños estuviesen suficientemente lejos para hablar con Agnes. Ya habían visto y escuchado mucho, demasiado para lo pequeños que eran.

– ¿Ha acabado? – preguntó esperanzada.

– Los que quedaban han huido hacia el sur, estaban bien armados pero no eran muchos – respondió Agnes con su voz ronca.– El señor Trivol ha salido tras ellos con veinte hombres.

Camila sabía que Trivol jamás habría dejado que huyeran y que unieran fuerzas de nuevo. Era muy conocido por sus infalibles tácticas de guerra pero también por ellas se encontraban ahora en esa situación.

– Nos han tomado por sorpresa, eso no tenía que haber sucedido.- Maldijo Camila.

– Cuando han dado el aviso ya estaban dentro del castillo. – contó Agnes. – Han sido muy sigilosos.

– O alguien les ha dejado entrar. Estos muros han retenido a todo tipo de ejércitos durante años.

– Puede que tenga razón, tendremos que investigar. Estaremos

preparados si se atreven a volver – Le prometió la guerrera.

– Eso espero – dijo con autoridad. – No se si contamos con suficientes hombres.

– Hay algunos heridos y al menos diez muertos, pero ellos han perdido mucho más – le tranquilizó Agnes.– Tardarán en recuperarse y nosotros aprovecharemos para reforzar la seguridad. Pero no se preocupe por eso ahora, mediré las bajas y el estado del castillo y mañana cuando se encuentre mejor le daré un informe. Debería ir a descansar y a que el doctor le vea esa herida. No se ve muy bien.

Camila notó el dolor en su sien y subió la mano hasta su cabeza donde la sangre había manchado su cabellera de cobre. Comenzó a caminar hacia la puerta norte, pero se detuvo a mitad de camino y se volvió hacia Agnes.

– Agnes ¿Has visto a Isac? – Preguntó con curiosidad dándose la vuelta.

– No le he visto señora. – respondió – Hablé con el esta mañana pero desde entonces no lo he vuelto a ver.

– Si lo consigues, dile que venga a verme – demandó.

Agnes asintió y Camila retomó su rumbo, pensando que si lo conseguían esperaba que no estuviese herido o que no fuese uno de los diez hombres que habían perdido la vida.

Preocupada se dirigió hacia su habitación seguida por el doctor Sawler que desinfectó la herida de su frente y le colocó un ungüento con un fuerte olor a mentol. Luego la vendó, al igual que su cuello, aún marcado por el metal de las cadenas. Finalmente le preparó un té de hierbas que le ayudaría a dormir y se marchó con su maletín para atender otros heridos.

Había sido una noche muy larga y no tenía cabeza para pensar en lo sucedido y en lo que podía pasar a continuación, así que dejó que Mery le cambiara el vestido por su ropa de cama y se dejó arropar bajo el mar de sabanas de seda que le acariciaban el cuerpo y la acompañaban al más profundo de los sueños.

Despertó cuando sintió el resplandor del sol en su cara que se colaba por la ventana. Abrió los ojos verdes ligeramente, notando que su dolor de cabeza había aminorado pero no cesado, y que la luz lo empeoraba poco a poco.

Intentó subir el brazo para tapar el resplandor, cuando notó que algo lo presionaba contra la cama. La cabeza de Isac, quien dormía sobre el sillón, descansaba sobre su brazo con sus dedos entrelazados a los de

ella. Camila respiró aliviada de tenerlo allí y de saber que estaba bien.

Le miró mientras dormía durante algunos minutos. Su respiración calmada y su semblante relajado sólo se podían disfrutar en ese estado inconsciente. La piel morena de su robusta mano resaltaba sobre su delicada piel blanca. El cabello color avellana caía sobre su cara y le cubría los párpados bajo los cuales se escondían unos brillantes ojos del mismo color, que Camila conocía de sobra, y bajo los cuales siempre había sentido una especie de hechizo. Lo miraba con detalle como quien analiza una obra de arte, sus líneas rectas y curvas, su nariz perfilada, su mandíbula imponente, y sus labios finos. Lo miraba y detallaba como muchas otras noches a lo largo de tantos años. Sin embargo, esta vez sentía algo diferente, algo que le hacia verlo de otra forma, algo que le rondaba la cabeza y que no podía dejar de preguntarse, ¿dónde habría estado esa noche, y porqué no estuvo allí para defenderla?.

Isac abrió los ojos y la descubrió mirándole.

– Camila… – le nombró dejando la última vocal vibrando en el aire.- El doctor me ha dicho que no te despertara, lo siento si lo he hecho.

– Ha sido el sol, aunque pudo haber sido alguno de tus ronquidos.- le respondió sonriendo.

– Ni el sol ni mis ronquidos te despertaron ayer.- Le dijo con tono preocupado y al ver la cara de sorpresa de Camila prosiguió.- Has dormido durante dos días, el golpe que te diste en la cabeza no fue una tontería.

Camila suspiró, guiando la mirada hacia la ventana donde las Montañas de Lompard se extendían altas y rectas sobre la cordillera desde donde se asomaba el amanecer. Se incorporó sobre la almohada, y volteó para mirarle. Quería ir directo al grano y quitarse las ideas que le rondaban la cabeza.

– No me di un golpe Isac, me empujaron contra una columna de piedra recubierta de hiedra y luego contra el suelo. Eso fue antes de que me amenazaran, me rodearan el cuello con una cadena e intentaran ahorcarme, ¿Y a todo ésto, dónde estabas tú? – preguntó alterada y afligida.

Y así lo había soltado. Isac se levantó de la silla donde había esperado durante horas, pensando en que iba a decirle cuando despertara, y en ese momento no sabía que decir. Se le hizo un nudo en la garganta y su malestar era visible. Estaba molesto consigo mismo.

– Lo sé, y lo siento tanto. Siento no haber estado ahí para ti cuando me

necesitabas. – respondió cabizbajo.

– Si, te necesitaba – Le reprendió – Si Agnes no hubiese escuchado mis gritos…

– No me lo hubiese perdonado nunca – la interrumpió acercándose y tomándole la mano. – Si te perdiera, mi vida no tendría sentido. No se lo que haría, lo eres todo para mí.

Sus ojos parecían decir la verdad, una verdad que Camila nunca había puesto en duda. Pero aún no había contestado a su pregunta y Camila sentía que la estaba evadiendo, así que prosiguió:

– Sabías que estaban cerca, me lo dijiste hace unos días en el gran salón.- dijo más calmada pero con descontento.

Isac volvió a levantarse, se notaba molesto, caminaba de un lado a otro mientras hablaba.

– Me engañaron Camila, me hicieron salir del castillo para alejarme de ti. Salí a caballo cuando los ví. Los perseguí hasta el río y luego me retuvieron durante horas.- respondió con los puños apretados. – Cuando por fin acabé con ellos, volví, y ya todo había acabado. Pensé lo peor, y me maldije a mi mismo por haber sido tan tonto.

– Estuvieron muy cerca – le cortó Camila mientras su mente se llenaba de los recuerdos de los esa noche y sus ojos se humedecían. – Los niños… los encerré… y si no lo lograba, ellos..

– Lo sé preciosa, Agnes me contó todo. – Le dijo mientras se acercaba y le limpiaba las lagrimas que empezaban a caer en sus mejillas.– Lo que te hicieron… mira como han dejado tu cara y tu hermoso cuello. – Dijo mientras entrelazaba los dedos suavemente por las hondas de su larga cabellera. – ¿A quién se le ocurre arremeter contra semejante belleza?.

– Creo que querían secuestrarme, llevarme frente a Cromwell y cobrar su recompensa – le dijo mientras lo pensaba.– Pero no podía dejar allí a los niños sin que nadie supiese donde estaban, así que luché contra ellos con todas mis fuerzas.

Camila se detuvo y respiro hasta calmarse, el pasado era pasado y ahora debía preocuparse por el futuro, y procurar que no volviera a repetirse el incidente por la seguridad del reino.

– Quiero que acabe Isac, que no vuelvan a ser una amenaza para Gwerth. – Le dijo decidida.

– Reforzaré el castillo, cuatro hombres por cada torre, y guardias a caballos las veinticuatro horas del día vigilando los alrededores – Le aseguró.

– Hazlo ahora. Y luego quiero que averigües quién les ha dejado entrar, es imposible que lo hayan hecho sin ser vistos. – Demandó.

– Lo haré, tu no te preocupes y descansa. – Le tranquilizó mientras se levantaba – Vendré a verte por la noche.

– Descansaré cuando me sienta segura en mi propio castillo. – Dijo cortante. – Y por favor cuando salgas dile a Agnes que quiero verla.

Isac asintió, se acerco a Camila, le besó la frente y salió de la habitación dejándola aún preocupada. Había algo en su versión que no le encajaba, que le parecía sospechoso. Se preguntaba si después de tantos años creyendo conocerlo, realmente no era así.

Agnes entró en la recamara después de unos minutos, llevaba su cabellera rubia recogida en un moño y el uniforme gris de la guardia real.

– Cierra la puerta y toma asiento por favor. – Le pidió Camila con respeto.

Agnes se abrió el botón de su traje, reposó su espada sobre el sillón, y se sentó en la misma silla en la que Isac había estado hace unos minutos.

– Primero que nada quiero darte las gracias por haberme salvado la vida, la mía y la de los niños. – Le dijo con una inclinación de cabeza.

– No tiene porque agradecerme mi señora, es mi deber. – Respondió sincera.

– Lo sé, pero aún así. Has corrido un grave peligro al enfrentarte sola a esos hombres y defenderme como lo has hecho.

– Donde me necesite mi señora ahí estaré.

Agnes siempre le había dado un poco de miedo a Camila, pero debido a los últimos acontecimientos y su probada fidelidad, comenzaba a sentir afecto por ella. Le hacía sentir segura y protegida.

– Pues me alegra que lo menciones Agnes, porque necesito que hagas algo por mí. – comenzó sin saber como se lo tomaría la guerrera. – Se que no está entre tus deberes como guardia real, pero siento que puedo confiarte un asunto importante, uno del que nadie puede enterarse.

– Por supuesto mi señora, puede confiar en mí.

– Es un tema delicado el que voy a confiarle, por lo que espero su máxima discreción.

Camila no sabía por donde comenzar y que podía contarle o no a la guerrera. Se levantó lentamente de la cama en la que había pasado las últimas cuarenta y ocho horas, para sentarse en el sofá a su lado.

– Isac me ha comentado que le engañaron para que saliera del castillo, y que por eso no se enteró del ataque. – comenzó Camila. – ¿Qué sabes de esto?

– A mi también me ha dicho lo mismo. Que unos hombres rondaban el ala norte y fue a investigarlos, los siguió a caballo hasta el río y pelearon durante horas.

– Quiero que lo compruebes, y que te enteres que fué realmente lo que pasó. Hay algo que no me encaja. – le confesó.– El sabía que vendrían, ¿Porqué iba a alejarse tanto?¿Porqué no reforzó la seguridad? y ¿Porqué no envió a uno de sus hombres a por ellos?

– Supongo que no se lo esperaba tan pronto. Hace tan sólo dos días los habían visto en Merche a ciento cincuenta kilómetros de aquí.

– Igualmente. Quiero que lo investigues, y no sólo eso.. – se interrumpió pensativa. – Quiero que averigües todo lo que puedas sobre él, sobre su pasado, sobre lo que hacía antes de venir a Gwerth. Es algo que tenía que haber hecho hace muchos años. Nadie ha sabido nunca a que se dedicaba o de que vivía, pero yo era muy joven e inocente y no se me ocurrió dudar de su palabra. Ahora que ya no soy tan ingenua, y que tengo un reino que proteger debo pedirte que lo hagas.

– Como quiera mi señora, pero no será fácil y probablemente tenga que viajar a Justons. – Respondió.

– Usa los recursos que sean necesarios, si necesitas a alguien que te acompañe, puedes llevarte a quien quieras.

– Pensaba mas bien en quien cuidará de usted mientras yo no esté.

– Ya me preocuparé yo de eso, pero quiero que esto sea la prioridad número uno. ¿Si no puedo confiar en él ni en mis hombres, cómo sobreviviremos a Cromwell? – preguntó con pesadumbre.

– No se preocupe, voy a indagar primero en el pueblo y en las cercanías y

luego, si es necesario, iré más al sur. – Le respondió.

– Muchas gracias Agnes, espero noticias suyas. – dijo levantándose y enseñándole la puerta a la guerrera.

Agnes salió y el corazón de Camila comenzó a latir a mil por hora mientras cerraba la puerta. Le preocupaba su seguridad, la de su reino y la de Agnes. Pero lo que más le preocupaba era lo que podían averiguar y lo que ello supondría. Si su corazonada era cierta, podía cambiar el rumbo de su vida.

Agnes se presentó a la mañana siguiente en el gran salón, anunciada por Mery. Camila estaba sorprendida por la rapidez con que la guerrera le traía noticias, y por la seriedad con la que se había tomado su tarea.

– He preguntado por el pueblo, con mucha discreción como ha solicitado. – empezó Agnes.

– Si prosiga. – Dijo con ansias.

– Tiene usted razón en que nadie conoce el pasado de Isac Malarkey. Algunos dicen que estuvo en el ejercito, otros que forjaba espadas para adinerados y algunos hasta aseguran que era familiar de algún rey lejano.

– De rumores están creadas las historias.. – musitó Camila sin sorprenderse.

– De lo que si se conoce es de su paradero el día del ataque. – dijo con semblante ante la sorpresa de Camila que le instó a proseguir. - Le vieron en las caballerizas al final de la mañana y luego unos hombres vieron que salía al galope hacia el norte, rumbo al río.

– Entonces era cierto, pero, ¿por qué? – preguntó curiosa.

– El porqué es lo sospechoso. El había dicho que uno de sus hombres le avisó que había movimiento, y por eso fue a investigar. Pero he hablado con todos y cada uno de sus hombres, y a menos que el susodicho haya muerto ese día, ninguno de ellos habló con Isac antes del ataque.

– Ves lo que te digo.. no tiene sentido. – dijo pensativa.

Si Agnes estaba en lo cierto, Isac se había inventado un cuento para salir del castillo antes del ataque. Se había alejado lo suficiente para que al volver ya hubiese acabado todo. Camila sabía que Isac no era ningún un cobarde, así que debía de ser por otra razón.

– Necesito que siga investigando Agnes. – le dijo Camila.

– Saldré a finales de esta semana hacia el río a ver si los cuerpos de sus atacantes siguen aún allí. Y luego bajaré hasta Justons. Iré sola y sin uniforme, será más sencillo. Volveré en una semana o dos. He dejado a dos de sus hombres de confianza a cargo de su majestad. Estarán en su puerta a toda hora.

– De acuerdo, tenga mucho cuidado.

Camila se levantó de su asiento pensando que Agnes había acabado, pero esta le detuvo y prosiguió.

– Una última cosa, y disculpe si le molesta lo que le voy a pedir. – dijo midiendo sus palabras. – La única cosa que tiene sentido entre lo que he podido averiguar y lo que tienen en común la mayoría de las personas con las que hablé, es que usted es la persona que mejor lo conoce. Todos me dijeron que debía preguntarle a usted sobre el pasado de su señor Isac. – Hizo una pausa midiendo la expresión de Camila y luego prosiguió. – Si quiere que tome mi tarea en serio y que realmente investigue la vida del Señor Isac, debe serme sincera y contarme lo que hay detrás de su relación y como le conoció.

– Ya veo que no me he equivocado en asignarte esta tarea. Los mejores investigadores son los que van directo a la fuente. – Respondió sonriendo.

– Si no tiene prisa, me gustaría que me contara antes de irme.

– Ponte cómoda Agnes, que la historia es larga.

Camila que ha escondido la verdad durante años, sabe que Agnes no podrá continuar en su investigación sin saber los hechos que le llevaron a conocer a Isac y las batallas que juntos libraron. Se siente nerviosa por contarlo por primera vez, pero a la vez aliviada de poder desahogarse y librarse del peso que ha cargado sobre sus hombros durante tanto tiempo. Inmediatamente le vienen a la cabeza una avalancha de recuerdos que ha mantenido en secreto día a día desde hace dos años.

Capítulo 2

Un Aventurero de Justons

Mi padre el rey Theodor había caído enfermo. Tenía días con una fiebre muy alta, escalofríos y vómitos. El médico real de aquel momento, el doctor Bernard estaba ya muy mayor, y no lograba hacer que mejorara. Ante el panorama, me ofrecí como voluntaria para ir a buscar al doctor Sawler en Jerte. Había escuchado muy buenas referencias de él y decían que había recibido formación en los Altos de Milos. Mi hermano Antón, quien quedaba a cargo de todo mientras mi padre se recuperaba, mostró resistencia, pero yo sabía que tendríamos más posibilidades de convencer al médico si se lo pedía alguien de la casa real.

Emprendí así mi excursión a caballo con dos escuderos y mis dos guardias de confianza hacia el sureste. Con apenas una hora de cabalgata, en un camino de tierra rodeado de árboles, aparece un hombre medio muerto y sucio, echado y torcido como si hubiese sido atropellado por cien caballos. Halé de las riendas para detener el caballo y mis hombres pararon tras de mí. Les hice señas para que echaran un vistazo al herido, bajaron del caballo y caminaron rodeándome para acercarse él. Elliot, mi más antiguo y fiel escolta, tocó el hombro del sujeto con el pie mientras el otro guardia se agachaba para tantearle los bolsillos.

En ese momento, el moribundo saltó como un resorte mientras tomaba el pie de Elliot y lo retorcía hasta hacerlo caer. Luego lanzó una patada hacia las piernas del otro guardia y lo tumbó de espaldas. Rápidamente se sentó sobre Elliot, y mientras lo aprisionaba contra la tierra, cogió al otro hombre por la capa y lo atrajo hacia él, le quitó la espada aún enfundada en su cinturón y la colocó en su cuello.

Yo no me lo podía creer. Dos de mis mejores hombres siendo burlados por un vagabundo medio muerto y desarmado. Los escuderos que habían bajado de su caballo se acercaban con cautela empuñando sus espadas. Si le atacaban, mataría a uno de mis guardias, así que baje de mi caballo con prisa y me coloqué frente a él.

– Suelta a mis hombres ahora – demandé con convicción.

Para mi sorpresa el hombre me mira y sonríe, se levanta y baja la espada dejando libres a ambos hombres, que rápidamente lo agarran por ambos brazos. Seguía sonriendo y no me quitaba la vista de encima.

Ahora que lo veía mejor, detrás de la capa sucia de polvo y barro, podía notar un rostro varonil con pómulos marcados y unos ojos claros, su

cuerpo era grande, musculoso y delgado.

– He venido a verla Princesa Camila. – dijo interrumpiendo mi análisis.

– ¿Ah si? – respondí incrédula.

– Vengo a pedirle que me admita en su guardia real. – dijo descaradamente.– Como sabía que no lo haría si me presentaba en el castillo, he querido probárselo directamente. Necesita a un hombre como yo entre sus guardias, queda demostrado que estos – dijo señalando a lado y lado con su barbilla – no son suficientemente buenos para usted.

Volví a mirarlo de arriba abajo. Su porte era elegante, y en su sonrisa podía ver unos dientes bien cuidados, por lo que no podía ser de escasos recursos. No podía creerme el juego y el papel que estaba interpretando, pero sus ojos me daban cierta confianza.

– Soy yo la que decide si son buenos o no, y siempre han dado la talla. Basta ser un animal sucio y engañoso que abusa de la bondad de la gente para hacer que cualquiera caiga en una trampa. – le respondí con brusquedad.

– Permítame disculparme señorita. He sido muy maleducado y tiene usted razón en que me he aprovechado de la situación – dijo bajando la mirada e intentando hacer una reverencia.

– ¿Quién eres? – pregunté con curiosidad.

Miró a ambos lados a las manos que le apresaban y me miró levantando las cejas.

– Prometo no atacar a nadie. Jamás podría hacerle daño.

Mire a mis hombres y le confirme a Elliot en silencio que podían soltarle. Al quedar libre se arremangó la camisa, se hincó en una rodilla y bajó la cabeza.

– Mi nombre es Isac Malarkey, vengo de Justons donde no valoran mis habilidades con la espada como deberían. – dijo con respeto.

– Ha venido desde muy lejos, pero me temo que ha sorprendido a la Montac que no era. Yo no tengo ningún poder sobre las decisiones de la guardia real. Tendrías que haber jugado tu papel de moribundo con mi hermano, aunque el sí que le hubiese dejado bien muerto. – le respondí mientras sonreía, el sonrió también y le hice señas para que se pusiera de pie. – Lo único que puedo ofrecerle es una buena cena y cama por una noche. Gracias a usted ya no podemos continuar con el viaje, se ha hecho

tarde y ha dejado a uno de mis hombres cojeando.

– Le he hecho un favor, si hubiese bajado más al sur se hubiese encontrado con los hombres de Harness que andan saqueando los pueblos.

No sabía de lo que estaba hablando, pero no podía dejar que el señor Malarkey continuara con su historia. Mis hombres escucharían y le contarían a Antón, y luego no me dejaría salir en busca del médico. La vida de mi padre estaba en juego.

– ¿Qué le parece si volvemos, y luego me lo cuenta durante la cena?. – le interrumpí mientras volvía a mi caballo. – ¿Ha venido usted a pie desde Justons?

Isac se rió y levantó los dedos para llamar a su caballo con un silbido. El caballo negro salió de entre los árboles, y el lo montó casi al galope.

Me reí de su arrogancia y aceleré mi caballo para ir al trote. Isac y mis hombres me seguían de regreso al castillo que ya se visualizaba impotente encima de la colina.

Me despedí brevemente de el en las caballerizas y le dejé a cargo de Elliot. Luego subí por la torre norte a la habitación de mi padre para ver como seguía. Parecía estar mejor pero aún sentía mucha molestia, así que volví a mi habitación para planificar de nuevo la salida al día siguiente siguiendo una ruta diferente.

Ya a la hora de cenar tenía todo preparado y había avisado a los hombres que me acompañarían. Bajé al gran comedor un poco sobre la hora, y me senté en silencio intentando pasar desapercibida.

Las mesas estaban organizadas de forma que los comensales de mayor jerarquía se sentaban en el fondo con vistas a todo el comedor. Luego la mesa de mandos intermedios donde se sentaban caballeros y nobles, y finalmente las mesas donde comían el resto de empleados.

Desde mi ubicación podía ver a todos los personajes que vivían en el castillo de Gwerth, lugar de reyes y reinas desde hace más de dos siglos, que extendía su reinado desde el Río Prim hasta las montañas de Lompard, el reino más extenso de todo Rotherland.

En la mesa del centro, entre los guardias visualice a Isac. Mis hombres ya recuperados reían a carcajadas con sus cuentos, y bebían junto a él como si esta mañana no hubiesen sido atacados por ese hombre. Era encantador y jovial, con una risa contagiosa y un poder para agradar a

cualquiera.

No pude evitar sonreír cuando se levantó y se arrodilló sobre el mesón con la misma cara de seriedad que había puesto esa mañana cuando me hacia una reverencia. Estaba contando la historia de nuestro encuentro eso seguro, pero de forma que haría reír hasta al más serio de los Serth. Como si hubiese sentido que le observaba, buscó mis ojos entre la gente y se quedó mirándome fijamente.

– ¿Y qué ha pasado con tu viaje hermana?– preguntó Antón mirándome, y como no respondía luego de unos segundo gritó mi nombre. – Camila?

– Disculpa Hermano– le dije al darme cuenta de que era conmigo y me volví hacia el interrumpiendo mi distracción.

– ¿No ibas a buscar al médico ese de Jerte? – me dijo con los ojos abiertos.

– Ah si, saldré mañana temprano. – Le respondí.

No deseaba contarle a mi hermano el contratiempo de esta mañana. Primero porque sabía que se burlaría de mi y segundo porque no quería que dudara de mis capacidades.

– Uno de los caballos había perdido su herradura y preferí volver antes de andar mucho. – Le respondí con lo primero que me vino a la cabeza.

– ¿Y quién es tu misterioso invitado? – me dijo al cabo de un rato.

Parece que yo no era la única que se había dado cuenta del espectáculo que estaba montado Isac en la mesa de la guardia.

– Se hace llamar Isac Malarkey. Me lo encontré de camino. Ha venido desde Justons y dice que quiere formar parte de la guardia real.

– Un poco osado de su parte ¿no? – Me respondió.

Si mi hermano se hubiese enterado de como me lo había dicho realmente…

– Eso pensé yo. Le dije que no nos hacía falta. Pero como ha venido de tan lejos, le ofrecí estancia para que descanse antes de volver. – Le respondí sin darle importancia.

– Parece que se lo esta pasando bien, así que seguro te agradecerá la invitación.

Asentí pero algo me decía que ese hombre no se quedaría quieto hasta conseguir lo que buscaba. En ese momento volvió su vista hacia mí de nuevo y me sonrió. Inclinó su cabeza en modo de agradecimiento y yo le respondí con el mismo gesto.

Me retiré a mis aposentos cuando ya empezaban a tomar más de la cuenta. Caí rendida tras un largo día y en mis sueños aparecía Isac por primera vez con esa última sonrisa.

Al día siguiente muy pronto por la mañana, volví a las caballerizas en busca de mi caballo. Mis hombres estaban esperándome ya listos para el viaje a Jerte. El caballo de Isac que había dejado justo al lado del mío ya no estaba, debía de haber salido más temprano aún. El ingrato ese se había marchado sin despedirse.

Emprendimos de nuevo el viaje, haciendo otro recorrido por las faldas de la montaña. La primavera se hacía notar, los campos verdes se extendían en el horizonte y millones de flores amarillas adornaban el camino.

Llegamos a Jerte a medio día. Había mucha actividad a esas horas. Comerciantes de toda clase de productos llenaban las calles. Me dirigí a la plaza principal donde me indicaron el edificio en el que ejercía el médico. Su estancia era precaria pero pacientes no le faltaban. Cientos de personas se desplazaban desde pueblos cercanos para verse con él.

Anuncié mi presencia y enseguida salió a verme.

– Es un placer conocerle finalmente señorita Montac – me dijo con una pequeña reverencia. Demos un paseo, me avergüenza tener que recibirle en este caos.

Caminamos por la plaza donde había un poco más de calma. Mis hombres nos seguían a una distancia prudente.

– He venido a pedirle que venga a trabajar para nosotros en el castillo. El doctor Bernard ya no se encuentra en condiciones de llevar la práctica y mi padre se encuentra muy enfermo.

– Siento mucho lo de su padre señorita, pero como puede ver, hay muchas personas por aquí que me necesitan. – Me respondió sincero.

– Ha llegado a mis oídos que usted el es mejor médico de Rotherland. Me parece muy noble de su parte que piense primero en los demás pero estamos hablando del rey. Podemos arreglar que alguien venga a sustituirle. – Le insistí.

– Sería un honor para mí formar parte de la casa real. – confirmó.

– Seguro que conoce a alguien que podría ser un buen sustituto. Le enviaremos una carta ahora mismo para que sus pacientes no queden desatendidos.

Asintió, y me guió a través de un pequeño jardín que daba hacia la puerta trasera de su consulta. Se sentó detrás de su escritorio y comenzó a buscar entre papeles. Luego mojó su pluma con tinta negra y comenzó a escribir una carta que firmó y selló.

– En cuanto a mi padre, debe entender que es un tema del que no podrá hablar con nadie. Esta delicado pero aún es el rey de Gwerth, y hay muchos que querrían aprovecharse de su enfermedad, así que debe ser muy cauto en cuanto a su partida. – le advertí.

– ¿Qué síntomas tiene? – preguntó curioso.

– Tiene mucha fiebre con escalofríos, y vómitos. El no lo dice, pero se nota que tiene un dolor constante.

– ¿Cuánto tiempo tiene así? – preguntó preocupado.

– La fiebre se ha mantenido al menos unos cuatro días. – Le contesté con angustia.

La verdad es que no sabía a ciencia cierta cuando había comenzado. Mi padre siempre había sido muy fuerte y se quejaba poco. Por eso me preocupé tanto cuando cayó tan de repente.

– Necesito ordenar algunas cosas aquí pero saldré mañana mismo hacia el castillo. Mientras puede llevarle estas hierbas que deberá disolver en agua caliente, le calmarán la fiebre. – comentó mientras rebuscaba entre sus estantes y luego vaciaba el contenido de un envase en un paño limpio.

– Muchas gracias Doctor Sawler. Le estaremos esperando. – Le dije levantándome.

– Una cosa más. – Me interrumpió con prudencia.– Si es posible que envíe unos guardias para que me escolten al castillo. Han habido ataques en los pueblos cercanos y no es seguro que vaya solo.

– Le enviaré dos hombre por la mañana. – Le aseguré. - ¿Puede decirme exactamente en dónde están esos pueblos? – le pregunté con curiosidad.

– Les dicen los pueblos quemados del sur. Han venido pacientes de todos lados, desde Navia hasta Tiwu, después de cruzar las montañas de

Lompard. Empezaron atacando con armas a pueblos pequeños, pero luego empezaron a quemar algunos más grandes, ya llevan al menos tres.

Recordé el comentario de Isac sobre los sucesos y me acordé que culpaba a los hombres de Harness sin titubear.

– He escuchado que los hombres de Harness podrían ser los culpables. – le comenté indagando un poco más.

– Nadie sabe exactamente. Llegan directamente en la noche con antorchas y queman las casas una a una. No se molestan en matar a los sobrevivientes, simplemente les dejan a su suerte llevándose a algunas mujeres.

– No puedo entender los demonios que deben inundar las mentes de algunos hombres para ser capaces de hacer algo así. – dije negando con mi cabeza mientras miraba el suelo.

– Ni yo señorita, simplemente es inhumano.

La idea de mujeres secuestradas y niños quemados vivos mientras dormían, no me dejaban pensar con claridad. Alguien debía ayudarles y detener a esos demonios. Pero para ayudarles tenía que investigar qué estaba sucediendo realmente y quiénes eras los culpables.

– Muchas gracias por su tiempo doctor Sawler, pero debo emprender mi rumbo de regreso. Le esperaré mañana en el castillo.

– Allí estaré. Que tenga un buen viaje señorita. – me respondió.

Salí de la plaza y monté mi caballo.

– Volveremos por un camino más largo, con un pequeño desvío. – Le dije a mis hombres con seguridad.

– Señorita, no deberíamos desviarnos, si nos perdemos se hará tarde y no deberíamos cabalgar de noche, es muy peligroso. – Instó Elliot.

– No nos perderemos Elliot, se exactamente donde iremos. Pasaremos por Tiwu y luego iremos directamente al castillo.

Elliot sabía que no había forma de cambiar mi opinión, así que se puso en marcha para no perder el tiempo en discusiones sin sentido.

Al cabo de tres horas noté que estábamos cerca. Aún había humo que subía en vertical mezclándose con las nubes. Tiwu era un pueblo pequeño, no tenía realmente un comercio fuerte, ni atractivo de ocio. Sus habitantes eran granjeros y agricultores de la zona que vivían separados

sin molestar a nadie.

Al acercarnos lo suficiente pude confirmar que el pueblo estaba totalmente quemado hasta sus raíces, solo un pequeño edificio de dos plantas se había salvado, y aun así, parecía haber sido saqueado por las ventanas rotas y las puertas entreabiertas.

El silencio y la desolación creaban un ambiente deprimente. Dos perros hambrientos rebuscaban comida entre los escombros. En cambio yo buscaba sobrevivientes, pero no había nada, ni cuerpos a los que enterrar.

Asustada y asqueada bajé del caballo y me dirigí al edificio que aún quedaba en pie. Empujé la puerta con la punta de mi zapato que chirrió al abrirse. Supuse que sería una especie de herrería por los materiales y objetos que quedaban allí. Enseguida noté que la fragua seguía encendida.

– ¿Hay alguien aquí? – pregunté con esperanza alzando la voz, pero no percibí ruido alguno.

– No hay nadie señorita, los pocos que hayan sobrevivido deben estar ya lejos de aquí. – dijo Elliot ante mi desesperación.

– No puedo creerme que todos hayan muerto. Esto es una desgracia. ¿Cuántas personas debían de vivir aquí? ¿cincuenta? Quizás más.

Elliot no respondió y pensé en el horror que debían haber pasado esas familiar, al despertarse y ver que las llamas inundaban sus casas, sus campos y sus vidas.

– Señorita, por aquí. – Dijo de repente el otro guardia que había estado revisando la estancia.

Corrí hacia donde estaba, y me agache para ver por debajo de un armario. Y allí estaba. Estaba hecha un ovillo, y tenía la cara escondida entre sus rodillas, pero me pareció que respiraba. Debía de tener unos diez u once años, su pelo rubio y largo estaba negro del sucio y la cenizas.

– Hola preciosa. – le dije suavemente. La niña no respondió ni se movió. – Soy la princesa Camila, quieres salir de allí para poder mirarte.

Esperaba que con decirle que era una princesa se le quitara un poco el miedo, y así fue. Movió su cabeza para verme y comprobar que no estaban sus atacantes, pero no dijo ni una palabra. Lentamente alce mi

mano y le acaricié el cabello.

– Tienes un cabello precioso pero esta muy sucio, ¿que tal si sales de allí para poder limpiarte un poco? – Intenté de nuevo.

La niña seguía mirándome, debatiéndose entre salir o quedarse en su escondite. Baje la mano hasta la suya que apretaba fuertemente sus rodillas, y le di un leve apretón. La niña me cogió la mano y aproveché para atraerla hacia mí. Al salir de su escondite pude ver que era bastante alta para la edad que aparentaba y que llevaba un pijama que hace pocos días debió de ser blanco.

– ¿Cómo te llamas preciosa? – le pregunté con delicadeza.

La niña no respondía, y me temí que le hubiesen hecho daño de alguna forma o que hubiese recibido algún golpe en la cabeza. Le di la vuelta para revisarla pero no parecía tener ninguna herida visible. La sangre que llevaba en su pijama no le pertenecía a ella.

– ¿Sabes donde están tus padres? – pregunté aunque sabía que no debía, pero no podía llevármela sin más, sin al menos intentar buscar a su familia.

La niña bajo la cabeza y sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

– Lo siento preciosa pero necesito saber donde están.

La pequeña comenzó a caminar lentamente, salió del edificio y señaló una de las casas cercanas, quemada completamente. Sus lagrimas seguían saliendo a mares, y no pude evitar llorar con ella. La tomé en mis brazos y la abracé.

– No te preocupes preciosa, nunca más estarás sola. Te llevaré conmigo a mi castillo, allí nadie podrá hacerte daño. – Le susurre al oído.

La niña me devolvió el abrazo, y se limpió sus lagrimas en mi hombro. Le pedí a mis hombres que echaran un último vistazo, mientras le daba un poco de agua, y la monté en mi caballo detrás de mí. Mis hombres volvieron al cabo de unos minutos negando con la cabeza

Tendríamos que haber vuelto a Jerte y dormir allí, pero quería llevar a la niña al castillo y darle a mi padre las hierbas que me había dado el médico, así que optamos por atravesar la montaña para ir directamente a Gwerth pero no había pasado ni media hora cuando unos hombres a caballo aparecen a lo lejos en medio del camino.

El aspecto que tenían era temerario, armados con hachas y martillos. Mis hombres se detuvieron en seco y yo tras ellos. Tendríamos que volver,

pero en cuanto comenzamos a dar la vuelta, los hombres comenzaron a seguirnos.

Íbamos a todo galope, bajando por la colina. Los brazos de la niña apretados en mi cintura y el viento soplando mi cabello, con el miedo de que mi inesperada aventura nos llevara a todos a la muerte. Elliot se acercó y se puso a mi altura.

– Nos alcanzarán señorita, debe seguir hasta Jerte lo más rápido posible y refugiarse allí hasta que alguien vaya a buscarle. – Gritó para hacerse escuchar. – Intentaremos entretenerles para darle ventaja.

– Elliot… – Le miré intentarlo disuadirlo. Pero mi fiel protector golpeó mi caballo con sus riendas para que corriera más rápido y se detuvo a mitad del camino dándose la vuelta para hacer frente a los bandidos.

La estrategia de Elliot solo funcionó a medias porque algunos hombres se detuvieron, pero dos de ellos continuaron en mi persecución. Cuando ya estábamos llegando de nuevo a Tiwu, la niña comenzó a halarme el vestido. Miré hacia atrás y vi que estaban muy cerca. No podríamos escapar de ellos. Así que aceleré hasta el único edificio en pie que alguna vez fue de un herrero y di la vuelta al caballo para encontrármelos de frente.

Le dije a la niña que se escondiera detrás de mi y que no se moviera ni un milímetro. Tenía que permanecer calmada, y fuerte para no mostrar debilidad así que permanecí en el caballo, y les esperé con la espalda recta y el cuello alargado.

– Caballeros, buenas tardes. – decidí por comenzar con educación cuando llegaron hasta nosotras.

– Buenas que se acaban de poner – Respondió el más grande y por lo visto el más bruto.

– Quiero hacerles un trato. – Proseguí al notar que la educación no funcionaba, debía chantajearles. – Soy la princesa de Gwerth, Camila Montac, si me escoltan a mi castillo cobrarán una buena recompensa.

– Si fuese princesa y señora no andaría solo con dos guardias, un vestido sucio y una niña asquerosa en su espalda.

– Que no les engañe mi aspecto, que sólo es indicio de que ha sido un largo día. – Dije con brusquedad. – Yo me lo pensaría bien. Si me hacen algo a mi y resulta que si soy la princesa, mi hermano y mi padre los buscarán hasta darles una muerta dolorosa. En cambio si me llevan a salvo a mi castillo, serán libres y tendrán más dinero del que podrían

soñar.

Los hombres se miraron como sopesando la posibilidad, pero por la forma en que me miraban, supuse que llevaban también algún tiempo sin aplacar sus necesidades masculinas.

– Puede que tenga razón y sería una gran oportunidad. Pero a la niña que tiene detrás no le debemos nada. – Respondió al final uno de los hombres relamiéndose.

– Si le toca un pelo a esa niña sufrirá consecuencias aún peores. Entonces mejor no las dejamos vivas para contarlo. – Me amenazó desafiante.

El otro hombre se acercó con su caballo y me recorrió con la mirada.

– Puede que si sea la princesa – le dice a su amigo. – Pero también puede que cuando volvamos al castillo nos mande a matar igualmente, sin ninguna recompensa.

El otro hombre lo piensa y se desmonta. No se encuentra satisfecho con la oferta, y me toma por el brazo para bajarme del caballo.

– Puedo bajarme sola – le dije con calma.

Aproveché el desmonte para meter la mano en mi bolsillo y comprobar que mi cuchillo seguía allí. Ayudé a la niña a bajar y le dije al oído que volviera a su escondite. Ella salió corriendo y entró en el edificio. El hombre le gritó y me tomó por el brazo maldiciendo entre dientes. El otro se desmontó y se dirigió al edificio.

– No la toques gordo asqueroso. – Le grité intentando soltarme del otro hombre.

– Quédate quieta y cállate si no quieres que te corte la lengua.

– Haré lo que quieras, pero no le hagan daño. – Supliqué.

– Harás lo que quiera si o sí. – me espetó.

Tuve que pensar en otra táctica, ni la educación ni el chantaje habían funcionado. Así que me acerqué lentamente a su oído, mientras ponía mi mano sobre su pecho y con la otra metía la mano en mi bolsillo y sacaba mi cuchillo.

– Uhmmm ¿sabes lo que voy a hacerte? – Le provoqué.

– ¿Por qué no me lo cuentas? – preguntó un poco excitado.

Me alejé para que pudiera verme la cara y me mordí los labios. Me acerqué de nuevo y resople contra su oreja.

– Primero te clavaré un cuchillo y dejaré que te desangres durante horas, y luego traeré a los perros para que se alimenten de ti. – Le susurré con mi voz más sensual.

El hombre rió pero había funcionado, estaba impaciente. Me cogió por la barbilla y me plantó un beso en la boca. Abrí la boca para distraerle. Lo cogí por la mejilla con una mano y con la otra empuñe el cuchillo fuertemente. Cuando menos se lo esperaba se lo clave en el cuello hasta el fondo mientras le mordía la lengua con todas mis fuerzas.

El bastardo abrió los ojos como platos, cogió el cuchillo con su mano y se lo sacó rápidamente. De su cuello comenzó a brotar un chorro de espesa sangre. Se puso la mano en la garganta e intentó gritarme algún insulto pero de su boca solo salía más sangre que escupió en el suelo. Me miró fijamente con rabia y yo retrocedí unos pasos. Intentó acercarse pero a cada paso yo retrocedía otro hasta que cayó en el suelo moribundo.

Cuando me aseguré que ya no volvería a levantarse, corrí dentro del edificio. El hombre gordo arrastraba a la niña de su escondite mientras ella gritaba. Sin pensarlo me monté sobre su espalda y le clave el cuchillo en el pecho mientras se levantaba de golpe. Caí de espalda sobre el suelo mientras el hombre se daba la vuelta. Se miró el pecho que sangraba ligeramente, pero no parecía estar afectado. Tenía tanta grasa en el cuerpo que no llegué a herirlo.

El hombre lleno de ira, me cogió por el tobillo y me arrastró hasta él. Con todo su peso me aprisionó sobre el suelo. Estaba sangrando pero la cólera y la adrenalina lo hacían más fuerte. No podía moverme.

En ese momento la niña hizo algo que me dejó atónita. De la fragua cogió una especie de martillo que se encontraba al rojo vivo y golpeó al hombre por la espalda. Este se retorció y se giró para cogerla, pero ella se planto allí de pie cogiendo el martillo encendido, con sus dos manos al frente, mirándole con odio. Con un odio que yo nunca había visto, y menos en los ojos de un niño.

Aproveché el momento y me estiré para coger el cuchillo que había caído bajo la mesa, y cuando el hombre se dio cuenta y volvió su cabeza, se lo clave en el ojo empujando con fuerza y lo saqué despacio. Se llevó la mano a cara mientras caía rápidamente, poniendo todo su peso sobre mí.

Me arrastré bajo su gordura, asqueada por todo el olor y la sangre. Cuando por fin pude liberarme, le quité el martillo a la niña con sumo

cuidado y la abracé.

– Ya acabó preciosa. Ya no volverá para hacerle daño a nadie. Estamos a salvo. – Le calmé. Pero que equivocada estaba.

A penas salimos del edificio nos esperaban delante otros cuatro hombres en sus caballos. Maldije la suerte de Elliot y del otro guardia que no habían podido retenerles más y debían de estar muertos. La niña se escondió detrás de mí.

Volví a plantarles cara y les ofrecí dinero. El hombre que parecía ser el líder escuchaba pero no decía nada. Sus hombres estaban inquietos pero le miraban a él. Les distraje lo más que pude mientras barajaba mis opciones, pero ya estaba condenada.

De repente percibí a lo lejos la silueta de un caballo que venía a toda prisa. El hombre que lo me parecía conocido por su cabello largo. Seguí con mi plática para que los hombres no voltearan y le vieran. Tenía que pensar rápido, hacerles bajar del caballo y dispersarlos para tener un poco de ventaja.

– Esta bien, les daré lo que quieren. – Dije abriendo un botón de mi vestido.

Los hombres se entusiasmaron y bajaron de sus caballos. Antes de que llegarán hasta mi, empuje a la niña hacia el edificio y comencé a correr gritando hacia el otro lado, con todas mis fuerzas. Dos de ellos me siguieron y en medio del alboroto no escuchan los cascos del caballo que viene a todo galope.

No fue hasta que ya estaba lo suficiente cerca cuando me di cuenta de que era Isac, que apareció por detrás de los hombres con su espada. Le dio primero uno por su lado derecho y luego al otro por el izquierdo, matándoles en el primer intento con un golpe seco en la garganta.

Corrí de regreso para buscar a la niña que se había metido en el edificio mientras Isac daba la vuelta para enfrentar al hombre que estaba en la puerta. Se bajó del caballo y le hizo un gesto llamándole con la mano para poder despejarme la vía.

Entré de nuevo en el edificio donde otro hombre buscaba a la pequeña. En cuanto me vio maldijo entre dientes y se acercó determinación. Volví sobre mis pasos hacia la puerta para que me siguiera fuera del edificio y así lo hizo. Volví a recurrir a mi pequeña daga que no había visto nunca tanta sangre desde que mi padre me lo regaló en mi quinceavo cumpleaños.

Isac seguía luchando espada con espada contra el otro hombre, el líder de los bandidos, así que tuve que enfrentarme sola a ese hombre, que no era tan grande como el gordo anterior, pero parecía más fuerte.

Le miré fijamente intentando parecer audaz. El hombre estaba desarmado, pero se movía con gracia. Yo intentaba clavarle el cuchillo desde lejos, dando saltos hacia delante, pero el aprovechó uno de mis saltos para cogerme por el hombro y empujarme hacia atrás. Perdí el equilibrio y me cogió por la espalda. Cogí el cuchillo con ambas manos para llevarlo hacia atrás, hacia su cabeza, pero me apretó los brazos y con una fuerza increíble comenzó a guiar mis manos que apretaban el cuchillo hacia mi propio pecho.

Yo intentaba oponer resistencia y soltar el cuchillo, pero era muy fuerte y una de sus mano apretaba la mía sobre el arma. Cuando ya había agotado ya toda mi energía y tenía el cuchillo muy cerca de mi corazón, decidí dejar de resistirme y usar la poca fuerza que me quedaba para dirigir el cuchillo hacia la izquierda donde se me clavó por debajo del hombro. Pegué un grito de dolor mientras entraba y el hombre lo sacaba de nuevo. Me derrumbé en el suelo y el hombre de abalanzó sobre mi con daga en mano.

Isac que había escuchado mi grito, pateó a su contrincante para hacerle caer y aprovechó para volver a su caballo. Le pegó al hombre con la espada desde arriba. El líder chilló pero seguía con vida.

Isac avanzó rápidamente hacia nosotros y cuando llegó a mi lado le lanzó un espadazo al hombre que acababa de herirme haciéndole caer. De un salto bajo del caballo y le cayó encima con la espada en posición vertical penetrando su cráneo.

Escuché más golpes de espada y volteé para ver que inesperadamente mi fiel amigo Elliot había regresado y se enfrentaba al líder ya recuperado. Isac limpió su espada cubierta de sangre y se agachó a mi lado para preguntarme si estaba bien. Le hice señas para que fuese a ayudar a Elliot.

Llamé a la pequeña para que saliera de su escondite. Ella se acercó sigilosa, miró mis heridas y comenzó a llorar de nuevo.

– No pasa nada preciosa, casi no me duele. – Le mentí intentando ponerme de pie. – ¿Por qué no traes ese caballo de allí para que podamos irnos de una vez?. –Ella asintió y cogió las riendas del caballo.

A menos de cien metros, el presunto líder cayó sobre su espalda. Isac estaba a punto de hincarle la espada en su pecho.

– No lo mates – grité rápidamente. – debemos interrogarlo.

– Lo ataremos y lo llevaremos con nosotros. – Dijo Elliot asintiendo.

Isac se le quedó mirando con rencor como si tuviese muchas ganas de matarle pero al final retrocedió. Se acercó a nosotras mientras Elliot ataba y arrastraba al bandido.

– ¿Estás bien? – Me preguntó extendiendo su mano.

– Si. – dije mientras me incorporaba para montarme en el caballo, pero al final mi cuerpo herido me traicionó y perdí el equilibrio momentáneamente.

– No lo estás – dijo mientras me cogía por el brazo. – así no podrás cabalgar.

Intenté disuadirlo pero tenía razón. Finalmente montó en su caballo, y con un brazo me cogió en el aire y me acomodó delante de él. Elliot acostó al bandido atado sobre un caballo que amarró al suyo, y montó a la niña detrás de él.

El viento que me daba en la cara me espabilaba un poco pero perdía sangre. Arranqué un pedazo de la falda de mi vestido y presioné en la herida. Los pinos que se alzaban altos a ambos lados oscurecían el camino y nos indicaban que debíamos estar entrando en el bosque de las siete espadas. Llamado así porque según la leyenda, siete caballeros habían muerto allí por sus propias armas. Sin embargo a mi el bosque siempre me había encantado, desde pequeña cuando jugaba entre sus arboles y me acostaba en su alfombra de hojas a mirar como la luz atravesaba las ramas. Me brindaba una especia de calma, de paz…

Cuando salimos del bosque a la inmensa planicie, y distinguí la silueta lejana del castillo en la colina, perdí la conciencia.

Capítulo 3

La Pequeña Doncella

Me desperté en mi cama un poco descolocada. El doctor Sawler se había acercado cauteloso y había rozado mi hombro.

– No quería despertarte sólo quería ver como seguías. – Me dijo con voz suave.

– ¿Ya esta aquí?– dije acomodándome entre las sabanas.– Debe de ser muy tarde.

– Sólo un poco después de medio día. Uno de sus hombres fue a buscarme muy temprano y me trajo consigo. Me dijo que estaba usted herida pero ahora que la veo no parece dolerle mucho. Si no le molesta voy a revisarle mejor.

El cuchillo había atravesado el espacio bajo la clavícula donde por suerte no me hizo ningún daño irreversible. Me dolía al mover el brazo así que el doctor lo inmovilizó vendándolo a mi cuerpo.

– Discúlpeme pero no he podido planificar nada y preparar su estancia. – Le dije cuando había terminado.

– No se preocupe, sus hombres se han encargado. Descanse un poco y la herida cicatrizará más rápido. Le daré unas hierbas a su doncella para que se las prepare dos veces al día. - dijo mientras recogía sus cosas en un maletín negro.- Si me permite ahora quisiera ir a ver a su padre.

– Por supuesto, tendría que haberlo atendido primero a él. – le reproché.

– A mi señora si sabía como ayudarle. A su padre… será un poco más complicado. – Me dijo sabiamente.

Asentí y este salió de la habitación.

Sarah, mi doncella estaba calentando agua en la hoguera y le pedí que se acercara.

– Tienes mejor cara. – me dijo sonriente.

– Gracias Sarah, me encuentro bien, pero la niña que vino conmigo

anoche, ¿donde está?

– Esta bien, el doctor ya la ha visto y esta intacta, parece que sólo esta un poco asustada.

– ¿Puedes traerla? Quiero verla.

Sarah salió de la habitación y volvió al cabo de unos minutos sin ninguna compañía.

– ¿Dónde está la niña? – le pregunté contrariada.

– Me han dicho que se ha ido a cazar con un hombre. – Me respondió igual de confundida.

– ¿Cómo que ha ido a cazar? ¿Con quién? – Le demandé como si fuese su culpa.– No se habrá ido sola.

– Con el hombre que le trajo ayer, el de los ojos misteriosos.

– ¿Isac? – pregunté curiosa bajo esa descripción.

– No se su nombre. Ayer por lo noche, le trajo en brazos y la acostó en su cama. Quería quedarse pero le dije que no sería prudente. Cuando el doctor Bernard le aseguró que usted estaría bien, se fue a dormir a las caballerizas.

– ¿Y no le ofreciste una habitación? – le exclamé con alarma.

– No sabía quien era Camila. Bien podía ser el que te hizo la herida. – me respondió sincera.

– Y aún así permitiste que se llevara a la niña. Cuando vuelvan de su tonta excursión de caza quiero verles. Mientras tanto busca a Elliot. – Le pedí.

– Deberías estar descansando, pero ya se lo que me vas a decir... – Me respondió dándose la vuelta.

Me levanté de la cama cuando cerró la puerta. Sarah podía ser mi doncella a los ojos de todo el reino pero habíamos crecido juntas y para mí era mucho más que eso. Su madre cocinó para el castillo durante veinte años antes de morir de una terrible enfermedad, dejándola huérfana como sirvienta en el castillo, así que cuando cumplimos los dieciocho años le pedí a mi padre que le diera un nombre para que pudiese casarse con

alguien respetable y así lo había hecho nombrándola mi doncella.

Desde entonces no nos separábamos nunca, nos confiábamos todo y ella preocupaba y cuidaba de mí como nadie más. Si me hubiese visto levantarme de la cama me hubiese matado

Intente mejorar mi aspecto con algunos pellizcos en las mejillas, y con una trenza que tejí en la parte de arriba de mi cabeza, de forma que mis rizos caían de ella por mi espalda. Me coloqué un sobrevestido de seda sobre el camisón de dormir.

Hubiese querido vestirme bien pero sin Sarah y con sola una mano me era imposible. No quería que nadie me viera débil o como lo que estaba.. hecha un desastre.

Espere sentada en el sillón de la ventana desde donde aún se podían ver los picos nevados sobre las montañas de Lompard.

– ¿Su señora quería verme? – Entró con cautela y se dirigió a mi con una reverencia.

– Si Elliot, siéntate por favor, no serán más de un par de minutos.

Elliot se sentó incómodo en el sofá de tapizado amarillo. Solía recibir visitas en mi dormitorio, pero a Elliot nunca le gustó interrumpir mi espacio. Llegaba ya cinco años bajo mi servicio, conocía mis fuerzas y mis defectos, y entre los dos habíamos conseguido ya un grado de confianza que no tenía con ninguna otra persona. Siempre con respeto eso si, a veces demasiado para mi gusto.

– ¿Sabía que la niña que hemos traído ayer, esta de caza con un desconocido? – le comenté descontenta.

– Un desconocido que le salvó la vida señorita. – me dijo con audacia.

– Es cierto, pero un desconocido al fin. – Le respondí. – Entonces sí lo sabía. Elliot, no quiero que esa niña se mueva sin mi autorización. Ahora estará bajo mi tutela. Necesito que me ayudes a mantenerla a salvo. Es muy pequeña para todo lo que ha sufrido ya.

– Si señorita, me ocuparé de su ello no se preocupe. Estaba usted en cama y no sabíamos cuando despertaría. Se veía un poco triste.

– No es para menos, ha quedado traumatizada y ahora estará abrumada en un castillo tan grande y con tanta gente.

– Le recomendaría que la nombrara su doncella, y así le daría un status

desde pequeña en este reino.

– Tiene razón, la mantendré cerca junto con Sarah. – le dije con aprobación. – ¿Y qué me dice de Isac? ¿Qué cree que debo hacer con él?

– Es muy buen luchador. Su habilidad con la espada es sorprendente, de los mejores que he visto. Creo que debería darle una oportunidad en la guardia, que además ahora le hará falta, ya que lamentablemente tenemos un vacante. Jonás no lo ha logrado. – dijo con pesar.

– Lo siento mucho Elliot, se que eran amigos.

– Dio la vida por defender sus ideales y murió con honor, no hay mejor muerte que esa.

Asentí porque no sabía que decir, había muerto defendiéndome a mi de unos asquerosos salvajes.

– Hablaré con mi hermano de Isac y también de usted. Me han comentado que ha ido a buscar al doctor muy temprano y le ha ayudado a ponerse cómodo. – Le comenté.

– Sólo de lo último puede culparme, no puedo robar los créditos de otra persona. – dijo, y continuó cuando vio mi cara de confusión.– Isac fue el que salió esta mañana muy temprano para ir a buscar al doctor Sawler.

Ahora no sólo tenía que darle las gracias a ese desconocido por salvarme la vida, sino por haber ido a buscar al médico. No me gustaba estar en deuda con nadie y menos con un hombre tan arrogante.

Cuando vio que no continué, Elliot hizo una reverencia en señal de despedida.

– Espera Elliot, – le dije antes de que marchara – ¿qué ha pasado con el hombre que trajimos, le has interrogado?

– No quiere hablar, parece que era el líder del grupo, pero no quiere decirnos que hacía allí ni a quien le reporta. – Me respondió moviendo la cabeza de una lado a otro.

– Estaban escondidos en las montañas, esperando que alguien pasara para atacar. Seguro que esos mismos hombres eran los responsables de la masacre en los pueblos quemados.

– No creo que fuesen los únicos pero si eran ellos. Este lleva una

quemadura en la mano izquierda de hace solo unos días.

– ¿Pero quién los ha mandado?, eso es lo importante. Porque quien quiera que sea enviará más hombres.

– Así es señorita, pero este no da su brazo a torcer. Me temo que es demasiado fiel a su señor.

– Si hay alguna novedad me avisas Elliot. – le dije luego de meditar sus palabras y el extraño significado de la fidelidad – Y muchas gracias por todo.

– Por supuesto mi señora. Aquí le dejo su amuleto de la buena suerte, se lo había dejado tirado.

Sonreí cuando dejó mi pequeña daga sobre la mesa y le agradecí en silencio. Se levantó y fue hacia la puerta justo cuando entraba Sarah, chocándole en el acto. Era muy gracioso ver como se multiplicaba la torpeza de aquellos dos cada vez que se encontraban, pero intenté contener la sonrisa.

– Ehh.. el señor.. eh el señor Isac esta aquí su majestad. – dijo Sarah divagando claramente nerviosa mientras volteaba a ver salir a Elliot.

– Hazle pasar. – Le respondí riendo disimuladamente.

Isac entró en la recamara. Su ropa aún rasgada y sucia. Tenía cara de no haber descansado mucho o quizás nada en días. Aún así, cuando me miró con sus ojos misteriosos y sonrió, me robó el aliento.

– Me alegro que ya se encuentre mejor su majestad. – Me dijo mientras inclinaba un poco la cabeza.

– Tome asiento por favor – Le dije señalando el sofá.

Sarah se acercó, colocó el té con las hierbas del doctor en la mesilla y agua para la visita. Luego se marchó a su habitación contigua.

– Parece cansado y no es para menos, ha llegado a mis oídos que ha realizado un largo viaje esta mañana y regresado a la hora de comer para ir a cazar con una niña de diez años.

– Tiene once años señorita. Parece que no esta enterada de todo. – dijo

con picardía.

– ¿Se lo ha dicho ella? – le pregunté con curiosidad.

– He tenido que adivinarlo, empecé con siete y no asintió hasta que llegué a once.

– Entonces aún no quiere decir nada. – dije pensativa.– Pobre pequeña, ha sido horrible lo que ha tenido que pasar.

– Por eso me la he llevado a cazar, quería distraerle un poco.

– En ese caso debo agradecerle por partida triple. No sólo me ha salvado la vida y ha salido temprano a buscar al doctor sino que ha conseguido tiempo para pasear a la niña. – Le dije sincera.

– No tiene que agradecerme nada. Estaba allí por casualidad, vi los caballos y supuse que alguien debía necesitarlos. No me di cuenta de que era usted hasta que estaba suficientemente cerca.

– Entonces gracias a la casualidad. – Le respondí con una sonrisa.

Isac se rió, y luego más fuerte, casi a carcajadas. Se cogía de la barriga mientras se doblaba adelante y atrás.

– Parece que le parezco graciosa – Le dije con arrogancia fingida.

– Un poco graciosa, si. – dijo ya más calmado.

– Y usted atrevido, pero sigo en deuda usted. – le dije volviendo el tema.– No me gusta tener que darle la razón a hombres que engañan a la gente para conseguir lo que quieren, pero tenía razón al decir que necesito a alguien en mi guardia con sus habilidades, y lamentablemente ahora hay un puesto vacío. Y aunque no esté en mi poder, le aseguro que lo intentaré. Le voy a ofrecer una habitación temporal en el castillo mientras evalúo su situación. Le haré saber cuando sepa algo.

– Muchas gracias su alteza – Dijo mientras se levantaba. – Veo que aún no me ha perdonado por el encuentro con el mendigo. Espero que me disculpe algún día, ahora debe descansar y recuperarse.

Negué de lado a lado volteando los ojos y me puse de pie. Isac se acercó y hizo una larga reverencia mientras estiraba su mano. Le ofrecí la mía y la besó suavemente. Sus labios se sentían tiernos y tibios. Su atrevimiento me dejó boquiabierta. Tuve que tragar y pestañear para que no viera mi sorpresa cuando subió la cabeza, y me miró de nuevo. Luego

sonrió y se dirigió a la puerta.

– Espero verla pronto. Su presencia es un alivio en los tiempos que vivimos. – Y así con su rima se manchó.

Antes de la cena, mi hermano Antón vino a verme.

– Me alegra que estés mejor hermanita, y que hayas traído al doctor. Nuestro padre ha empeorado durante la noche, han comenzado a salirle ronchas por todo el cuerpo. El doctor dice que es grave pero me ha dicho que se han registrado casos en los que los pacientes duran semanas así y luego se recuperan.

– Esperemos que así sea. – Dije con un suspiro.

Mi padre lo era todo para mí. Desde pequeña, a falta de una madre que me cuidara y me diera cariño, mi padre ocupó ambos papeles y a pesar de ser un rey y tener una agenda bastante copada, buscaba la forma de dedicarme tiempo. Jugaba conmigo, me peinaba, me leía cuentos antes de dormir, me enseñaba a montar, a leer y hasta me enseñó a defenderme.

No podía creerme que ese hombre fuerte y valiente que para mí siempre había sido un héroe, se debilitaba en cama por culpa de una enfermedad maldita que le chupaba la vida.

– Mientras tanto necesito que me ayudes en algunos asuntos. – Me dijo luego de un rato. – Mejórate primero y luego te contaré. Te echaremos de menos en la cena.

– Espera, hermano quería pedirte un favor. – le dije antes de que se marchara.– Me gustaría que evaluaras la posibilidad de incluir a Isac Malarkey en mi guardia.

– Es una tontería lo que me pides, ningún hombre ha pasado por la guardia real sin pasar primero por el ejército y luchar en el.

– Lo sé, pero me salvó la vida ayer, en teoría ha luchado por el reino y quiero agradecérselo. – Le dije. – Y además, ahora tengo un guardia menos.

– Lo pensaré hermana. – Dijo sin importancia. – Que venga a verme y veré que hago con el.

Le mande a Isac una nota invitándole a que se quedara unos días mientras mi hermano sopesaba la idea de nombrarlo guardia real. Yo por mi parte aproveché para descansar y recuperarme tras unos días

intensos.

Unos días mas tarde desperté al sentir que alguien me miraba. Me sobresalte cuando abrí los ojos, pero me calme enseguida al verla.

La pequeña estaba allí a los pies de mi cama. Su camisón aún puesto y bajo su brazo una muñeca de trapo. Ahora que no tenía cenizas por todos lados se podía ver su piel de porcelana, sus cabellos rizados y sus ojos azules, que aún guardaban tristeza en el interior.

– Hola preciosa. Ven aquí. – Le dije haciéndole hueco a mi lado.

La niña subió a la cama, se acurrucó a mi lado y me sonrió.

– Que bonita tu muñeca, ¿Cómo se llama? – Le pregunté intentando hacerle soltar la lengua pero se encogió de hombros.– ¿No tiene nombre aún? – le dije y negó con la cabeza.
– ¿Quieres que le llamemos Hortense? – Negó de nuevo con más brío.
– ¿Princesa? – se me ocurrió al recordar como abrió los ojos cuando le dije lo que era. Asintió sonriendo.
– Pues princesa será.

Sarah entró en la habitación malhumorada.

– Pero esta niña.. – soltó mientas le daba la vuelta a la cama para cogerla.- No se como se me escapó y entró por el pasadizo.

– No te preocupes Sarah. Esta niña preciosa y su amiga Princesa podrán entrar siempre que quieran.

– Entonces ni me preocupo en cerrar la puerta – dijo y luego se dirigió a la puerta que alguien tocaba con fuerza.

Mi hermano entró sin anunciarse y me tomó desprevenida.

– Uhm ¿y ésta niña quién es? – dijo con brusquedad, la niña se asustó y apretó su cabeza contra mi brazo herido. Ahogue un grito de dolor.

– Mi doncella menor. – Le dije con seriedad.– He tenido una pesadilla, y ha venido a consolarme. – Volteé para mirarla y le sonreí.

– He pensado en el favor que me pediste. – Prosiguió sin darle importancia.- Isac ha venido ayer a verme, y le he puesto a prueba. Parece estar a la altura pero quiero asegurarme.

– ¿Qué quieres decir? – Le pregunté mientras le hacia señas a Sarah que

nos dejara solos.

– Que si participa y gana el torneo de las tres torres le daré el puesto que solicita.

– Pero si el torneo es para guardias que quieren convertirse en caballeros.

– Haré una excepción. El tendrá las mismas condiciones que los demás para un rango menor. – dijo receloso. – Si está tan motivado como lo parece dará un buen espectáculo.

– No es justo, sólo tus mejores guerreros ganan el torneo. Uno cada año.

– Es verdad, te rebajaré la oferta pero será la última. – dijo y luego miro por la ventana mientras sopesaba pensativo.– Si queda entre los primeros tres le daré lo que pide.

– Antón, el torneo empieza en una semana. Tus hombres pasan años preparándose para esto.

– No voy a repetirlo, he dicho última oferta.

Y con eso salió de la habitación. Mi hermano Antón era muy engreído. Lo quería obviamente, era mi hermano, pero a veces llegaba a ser insoportable.

La pequeña niña me sacó de mis pensamientos. Se había puesto de pie en la cama y me miraba con curiosidad. Debía de parecer un fantasma con tantos días en cama. Era hora de salir de la prisión.

– ¿Tan mala cara tengo? – Le pregunte burlona y ella sonrió. – Necesito darme un baño urgentemente. ¿Porque no buscas a Sarah para que me ayuden entre las dos?

La niña bajó de la cama y fue dando saltitos al cuarto contiguo. Volvió al cabo de unos minutos arrastrando a Sarah.

– ¿Qué le pasa a esta niña? – me preguntó preocupada. – ¿Por qué no dice nada?

– No le pasa nada, esta perfecta. – Dije guiñándole un ojo. – Cuando este preparada para hablar lo hará.

– Es difícil comunicarse con alguien que no quiere hablarte. Y además como le vamos a llamar si no sabemos su nombre.

– Uhm, eso si necesita solución. – Bajé de mi cama y caminé pensativa. – Vamos a ver, ¿Cómo podemos llamarte?

– Le podemos decir doncella.

– Y si grito doncella ¿no vendrás tu también?

– Pero yo no soy cualquier doncella, yo soy LA doncella. – dijo en tono teatral.

– No seas tonta, tenemos que ponerle un nombre.

– Pero no podemos inventarle un nombre así como así. - dijo cruzándose de brazos.

– Ahh ya lo tengo. – dije chasqueando los dedos recordando como Isac le había sacado la edad.

Me acerqué a la pequeña y me senté en el suelo delante de ella.

– Sarah y yo diremos nombres al azar y cuando digamos el tuyo levantas la mano. ¿Si? – La niña sonrió y Sarah aplaudió sentándose a mi lado.

Comenzamos con nombres comunes y de personas que conocíamos pero al cabo de un rato ya estábamos desesperadas. Continuamos durante el baño, y mientras me peinaban ambas de cada lado, y luego cuando Sarah le enseñaba como atarme el corpiño del vestido, pero seguíamos sin dar con el nombre correcto.

– Tengo que ir a ver a mi padre, pero vayan a vestirse que vendré luego para que demos un paseo y sigamos con la búsqueda. – les dije cuando ya estaba lista.- claro que sería más sencillo si nos dijeras tu nombre, aunque no sería divertido ¿no?

La pequeña sonrió y ambas salieron de mi habitación con ilusión. Me dirigí a lo alto de la torre donde encontré al doctor sentado fuera de la recamara de mi padre con cara de cansancio.

– Señorita, me alegra verla fuera de cama, pero debería seguir descansando. – Me dijo cuando notó mi presencia.

– Apenas me duele doctor. Su cura ha sido milagrosa.

– Tendré que cambiarte esas vendas por la tarde. - Dijo echándole un vistazo a la anterior.

– Esta bien. ¿Cómo sigue mi padre?

– Me temo que no se encuentra muy bien. Le ha bajado la fiebre pero tiene dolor.

– Quiero verle. - le pedí.

– Debo decirle que lo que tiene puede ser contagioso, es mejor que no entre allí.

– Por favor doctor, quiero verle.

– Sólo unos minutos si me promete que no acercará a él.

Asentí y entré intentando no hacer ruido, pero la puerta chirrió y mi padre despertó. Lo que vi me destrozó el alma. Estaba delgado y pálido, y las ronchas que mi hermano comentaba ahora se le extendían por todo el cuerpo. Sin embargo, encontró fuerzas para sonreírme.

Le saludé desde lejos y me senté en la silla al otro lado de la habitación, molesta por no poder sentir su calor ni su tacto entre mis manos.

– Hola papá. ¿Cómo te sientes?

– Ahora que te veo bien, mucho mejor mi pequeña Mila. – me dijo con ternura y no pude evitar sonreír.

– El doctor dice que la fiebre ha bajado, pero que tienes dolor.

– Es un exagerado.

– Y tu un mentiroso. Dime dónde te duele o qué puedo hacer para mejorarlo.

– No puedes hacer nada más cariño. Ya has traído al médico y las hierbas me han hecho mucho bien. Ahora sólo queda esperar.

– Me siento atada de manos. Me duele tanto verte así.

– No te preocupes hija mía, pronto saldremos de ésta. – Me dijo con calma.

Hasta en ese momento cuando peor se encontraba mi padre, era mejor persona. Intentaba calmarme y animarme cuando era él quien estaba al borde de la muerte.

El doctor Sawler entró en la habitación y me hizo señas para hacerme saber que la visita había terminado. Mi padre necesitaba reposo absoluto

y nadie podía permanecer mucho tiempo en la habitación hasta no saber el alcance de la epidemia.

– Te quiero papá. – Le dije mientras le lanzaba un beso y me levantaba para salir.

– Y yo a ti mi pequeña.

Salí de la recamara con el corazón en la mano.

– No le veo nada bien doctor, de verdad ¿no hay nada que podamos hacer? – le pregunté apenada.

– Esperar, no queda más. ¿Quizás quieras escribirle una carta o traerle flores para la próxima visita? – me recomendó.

– Es una buena idea. De hecho quería pedirle permiso para salir del castillo, podría recoger flores del jardín.

– No me parece prudente, aún tiene que cicatrizar esa herida.

– Sólo es un picnic en el jardín exterior. Le prometo que no haré ningún esfuerzo.

– Veo que no hay forma de hacer que cambie de opinión. Me habían comentado eso de usted, que cuando se empecina con algo..

– Solo a veces doctor y hoy justo le ha tocado a usted.

– No intente mover el brazo y lleve a la niña con usted, le hará bien un poco de aire fresco.

– ¿Cree que vuelva a hablar?

– Ha sido un trauma muy fuerte el que ha sufrido. Es normal que se haga la muda para no hablar del tema.

– ¿Y no es posible que se hiciera daño o algo?

– Tiene las cuerdas vocales intactas. De hecho le he pedido que tosiera para mí y pude escucharlas. Es totalmente voluntario, cuando este preparada se abrirá, sólo hay que tener paciencia.

– Me alegro de escucharlo doctor. – dije mientras comenzaba a bajar las escaleras.- Que tenga un buen día.

Salí de la torre un poco más animada al ver que el sol comenzaba a asomarse entre unas nubes que se dispersaban para mostrar un cielo

azul. Era el día perfecto para estar fuera.

Pase primero por las cocinas donde Teresa me preparó una preciosa cesta llena de frutas, queso, pan y bollos, mientras yo me tomaba un zumo de fruta recién exprimida.

El jardín exterior, era mucho más rustico que el interior, pero eso no lo hacía menos hermoso. Con el bosque detrás, las montañas de lado y el río del otro, la pradera era el espacio perfecto para todo tipo de arboles y flores silvestres. En el centro del jardín los arbustos en forma circular dejaban espacio entre fila y fila donde se sembraban toda clase de flores coloridas. Lirios, brezos, rosas y dedaleras, mis favoritas por su forma de campanas moradas.

Colocamos una manta en la parte baja de la colina donde teníamos unas vistas espectaculares del jardín y los alrededores. Le pedí a la niña que me trajera flores para enviarle a mi padre, mientras nosotros vaciábamos el contenido de la cesta. Sarah y Elliot se levantaron juntos para ir a caminar con la excusa de ir a buscar a la niña.

Isac llegó al cabo de un rato, parece que al fin había descansado y tenía mejor cara. Llevaba una capa burdeos con un broche que me parecía conocido pero que no pude ubicar.

– Muchas gracias por su invitación princesa. – Dijo inclinando su cabeza. – Veo que han comenzado sin mí.

– Tome asiento y deje tanta formalidad que aquí no le escucha nadie. – Le dije invitándole a sentarse frente a mí.

– Disculpe, así me han educado, pero si así lo desea… – declaró complaciente. – ¿A qué se debe esta agradable sorpresa en este magnifico entorno?.

– Después de tantos días en cama me apetecía salir a tomar un poco de sol, pero tenía pendiente hablar con usted, así que uní ambos quehaceres.

– Muy eficiente de su parte. – rió entre dientes.– ¿De qué quería hablar conmigo?

– Lamento decirle que no he podido disuadir a mi hermano sobre su inserción en la guardia. – le dije apenada.

– A mi me parece que si lo ha hecho, me ha mandado una invitación para participar en el torneo de las tres torres.

– Pero ¿sabe que para entrar en la guardia debe quedar entre los primeros tres? – le pregunté.

– ¿Tiene usted tan mala impresión sobre mi? – Me preguntó sorprendido.

– No, claro que no. Lo he visto luchar, pero no es cuestión de valor ni de manejo de la espada. El torneo esta diseñado para que solo los más temibles guerreros puedan afrontarlo. Algunos incluso mueren en la prueba.

– No soy un cobarde señorita, si su hermano me ha invitado asistiré y daré lo mejor de mí.

– Lo entiendo. – Le dije derrotada. – Pero déjeme ayudarle entonces, es lo mínimo que puedo hacer.

– Eso me daría ventaja sobre los demás y no es justo.

– Usted no ha tenido tiempo de prepararse y eso tampoco es justo.

– He tenido toda la vida para prepararme. No se preocupe por mí, de verdad. Le prometo que no se arrepentirá de haberme ayudado.

Me di por vencida y deje de insistirle. No había forma de cambiar la opinión de un hombre decidido y como yo había predicho ese hombre no se quedaría quieto hasta no lograr su objetivo.

– ¿Esa es la chica de Elliot? – me preguntó inocente, cortando el silencio que se había extendido unos minutos.

– Pues aún no, tiene usted buen ojo. – le dije.

– Veo también que la niña esta más animada. – dijo mirándola mientras cogía las flores.

– Aún no dice nada, pero creo que poco a poco se alejará de los demonios que deben atormentarla.

– No es para menos. Le hace muy bien estar fuera.

– Otra de las razones por la que estamos aquí. – admití.– Estamos intentando adivinar su nombre pero está complicado.

En ese momento la niña posó los ojos en mí y luego en Isac, y se acercó corriendo a donde estábamos sentados. Me dio un ramo de flores que había cogido con sus propias manos que guardé para mi padre y luego le

mostró la muñeca a Isac y sonrió.

– Veo que te ha gustado el regalo. – le dijo sonriendo. –¿La estás cuidando bien?

– Se llama princesa. – Le dije sorprendida al saber que había sido él quien se la dio. – ¿De dónde la sacaste?

– Un caballero nunca revela sus secretos. – dijo con picardía y dirigiéndose a ella añadió – Así que princesa, ¿de dónde habrás sacado ese nombre?. Aún no sabemos el tuyo. ¿Será Ana?

– No, ese ya lo había dicho yo. – Le interrumpí.

– ¿María? – Prosiguió.

La niña se exaltó, abrió los ojos como platos y sonrió.

– ¿Es María? – pregunte emocionada, pero ella negó con la cabeza para mi decepción.
– No es María, pero se parece mucho.. – dijo Isac y se quedó un rato pensativo.– Es Mery.

La niña levantó las manos y saltó. Yo me levanté junto con ella y la cargue en brazos.

– Mery! Que bonito nombre – dije emocionada. – ¡Se llama Mery! – Grité a Sarah y Elliot que venían caminando juntos desde el centro del jardín.

Terminamos de pasar la tarde de picnic entre risas y juegos. No me había reído tanto desde hacía mucho tiempo. Fue una tarde maravillosa.

Isac se despidió al pie de la torre, tomó mi mano y la beso con suavidad, como había hecho la vez anterior, pero esta vez le sonreí de vuelta.

Elliot se había ofrecido para entrenarle durante los días que quedaban para el torneo. Lo necesitaría, las malas lenguas decían que este sería el torneo más difícil de la historia y conociendo a mi hermano no lo dudaba.

Para Antón, el torneo de las tres torres era mucho más que una mera distracción. Era su evento favorito del año, y para mi gusto, empeñaba demasiado tiempo y dinero en planificarlo a lo grande. Y luego cuando terminaba, ya comenzaba a pensar en como mejorarlo y en que dificultades más podría añadirle al del siguiente año.

No dudaba de las habilidades de Isac, las había visto con mis propios ojos, pero la dureza y la variedad de pruebas que tendría que superar con el

mejor puntaje me generaban dudas. Había visto durante mi vida a muchos hombres morir en ese torneo y ahora Isac tendría que enfrentarse a ello. Y la verdad es que en ese momento no sabía si le había hecho un favor o lo había mandado directo a su tumba.

Capítulo 4

El Torneo de las Tres Torres

La mañana antes del torneo se llevó a cabo el desayuno de campeones. Bajo una carpa en el jardín central se dispusieron mesas para que los participantes celebraran juntos de una gran comelona. Acabarse el plato parecía ya la primera prueba del torneo. Huevos, pan, panceta, frijoles, frutas y bollos en cantidades estrepitosas.

Mi hermano anunció unas palabras de bienvenida a todos los presentes y juntos brindaron bajo la promesa de "Que gane el mejor".

Mi presencia en el desayuno tenía un aire motivador, ya que hasta yo tenía un papel en el juego de mi hermano. "Que los hombres crean que ganando el torneo se ganan el corazón de la princesa les da otro motivo más para darlo todo, debes asegurarte de mostrarlo así".

Por la tarde se llevó a cabo la primera prueba, de la que temían hasta los más experimentados jinetes. "Domador de caballos" consistía en una serie de acrobacias que el participante debía completar con el caballo al galope antes de que este cayera por un precipicio. Si completabas las diez fases antes de detener al caballo acumulabas diez puntos. Si sólo cumplías cinco obtenías cinco puntos, y así sucesivamente.

El escenario circular que mi hermano había mandado a montar en la planicie frente al castillo, ocupaba todo el espacio y estaba rodeado de gradas que en ese momento comenzaban a llenarse de personas de todas las edades y estatus social, del reino y de pueblos aledaños que venían a presenciar el evento.

El inicio de cada prueba debía comenzar en una de las torres del castillo, pero desde hace ya varios años se creaba una torre temporal de tres pisos a base de tablones y piedras para poder abrir el espacio y albergar a más espectadores.

La decoración había transformado el espacio completamente para darle un aire de bosque misterioso. Desde la plataforma en forma de torre se habría paso una serie de montículos de piedra y arena que simulaban el camino circular que subía por la colina hasta terminar en la precipitada caída justo frente a la torre, todo rodeado de grandes arboles, arbustos y ramas colgantes.

El primero de los veinte participantes se asomó en la base de la torre, saludando al público que se ponía de pie expectante ante la primera

emoción del torneo. Lora uno de los guardias de Antón, grande y fuerte como una mole se preparaba dando saltos al aire y estirando los brazos.

Mi hermano que presidía el balcón real dio la orden para alzar en la torre la gran bandera de Gwerth, verde con borde blanco, con una torre en el centro como símbolo de la fuerza del reino y de los muros del castillo, y así dio por inaugurada la jornada.

Los tambores comenzaron a resonar, sonó el silbato de salida y el primer caballo salió corriendo desde detrás de la torre. El hombre le esperaba en posición de ataque, cogió las riendas cuando lo tuvo cerca y lo montó al galope, el caballo se tambaleó ante el peso del hombre pero prosiguió con el mismo vigor. Rápidamente se agarró del fuste y manejando su equilibrio se puso de pie sobre el animal para coger la cinta roja que colgaba de una rama. Se sentó de nuevo en la silla y se preparó para saltar, primero un muro pequeño y luego uno más alto que saltó sin problemas.

Más adelante una serie de arboles torcían el camino y varias ramas bajas dificultaban el paso. El hombre dominó a su caballo a través de los arboles sin bajar la velocidad y se agachaba para pasar bajo las ramas, pero una de ellas estaba demasiado baja y el hombre era demasiado grande. Se cogió de las riendas y del fuste con fuerza y se guindó de un lado logrando pasar, pero perdió el dominio del caballo que iba directo a un árbol, intentó montarlo de nuevo pero era muy tarde, el caballo rozó el árbol y el hombre se dio de lleno, cayendo y dando por terminada su prueba con solo cinco puntos.

Los siguientes cinco participantes no llegaron tan lejos, uno de ellos corrió mucho tiempo detrás del caballo antes de poder montarlo y no pudo ni saltar el pequeño muro. Otro era tan bajito que ni saltando del caballo logró coger la cinta y otros dos dudaron demasiado ante el segundo muro.

Llegó el turno de Elliot. Mi guardia se había presentado a los últimos dos torneos pero no había logrado ganar. Sin embargo se le veía con fuerza y voluntad. Montó el caballo rápidamente y cogió el lazo con gracia, saltó ambos muros y guió a su caballo por el pequeño bosque sin problemas. Siguió por el semicírculo para dar la vuelta y se preparó para coger la lanza que se encontraba clavada en la parte baja de un tablón de madera a su derecha, y la arrancó de una, para atar rápidamente la cinta roja en el palo. Apuntó y clavó la lanza en la cabeza de una figura de paja y realizó el salto largo final del lodazal para detener su caballo en el montículo que se elevaba gracias a una pequeña colina.

El público vitoreaba eufórico, Elliot sonreía y saludaba desde el montículo

y yo le saludaba orgullosa desde el balcón real.

La prueba continuó sin muchos percances, excepto por el hombre que salió volando del precipicio luego de saltar el lodazal y otro que cayó cuando el caballo se detuvo ante el muro más alto. Después de Elliot ninguno de ellos logró completar las diez fases y el que más se le acercaba no había podido coger la lanza y por lo tanto estaba tres puntos debajo de él.

Finalmente se asomó Isac en la puerta de la torre. La emoción de los primeros hombres había bajado un poco y la audiencia cansada ya no gritaba con el mismo entusiasmo. Isac esperó el silbido, se preparó y montó su caballo. Como era tan alto no tuvo que estirarse mucho para tomar la cinta sin soltarse de las riendas y bajó de un salto. Era ágil y se notaba ligero sobre la silla, cosa que ayudó al caballo a saltar ambos muros sin dificultad.

Temía que por ser tan alto no pudiese pasar bajo las ramas, pero Isac desmontó apoyando sus pies en el estribo izquierdo bajó la cabeza y pasó a la altura del caballo. Se acomodó deprisa para guiar al caballo fuera del bosque y realizó el mismo proceso para colocarse del lado derecho y prepararse para arrancar la lanza. Le costó sacarla y casi la rompe, como les había pasado a algunos hombres, pero desde la posición que llevaba pudo utilizar todo su peso para arrancarla. Lamentablemente no pudo volver a tiempo a su silla y terminó lanzando la lanza sin cinta. Saltó el lodazal y se detuvo a milímetros del final de la plataforma.

Aplaudí aliviada. Ambos habían pasado la prueba y se encontraban en los primeros puestos. Siempre había pensado que el torneo era una tradición brusca y tosca, de hombres para hombres que disfrutaban con el sufrimiento ajeno, pero ahora que tenía a dos de mis hombres a quien vitorear y apoyar me había parecido emocionante. Cosa que no admitiría nunca en público y menos delante de mi hermano.

El día siguiente las puntuaciones se pusieron un poco más parejas. “Maestro de armas” era una de las pruebas fijas que los hombres practicaban durante todo el año hasta llegar a la perfección. Usando diferentes armas, los participantes debían dar a diez dianas lo más cercano posible al centro marcado con círculos concéntricos con tres valoraciones diferentes.

El escenario se mantenía igual y las dianas se habían distribuido en las mismas diez fases. La dificultad que mi hermano había añadido este año era que las últimos tres objetivos se encontraban en movimiento.

Elliot comenzó primero por haber ganado el día anterior y tomó el arco. Salió de la torre por el camino de tierra, se agachó para coger la primera flecha, apuntó y la lanzó hacia el primer árbol del que colgaba la diana de

madera. Era tan dura que la flecha no se clavó y terminó el suelo. Los espectadores ahogaron un "ahhh" pero siguieron animándole. Elliot respiró profundo, se agachó delante del muro para coger dos flechas más y estiró la cuerda con más fuerza para alcanzar a la primera diana en el muro bajo y a la segunda más lejana en el muro alto dando a ambas en el blanco. Siguió caminando y se metió en el bosque para dar a otras dos dianas que se escondían entre las ramas con una ballesta, y luego a otra que se encontraba en el tablón de madera donde el día anterior estaba la lanza. Estaba de lado por lo que era difícil apuntar, pero logró clavar un hacha en el segundo círculo. Con otra hacha atravesó la cabeza de paja del muñeco vestido de bandido.

Los últimos tres targets que salían desde el charco de lodo y desde el montículo estaban en movimiento y debía darles con cuchillos. La que se movía horizontalmente la atravesó con facilidad al igual que la vertical, sin embargo la última que se movía en círculos le costó un poco y sólo alcanzó el tercer puntaje, terminando su prueba con veinticuatro puntos.

Isac le siguió y aprendiendo de los errores de Elliot enterró las flechas en la madera con fuerza. Me sorprendió la concentración y la postura con la que agarraba el arco. No había duda de que había entrenado anteriormente. Sin embargo, no logró darle al tablón de madera con el hacha que lo rozó pero no se clavó. Descargó su rabia contra la cabeza del muñeco de paja y luego se detuvo ante el lodazal y cogió los cuchillos. Se arrodilló para darle al primero que se movía de arriba abajo y luego se levantó para darle al que estaba detrás moviéndose de lado a lado. Tardó unos minutos en lanzar su último cuchillo, el objetivo se movía y además se tapaba con los dos anteriores dando visibilidad solo durante unos segundos. Lanzó con determinación pero cuando el cuchillo estaba a punto de alcanzar el blanco, la segunda diana le rozó y terminó en el suelo, dejando a Isac con los mismos veinticuatro puntos que Elliot.

Los hombres que prosiguieron no llegaron a tan alta valoración. La mayoría pasaba los primeros objetivos fácilmente pero se caían con el hacha y los cuchillos. Sólo dos de ellos dieron en el blanco central del objetivo final pero habían fallado en las anteriores. El que mejor puntuación obtuvo fue Lora, que sólo falló en el blanco que se movía de forma horizontal para terminar con veintisiete puntos.

Cuando el último terminó su prueba, se juntaron todos en el centro del escenario. El público gritaba exaltado y aplaudía a los participantes que habían dado lo mejor de sí, demostrando ser guerreros de temer y además habían dado un espectáculo como nunca antes.

Mi hermano se levantó, les saludó y hizo la seña para que los cinco mejores dieran un paso adelante. Entre ellos Elliot, Lora e Isac, que al día siguiente realizarían la última prueba y la más dura de todas en la que mi

papel de “premio” tenía un valor tangible.

Esa noche me encontraba tan nerviosa que decidí no asistir a la cena y me fui a pasear por los jardines. Luego de un rato me senté frente a la fuente central. El sonido del agua me calmaba y el espacio me recordaba a mi madre. En ese mismo banco solía sentarse a leer durante las tardes de primavera y de verano. Yo no la había conocido, había muerto durante mi nacimiento, pero esa pequeña similitud me acercaba un poco a ella. Me la imaginaba con su cabello negro y ojos verdes como los míos, concentrada tras alguna aventura escondida bajo las hojas de los libros que solía leer y que luego leería yo una y otra vez.

– ¿Irá a dormir sin cenar esta noche la princesa? – dijo una voz en la sombra.

Isac se acercó lentamente bajo su capa de terciopelo, con las manos en la espalda y me miró sonriendo. Agachó un poco su cabeza en señal de respeto y prosiguió.

– Lamento interrumpir sus pensamientos. No le vi en el comedor y quería preguntarle como seguía de su hombro. Me dijeron que podría encontrarla por aquí, pero si quiere que me vaya..

– No, no tiene que irse. Me encuentro mucho mejor, está cicatrizando, parece que mi cuchillo no es tan mortal como yo pensaba.

– Lo es si se usa donde debe ser, menos mal que no fue así. – dijo sentándose a mi lado. – ¿Y porqué tan sola y con cara de preocupada?

– Suelo venir aquí cuando quiero escapar del ajetreo y pensar en silencio.

– ¿Y qué le preocupa?, si no le molesta que le pregunte. – se atrevió con cautela.

– Muchas cosas la verdad. Mi padre principalmente, los inocentes que están siendo quemados por sanguinarios sin alma, y un poco también por el torneo, mañana es la prueba final y la más dura de todas.

– No tema por mí, no correré más riesgos de los que pueda asumir.

– Es usted encantador y bastante amable. – Añadí con ironía. – Pero no me refería a usted. No se si lo sabe pero mi hermano me involucra en el torneo todos los años. La última prueba “Rescatador de princesas” es exactamente eso. Siempre me pone en aprietos, cada año más arriesgado y este año aún no sé que tiene preparado para mí.

– Dudo que su hermano la ponga en peligro real.

– ¿Qué no? – respondí sorprendida.- El año pasado me metió en un baúl sin ventilación. El caballero tenía que buscar la llave en el fondo del pantano y pasaron horas antes de alguien la encontrara. Y el anterior, me dejó colgando bocabajo de un árbol que se encontraba dentro de un círculo de fuego.

– Ya veo porqué le preocupa. – Dijo con los ojos abiertos.– Pero siempre puede decirle que no quiere participar. Sabía que la prueba se llamaba así y Elliot me contó algunas anteriores pero pensé que no era una princesa de verdad.

– Pues si, yo misma! – exclamé.- He intentado varias veces hablar con él, de que ponga a otra persona, pero dice que debo de ser yo, que motiva a los participantes y los hace más valientes.

– Lamento decirle que en eso tiene razón. No creo que haya una mejor motivación.. – Me dijo con picardía.– No piense más en eso, no creo que la haga pasar por algo peor a lo que ya ha pasado y además esta vez estaré yo para rescatarla.

Rió con fuerza y no pude evitar reírme con él. Es verdad que no podía seguir dándole más vueltas y además el estómago comenzaba a dolerme del hambre.

– ¿Vamos a la cocina a ver si ha quedado algo de la cena? – Le dije mientras me levantaba.

– Por supuesto. – respondió caminando tras de mí. – ¿Segura que no estaba un poco nerviosa por mi desenlace en el torneo?

– Bueno sólo un poco – añadí sonriendo.

Al día siguiente me levanté tarde. Desayuné en mi habitación antes de darme un baño con agua caliente y dejé que Sarah y Mery me vistieran para la ocasión con un vestido blanco ceñido con escote pronunciado, manga larga con bordados en dorado y un cinturón de oro. El cabello lo llevaba suelto con una corona de oro decorada con rosetas.

Sarah me acompañó hasta la entrada donde me esperaba una carroza sin techo. Debía esperar a que todos estuvieran ya sentados en sus gradas para hacer mi gran aparición. Avanzamos por un lateral y dimos la vuelta al escenario. Estaba nerviosa pero puse mi mejor cara, estiré mi cuello, saludé y sonreí. La carroza se detuvo enfrente de la supuesta torre y uno de los caballeros de mi hermano abrió la puerta. Los espectadores

gritaban emocionados y levante mi mano para saludar con gracia.

El ganador del año anterior salió de la torre y me cogió la mano mientras hacía una reverencia. El caballero me guió por la escalera a lo alto de la torre donde me esperaba mi sitio. De las dos columnas que soportaban la estructura y que sobresalían en lo alto, salían dos cuerdas que aguantaban un pequeño columpio de madera. El hombre me ayudó a sentarme, se agachó y me besó la mano, haciendo que el público aclamara y silbara. El caballero se alejó con otra reverencia, y dos hombres tiraron de las cuerdas para subir el columpio. Me agarré con fuerza a cada lado y me acomodé cuando llegué al tope de la altura, a unos 10 metros.

Me sentí aliviada, no era tan horrible como los años anteriores, estaba a gran altura pero me sentía segura. Pensaba que mi hermano al fin me había escuchado, cuando los dos hombres volvieron cargando unas cajas, las abrieron y de ellas comenzaron a salir lo que parecían ser.. serpientes.

Cientos de serpientes de todos los tamaños y colores llenaban el espacio bajo mis pies. Agradecí estar a esa altura y que no hubiese paredes que pudiesen subir. El público estaba alerta, expectante, y en tensión. Mi hermano les estaba dando el espectáculo que querían ver y más.

Los cinco participantes llegaron a caballo y bajaron frente a la torre. Saludaron al público y luego voltearon hacia mí. Debía lanzarles un beso pero no quería moverme ni un milímetro así que me limité a sonreír. Pude ver el pánico en los ojos de Isac cuando vió donde estaba y las serpientes que me rodeaban.

Desde mi altura podía verlo todo. La parte inicial del recorrido había sido transformado en un gran laberinto donde esperaban dispersados los quince guardias que no habían sido finalistas armados con sus espadas. Una única salida se abría hacia el camino frente a los muros que ese día se encontraban recubiertos de rosales espinosos, y desde los arboles del pequeño bosque caían lo que parecía ser afilados cristales. Después de la curva dos grandes dagas se movían en sincronía entrecruzándose a mitad de camino y al final una gruesa cuerda hacía de puente en el lodazal para terminar en el montículo. No alcanzaba a ver como llegarían de vuelta a la cima de la torre desde allí, pero supuse que no sería fácil.

Los hombres se colocaron en posición frente a la torre y sonó el pitido. Salieron todos corriendo hacia el laberinto y se dispersaron deprisa. Isac y Elliot permanecieron juntos, atacando a sus oponentes entre los dos. Estaban cerca de la salida cuando vi que se desviaban hacia al izquierda hacia un callejón sin salida donde habían dos guardias que los entretuvieron un rato. Los otros dos hombres que no conocía se

encontraban a cada esquina cada uno más lejos de la salida.

Lora por su lado había conseguido adelantar a sus oponentes y atacó al último que taponaba la entrada. Este cayó en el suelo y Lora pateo su arma para que no pudiera atacarle. Salió corriendo del laberinto y se apresuró por los muros espinosos saltando primero uno sin rozarlo y luego sobre el otro que seguro le dejó las rodillas llenas de pequeños cortes. Luego corrió agachado por el bosque y dio la vuelta para enfrentarse a las enormes dagas en movimiento. Se asomó para ver que nadie había salido del laberinto aún y que podía tomarse su tiempo. Retrocedió un poco para coger impulso y corrió haciendo que el publico contuviera la respiración y luego gritara de alivio. Una vez del otro lado se revisó para confirmar que seguía en una pieza y continuó.

Estaba segura que no podría pasar por la cuerda floja con todo su peso, pero al parecer estaba lo suficiente tensa para soportarle y la recorrió con prisa. En el montículo, vi que saltaba y aunque lo perdí de vista supuse que estaba subiendo una cuerda. Asomó sus manos en el muro de la torre poco después y le vi levantarse con la fuerza de sus brazos. Se puso de pie en el estrecho muro y cuidando de no caer hacia las serpientes lo rodeó para llegar hasta la columna izquierda. Cogió la cuerda que aguantaba el columpio y soltó demasiado deprisa. Perdí el equilibrio de un lado y tuve que sujetarme de con el brazo derecho para no caer, sintiendo la tensión en mi hombro. Cogió de nuevo la cuerda y haló para subir el columpio estabilizándolo, así que aproveché para pararme sobre la madera y agarrarme con fuerza de ambas cuerdas.

La tarea no era tan sencilla, con la altura a la que estaba supuse que Lora tendría que ir y venir varias veces desde cada columna para que pudiese bajar el columpio a una altura prudencial. Se acercó a la otra columna, donde una gran serpiente marrón se encontraba enroscada en la parte de abajo. Con cuidado acercó su mano al amarre intentando no asustarla y liberó la cuerda de la anilla y soltó un poco estabilizando mi tabla. Bajó un poco más para volver a amarrar pero la serpiente le atacó y Lora retrocedió perdiendo el equilibrio, sus pies tropezaron en el borde del muro y cayendo de espaldas desde la alta torre soltó la cuerda.

Pegué un grito cuando sentí que mi amarre derecho cedía, cogí rápidamente la otra cuerda apoyando todo mi peso en el nudo que amarraba el extremo izquierdo de la tabla. Me agarré con fuerza con ambas manos y quedé colgada a más de nueve metros de las asquerosas serpientes. Sentí dolor en el hombro y vi que el vestido blanco comenzaba a llenarse de sangre por mi antigua herida abierta.

Dos hombres salieron corriendo hacia donde supuse que había caído Lora varios metros más abajo, pensé que subirían por mí pero mi hermano les hizo un gesto negativo con la cabeza. Le odié en ese momento. Lo único que le importaba era su espectáculo y yo sólo era una pieza más de su

juego.

Grité con fuerza cuando sentí que el amarre de la cuerda que me sujetaba cedía unos milímetros y me horroricé al pensar que no había quedado bien sujetado.

Examiné el laberinto con la esperanza de que alguno de los que quedaba en pie pudiese llegar a tiempo. Visualice a Elliot y a Isac que se acercaban de nuevo a la salida del laberinto donde les esperaban tres hombres. Isac volvió la cabeza para mirarme. Había escuchado mis gritos y sabía que estaba en peligro. Elliot le hizo unas señas y Isac le lanzó su espada. Elliot con las espadas en ambas manos se posó frente a él y corrió con todas sus fuerzas hacia el primer hombre arrastrándolo hacia los otros dos que cayeron con el choque. Isac aprovechó y salió corriendo por una pequeña abertura. Elliot le seguía cuando uno de los hombres que había tumbado le metió el pie y le hizo caer.

Isac saltó el primer muro de un salto y luego se quitó la camisa, la rompió en dos y envolvió sus manos para trepar el muro sin hacerse daño. Se arrastró por el suelo del bosque evitando los cristales y se apresuró entre las dagas en movimiento. Tuve que cerrar los ojos para no ver el salto, pero los volví a abrir cuando escuché que el publico gritaba animándole a continuar. Isac se movió con destreza por el delgado puente atravesando el lodazal y saltó para coger la cuerda que subía hasta mi encuentro. Trepó rápidamente y sus ojos se encontraron con los míos llenos de miedo.

– No te muevas, te sacaré de aquí. – Me dijo mientras subía el pequeño muro y recorría con cuidado el espacio hasta la columna.

Escuche aplausos y gritos de nuevo y me asomé para ver que Elliot había podido escapar por fin y se encontraba cruzando el charco de lodo. Subí la mirada donde Isac se encontraba ya en la columna deshaciendo el amarre.

– No bajes la cuerda de golpe, caeré. – Le dije a Isac entre dientes señalando mi hombro.

– Amárrate la cuerda al otro brazo, por encima de la manga del vestido. – dijo mientras volvía a amarrar la cuerda y apretaba con fuerza.

Apoyé mi peso de nuevo sobre el nudo con la punta de mis pies y extendí mi mano izquierda por encima de mi cabeza cogiendo la cuerda con fuerza. Solté los pies para destensar la cuerda por abajo y le di vueltas sobre mi otro brazo para sujetarlo por encima de mi manga. Cuando lo sentí seguro sobre mi muñeca me apoyé de nuevo en el borde de la tabla

colgante.

Elliot se asomó por el muro, tenía sangre en la cara y en los brazos. Isac le extendió una mano para ayudarle a subir.

– Ve por ella. Yo bajaré la cuerda. – Le dijo Elliot. Isac asintió y luego me miró.

– Cuando yo te diga saltas. – Me dijo.

Me dolía el hombro, las manos me escocían por la cuerda, las piernas me temblaban del esfuerzo, y el corazón me latía con fuerza por el miedo.

Isac saltó desde el muro sobre las serpientes y las pateó con fuerza para apartarlas. Temí que le mordieran incluso con sus botas altas, pero más bien se alejaban de él asustadas. Cuando se encontraba ya debajo de mí, Elliot soltó el amarre y me bajó lentamente.

– Salta ahora Camila. – Me gritó cuando estaba a casi tres metros de él.

– No puedo. – Le respondí por encima del ruido de un público que de pie gritaba de emoción.

– Si puedes, yo te cogeré te lo prometo.

Su mirada me aseguraba que todo saldría bien así que me agarré con fuerza con la izquierda para soltar el amarre de mi brazo y me dejé caer a la derecha. Isac me atrapó en el vuelo y me llevó rápidamente en brazos por la puerta lejos de las serpientes y luego por la escalera de caracol hasta la entrada de la torre mientras los espectadores le alababan y celebraran.

Ya en la base de la torre nuestros ojos se encontraron. Me miraba como un niño que observa a un animal herido y yo le sonreí para calmarle mientras mis brazos fuertemente ajustados sobre su cuello se relajaban. Me bajó al suelo despacio y suspiró aliviado.

– ¿Estás bien? – Me preguntó y asentí agradeciéndole en silencio.

– Debes hacer una reverencia y besarme la mano. – Le dije.

Aunque no tenía ganas de seguirle el juego a mi hermano ni respetar ningún protocolo después de lo que me había hecho pasar, Isac se merecía esos momentos de victoria, así que cuando se arrodilló y me besó la mano, me acerqué y le besé la mejilla.

– Te estaré eternamente agradecida. Definitivamente eres un rescatador

de princesas. – Le susurré al oído.

Me sonrió y se levantó cuando Elliot llegaba a nuestro encuentro. El público le aplaudió también por su valentía y por su bondad al ayudar a Isac. Lo que ellos no sabían era que realmente era Elliot quien había ganado, y sería nombrado caballero real mientras que Isac solo pasaría a ser mi guardia, pero no quise arruinarles la emoción. Finalmente cogí los brazos de ambos hombres y los alce en el aire.

Capítulo 5

Los Hombres del Bosque

La celebración final del torneo se llevo a cabo la noche siguiente en el comedor principal. Todos los participantes se sentaron en una gran mesa, con todo tipo de manjares, vinos y un gran lechón, presididos por ambos ganadores.

Mi hermano hizo acto de presencia y dijo unas palabras antes de sentarse en la mesa real a mi lado donde nobles y caballeros esperaban.

– Este año el reto ha sido difícil pero realmente gratificante. Todos los participantes han dado lo mejor de sí y nos han sorprendido con su valor y coraje, dejándonos no uno sino dos ganadores. – Alzó su copa y con su semblante recio les invitó a brindar – Alcemos ahora nuestras copas para celebrar el nombramiento de Elliot Harley como Caballero y a Isac Malarkey como nuevo miembro de la guardia real.

Los hombres gritaron en conjunto un "AHU", bebieron y chocaron las copas de metal con fuerza contra la mesa.

Luego de la cena, nos trasladamos al gran salón donde un conjunto de músicos amenizaba el espacio mientras comenzaba la ceremonia para el nombramiento.

Cuando ya todos se encontraban expectantes, mi hermano le hizo señas a Elliot para que se acercara. Elliot se puso de rodillas delante de Antón y bajó su cabeza. La espada de mi hermano le rozó cada hombro y al final la cabeza profesando el juramento de honor. Un paje le acercó la medalla que ahora debía llevar en su pecho con el emblema de Gwerth. Cuando se levantó la sala se lleno de aplausos y ovaciones.

Luego le tocó a Isac que iba vestido con su nuevo uniforme gris donde el chaleco con bordes verdes llevaba grabada en el pecho la gran torre. Él no recibió el toque de caballeros pero si su insignia, y tuvo que repetir las palabras de su compañero pero dirigiéndose a mi.

– Juro que serviré con lealtad, honor y devoción a la princesa Camila Montac y al reino de Gwerth, y prometo defenderle y protegerle así sea con mi propia vida hasta el fin de mis días. – Proclamó apoyado en su rodilla derecha.

Cuando levantó su mirada, pude ver grabadas en sus ojos las palabras

que acaba de decir. Incliné la cabeza en símbolo de respeto.

La música comenzó a sonar con más vitalidad. Los caballeros, guardias y resto de invitados comenzaron a aplaudir y mover sus pies al ritmo de la gaita y los violines. Era el momento de irme. Me levanté de mi pequeño trono y rodeé disimuladamente el salón hasta la torre, para subir las escaleras. Me encantaban los bailes y la música, pero nunca se me había permitido participar, ni bailar con los nobles y caballeros, así que prefería evitar rechazos y ausentarme un rato.

Aproveché para ir a ver a mi padre. Tenía mejor aspecto que la vez anterior. Las ronchas seguían invadiendo todo su cuerpo pero su animo mejoraba y cuando entré lo encontré sentado leyendo.

– Padre, parece que ya estas mejor. ¿Aún es necesario que me quede aquí tan lejos? – le pregunté con las manos en alto.

– Si cariño, no quiero contagiarte nada y parece que aún es pronto para cantar victoria. El médico dice que ha visto casos así que han terminado en fallecimientos.. Una leve mejoría para después decaer.

– No digas eso papá, ya vas a ver como pronto estarás fuera de cama.

– Espero que así sea. – Me dijo acomodándose en la cama.

Cogió un vaso con agua que tomó con cuidado y luego prosiguió.

– Bueno ya me han contado de tu aventura en el torneo. Tu hermano te ha puesto en grave peligro tendré que reprenderle.

– No pasó nada al final, pero si es verdad que esta vez se ha excedido.

– Hablaré con él y que no vuelva a repetirse, nada es más importante que la seguridad de ustedes dos. – Me dijo antes de que le diera un ataque de tos, que logró apaciguar al cabo de unos minutos. – Y se puede saber ¿quién es el galante caballero que te ha rescatado y del que todos hablan?

– Se llama Isac Malarkey papá y no es un caballero, pero se ha portado bien conmigo y me ha salvado la vida un par de veces. Le estoy agradecida así que formará parte de mi guardia.

– ¿Cómo que un par de veces? – preguntó con sorpresa.

– No te molestes papá, que no estas en condiciones de alterarte – Le dije calmándole con la mirada. – Cuando fui a Jerte a buscar al doctor Sawler,

unos bandidos nos atacaron, si no hubiese sido por Isac no estaría aquí.

– ¿Unos bandidos? – preguntó con curiosidad con un gesto de susto.

– Si, parece que hay una banda de malhechores que van de pueblo en pueblo saqueando, quemando y robando mujeres. Isac dice que puede ser que vengan de Harness y el doctor me ha dicho que ya han pasado por varios pueblos del sur dejándolos en ruinas.

– Harness.. – dijo pensativo. – Sabía yo que ese Cromwell no sería bueno. Cuando lo nombraron rey de Harness hace un año todos temían que se convirtiera en un sanguinario y parece que así ha sido.

– Papá no te imaginas lo que hacen. No tienen piedad, no les importa nada, ni el dinero, ni el poder, solo tienen hambre de sangre.

– Hay que ponerles resistencia. No pueden ir por ahí haciendo y deshaciendo a su voluntad.

– Eso mismo pienso yo. Quería hablar con mi hermano para ir a revisar los pueblos y buscar sobrevivientes.

– No deberías ponerte en peligro, deja que él se encargue.

– Pero papá, no puedo quedarme aquí sin hacer nada.

– Si puedes y lo harás. No es lugar para una princesa, además no hay necesidad, hay suficientes hombres para encargase de ello. No quiero escucharte hablar de nuevo de ésto.

– Si padre. – Le dije bajando la cabeza, habían momentos en los que realmente deseaba haber nacido un niño varón – Tengo que volver a la celebración, me alegra verte más animado.

– Cuídate mi pequeña Mila. – soltó cuando cerraba la puerta de la habitación.

Estaba tan molesta con mi hermano por todo lo que estaba pasando. Por centrar tantas energías en el torneo cuando habían inocentes muriendo por todo Rotherland, por haberme puesto en peligro para dar un buen espectáculo, por no escucharme ni permitirme actuar. Odiaba en general el hecho de estar siempre a su sombra y que no me permitieran vivir libremente. Aún así sabía que por más que quisiera nunca podría tener la vida de una persona normal, ni expresarme libremente, ni bailar con quien quisiera, ni casarme con quien quisiera, ni besar a quien quisiera. Era algo que sabía desde que era una niña y que a esas alturas ya había aceptado,

pero no por eso dejaba de molestarme.

Isac me esperaba en la puerta mientras hablaba con el doctor a quien saludé antes de bajar las escaleras.

– ¿Qué haces aquí? Deberías estar abajo celebrando. – le dije a Isac cuando ya estábamos en el salón.

– Por si no lo recuerda, hace pocas horas juré que le serviría y la mantendría a salvo.

– Pero eso no quiere decir que deba seguirme a todos lados.

– Si usted no me lo especifica le seguiré a donde vaya. Espero que no se haya cansado ya de mí, porque desde ahora me verá por todos lados.

No pude evitar reírme y el sonrió. Había algo en su forma de hablarme, de mirarme, que me hacían sentir.. viva. No me había cansado de él, de echo apenas había tenido el tiempo que me hubiese gustado para disfrutar de su compañía.

Mi hermano nos interrumpió en el pasillo.

– ¿Te llevas a mi ganador tan temprano? – me preguntó.

– Sólo he ido a ver a mi padre, el puede quedarse si así lo desea. – dije de forma cortante.

– ¿Nos dejas? – le dijo a Isac en tono cortante.

Isac me miró y yo asentí. Se marchó en dirección al gran salón y Antón prosiguió.

– No vuelvas a hablarme así delante de un servidor ni delante de nadie. – Soltó enojado.- Supongo que aún estarás molesta por el torneo. Se que me excedí un poco con la prueba, pero todo estaba calculado, sabía que estarías a salvo.

– Antón, dos semanas antes me habían clavado un cuchillo en el hombro, ¿piensas de verdad que estaba a salvo mientras colgaba de una cuerda con un sólo brazo a tres metros de altura?

– No exageres que apenas te hizo daño y al final todo ha salido bien. Los hombres han estado muy motivados con tu presencia y hemos reforzado todos los puestos necesarios. Además, te he dado lo que me pediste, un guardia del que pareces haberte encariñado.

– No seas engreído. ¿De verdad crees que he salido beneficiada?. Pude haber caído y muerto en esa estúpida prueba, y eso ¿a quién beneficiaría?

– Bueno no te alteres, tienes razón, no debí ponerte en peligro, el próximo año prometo tener más cuidado.

– ¡El próximo año! – Exclamé con sorpresa. – Ya puedes irte buscando otra forma de entretener a tus espectadores, yo no volveré a formar parte de este juego. Hay cosas más importantes que están pasando bajo tus narices y tu ni te has enterado.

– ¿De qué hablas? ¿De la enfermedad de nuestro padre? ¿Se encuentra peor?

– Esta mejor pero no, no me refiero a nuestro padre. Te hablo de los pueblos quemados, de los hombres que están arrasando todo el sur de Rotherland sin nadie que los detenga.

– Elliot me ha informado, y haremos algo al respecto pero no ahora. Para tu información ahora tengo problemas más graves intentado esconder el hecho de que nuestro padre esta al borde de la muerte. Si llega a oídos de nuestros enemigos o de algunos nobles a los que se les debe algo, vendrán! Vendrán cuando estamos más débiles, vendrán a reclamar su parte del reino o a atacarnos para apoderarse de él y no podemos darnos ese lujo. Además ahora tengo que buscar urgentemente una esposa por si pasa lo peor.

– Y mientras tu te sientas en tu trono a jugar a las mentiras, haciendo tratos sobre tierras y mujeres desde tu comodidad, otros están muriendo – le dije casi gritando.- ¿Y no piensas hacer nada? ¿Cómo se supone que confiarán en ti cuando seas rey si no puedes defenderlos ahora cuando más lo necesitan?

– Querida hermana, – comenzó sarcásticamente. - no juegues a que sabes como manejar esta situación porque no lo sabes. Mantente en tu sitio y en tus quehaceres como damisela en peligro que se te da muy bien y no me digas a mí como tengo que dirigir este reino, que para eso he sido educado toda mi vida.

Me mordí la lengua para no continuar gritándole, le di la espalda y me volví para subir a mi habitación. Tiré la puerta con fuerza y descargué mi rabia sobre las tazas y ornamentos de plata que se encontraban en una bandeja sobre la mesa, lanzándolas al suelo. Me tiré sobre la cama y di patadas como una adolescente, vencida por la frustración y por la impotencia de tener las manos atadas. Una princesa con un poder inútil.

Mis doncellas llegaron corriendo desde el pasadizo alteradas por el escándalo y al verme, se acercaron para consolarme.

Me quedé así un rato, llorando y descargando mis sentimientos en la almohada. Sarah se puso a recoger el desorden y Mery se acostó a mi lado para acariciarme el cabello hasta que me quede dormida.

Me desperté con un fuerte dolor de cabeza y los ojos hinchados, preguntándome en que momento me habrían cambiado la ropa. Debía de ser muy temprano porque el sol apenas comenzaba a salir por la ventana.

Me di la vuelta para ver a Mery hecha un ovillo sobre la cama y recordé como la había encontrado hace unos días, con el camisón negro de las cenizas, escondida y muerta de miedo. Pensé en la noche anterior y en la conversación que había tenido con mi padre y mi hermano. Tenía que hacer algo. No podía quedarme de brazos cruzados, y si mi hermano no quería hacer nada, tendría que hacerlo sin el y sin su ayuda.

Me levanté de la cama con determinación, me vestí deprisa con la ayuda de Sarah y bajé a la cocina donde Elliot desayunaba.

– Necesito que me hagas un favor – le dije luego de que me sirvieran un plato de frutas y nos dejaran solos.– Se que ya no formas parte de mi guardia y que debes reportarle todo a mi hermano, pero creo que nos une más que un juramento y creo que puedo confiar que lo que voy a decirte quedará entre nosotros.

Elliot asintió y bajé la voz para que nadie nos escuchara.

– Desde que volvimos de Tiwu no he podido dejar de pensar en los que siguen sufriendo en manos de esos bárbaros. ¿Se ha sabido algo del prisionero que retuvimos ese día?

– Me han dicho que anoche se ha suicidado. – me confesó moviendo la cabeza de lado a lado. – Parece que prefería morir antes de decir algo. Sin embargo habíamos infiltrado a un guardia como preso a su lado y le pudo sonsacar algo de información.

– Pensaría que era uno de los suyos. Buen trabajo. – le apremié. – ¿Y que averiguó?

– Sólo le escuchó decir que Cromwell acabaría con todos y le vengaría.

– Así que era verdad, son de Harness, enviados por su rey para atacar todos los pueblos del sur. Pero ¿para qué? No lo entiendo.

– Ni yo, le he informado a su hermano Antón para que me permitiera averiguar algo más, pero dice que ahora no puede ocuparse de eso.

– Por eso necesito tu ayuda. Quiero ir a buscar sobrevivientes. Quizás no podamos acabar con ellos ahora pero si podemos ayudar a los que siguen allí.

– No puede pedirme que le ayude con eso señorita. Es muy peligroso, ni su padre ni su hermano lo aprobaría.

– Por eso he venido a usted. Necesito hombres, al menos diez, para que me acompañen, y así disminuir el riesgo. – insistí.- No pienso ir hasta Harness a matar al rey, solo quiero intentar ayudarles. Pero si por casualidad alguno de esos bandidos se topa en nuestro camino, tendré quien me defienda.

– Veré que puedo hacer señorita, los hombres de su hermano no saldrán sin su consentimiento, aunque quizás.. – se detuvo pensativo.- quizá haya algo que pueda hacer. Pero debe esperar, no puedo permitir que salga solo con sus guardias.

– Esperaré entonces hasta que usted me diga. Pero dese prisa, no tenemos mucho tiempo.

Elliot asintió y yo me dirigí a las caballerizas donde me encontré con Isac. Le conté mis planes, y aunque intentó disuadirme durante un buen rato, al final acordó esperar noticias de Elliot que me contactó un par de días después, a través de una carta que envió con Sarah. Tenía que reunirme con el al día siguiente en la entrada del bosque para ir en búsqueda de los hombres que le había solicitado.

Salí temprano con Isac y otros tres guardias a caballo. Llevaba mi mejor vestido, negro bordado con hilo de oro, la corona brillante sobre mi moño alto y mis zapatos nuevos sobre medias de seda. Pensaba que debía de representar prestigio, riqueza y poder si quería ganarme a esos hombres. Estaba muy equivocada.

Nos encontramos con Elliot en la entrada del bosque y nos guió a través del estrecho pasaje hasta el corazón del pinar.

– ¿A dónde vamos? - le pregunté cuando ya nadie podía vernos.

– Nos encontraremos con ellos más adelante.

– ¿Y tenía que ser en el bosque?¿No podíamos invitarlos al castillo?

– No la hubiese traído hasta aquí si eso fuese posible señorita.

– ¿Quiénes son?

– No le voy a mentir, son hombres de temer, forajidos que no le rinden cuenta a nadie salvo a ellos mismos. No creen en el reino, ni en el poder y la jerarquía.

– ¿Y crees que podemos convencerles? – Le pregunté preocupada. – ¿O piensa que tengamos que comprarles?

– No son de esos mi señora. Son más bien de los que toman la justicia por sus propias manos. Roban a los ricos para dar a los pobres, y eliminan a quien les amenaza o les hace daño, sin embargo no son mercenarios ni toman sobornos.

– ¿Y entonces cómo cree que podremos disuadirlos?

– Varios de ellos han perdido a sus familias en manos de los hombres de Harness. Algunos hasta vivían en los pueblos quemados.

Asentí al entender por donde iba y espere que fuese suficiente compartir el mismo enemigo.

Llegamos a una pequeña abertura en el bosque donde desmontamos y atamos a los caballos.

– Debemos ir a pie desde aquí. – Dijo Elliot adentrándose un poco entre los árboles. - Cuando lleguemos, déjeme hablar primero a mi. La presentaré y veremos como reaccionan a su solicitud.

– ¿Debemos estar preparados si no reaccionan como esperamos? – Preguntó Isac apretando el pomo de su espada.

– No, guarda tu arma, no atacarán si no les damos razones para hacerlo.

– Debo pensar primero en la seguridad de nuestra señora.

– Lo entiendo, pero debes confiar en mí y en que no la hubiese traído si supiera que hay peligro alguno.

Isac asintió pero se acercó a mi lado y detecté su pose de alerta.

Caminamos durante unos cuarenta minutos entre los árboles, adentrándonos cada vez más en el oscuro bosque que se hacía más denso por la abundancia de diferentes especies de pino y encino. El ambiente se volvía también más húmedo y maldije mi selección de vestuario que en

este caso no tendría ningún fin sino hacer que me dolieran los pies.

– Hemos llegado. – Dijo Elliot en un susurro.

Subí la mirada para ver un grupo de tiendas, armadas en un claro más adelante. Unos diez hombres se sentaban alrededor de un fuego casi extinto mientras comían en silencio. Tropecé con unas raíces y Isac me tomó del brazo rápidamente evitando la caída, pero el ruido provocó que todas las miradas se volvieran hacia nosotros. Los hombres se levantaron deprisa y buscaron sus armas en el suelo.

– Soy Elliot Harley y vengo a hablar con Edin – Se apresuró Elliot.

Los hombres le miraron y unos segundos después bajaron sus espadas. Respiré aliviada al ver que volvían a sentarse. Un hombre rubio con barba había salido de una de las tiendas y les hacía señas. Llevaba el cabello recogido en una coleta, la camisa blanca arremangada e iba descalzo. Se acercó a Elliot y le abrazó para mi sorpresa.

– He recibido tu carta. Me alegré mucho cuando supe que habías logrado lo que siempre habías querido. Mírate.. Caballero de la guardia real, quién lo hubiese dicho. – Luego posó sus ojos en mí y prosiguió acercándose. - Supongo que esta es Camila.

Isac apretó la empuñadura de su espada mientras se adelantaba cortándole el paso. Le toque el hombro para que se retirara y me dirigí al hombre lo más serena que pude.

– La "Princesa Camila". – Dije mientras me acercaba a Edin.

– Su majestad. – Dijo con sarcasmo inclinando un poco su cabeza pero sin bajar la mirada.

– Es un placer conocerle. Me han hablado mucho de usted. – Mentí mientras me quitaba la capa y mostraba mi vestido escotado.

– En cambio de usted no se dice lo que deberían. – Dijo en tono áspero.– Es mucho más hermosa de lo que he escuchado, no le hacen justicia.

Me giré para ver a Isac que comenzaba a irritarse. Le hice señas con la mirada para que bajara la tensión y se apartó un poco para dejarnos espacio.

– Elliot ya le habrá comentado el porque estoy aquí. Espero que entienda que he venido personalmente porque el asunto me urge y no puedo seguir

esperando.

– Lo entiendo, pero aún así me parece sospechoso. ¿Porqué su padre no ha usado a sus hombres? ¿Porqué ha tenido que venir usted a buscarnos a nosotros?

– He venido sin que mi padre lo sepa. Se pensaría que una princesa tiene libertad para hacer lo que quiere pero no es así. – Admití aunque luego mentí. – Mi padre ha enviado guardias a buscar a los culpables de los ataques en el sur, pero yo no quiero quedarme de brazos cruzados.

– Así que lo que necesita son hombres.

– Hombres que piensen igual que yo, que estén indignados por lo que esta sucediendo y que quieran ayudar a los más indefensos. Hombres que conozcan los caminos y no tengan miedo de enfrentarse a lo que se cruce en ellos.

– Ya veo. – dijo y luego caminó pensativo de lado a lado. – Sin embargo eso lo hemos estado haciendo solos durante los últimos meses. No necesitamos llevar a una mujer que nos entorpezca la búsqueda y nos ponga en peligro con solo su nombre.

– Sólo será un par de días – insistí. – Quiero recorrer los pueblos y recoger a los afectados que aún puedan estar allí para llevarlos al castillo.

– Lo haremos sin usted. Llevaremos a los sobrevivientes al castillo.

– Discúlpeme que insista Edin. Pero no confío la tarea a nadie más, y como ya le he dicho, no me quedaré de brazos cruzados. Si no desean ayudarme buscaré a otros que si lo hagan. – respondí con decisión.

– Es usted osada – dijo con cierta arrogancia.

– Vine aquí porque pensé que sus hombres eran los adecuados para esta tarea. Escuche que algunos habían perdido a sus familias y otros aún seguían buscando a sus seres queridos. – le dije con simulada decepción. - Puede pensar que seré un estorbo, pero le aseguro que no será así, iré de incognito. Además le aseguro que mientras sus hombres estén conmigo no les faltará nada y al final serán recompensados.

Uno de los hombres que había estado sentado en el suelo se levantó y caminó hacia nosotros.

– No lo haremos por dinero, ni por usted. Lo haremos por la gente que esta sufriendo, consumidos por el miedo y el hambre. – intervino. – Perdí a mi familia en Tiwu pero aún quedan muchos a los que usted si puede

ayudar.

– Entonces no estaba equivocada al venir aquí. – le respondí agradecida.

– El Bardo tiene razón. Tiene usted valor y determinación. Permítanos descansar y partiremos mañana desde la entrada del bosque – dijo Edin finalmente.

– Enviaré comida y bebida para que esta noche puedan recobrar fuerzas y nos veremos mañana en el punto indicado. – les dije.

Los hombres asistieron y me volví para regresar por donde habíamos venido.

– Le recomiendo que no venga vestida así mañana señorita, así no pasa desapercibida. – gritó Edin desde la hoguera. – Aunque le quede perfecto el vestido y el escote.

Sonreí tras la altanería de ese hombre. Definitivamente no eran hombre educados ni nobles distinguidos, eran simples campesinos, obligados por las condiciones a convertirse en guerreros, forajidos fieles a mi fin, fieros pero leales, que desde ese momento se convertirían en mis hombres.

Cuando llegamos a los caballos, le agradecí a Elliot su ayuda, esperando que me contara como les conocía, pero como no lo hizo, preferí no insistirle y respeté su silencio.

Monté mi caballo y agradecí no tener que andar más sobre esos condenados zapatos. Los pies me latían con fuerza y en algún lugar de las plantas seguro tendría ampollas. Sin embargo evité quejarme y mientras regresábamos al castillo en silencio, pensaba en como afrontaría esta nueva aventura.

Una princesa que nunca había tenido que salir del castillo sino para ir a galas y eventos. Que de ella solo se esperaba que sonriera, asintiera y distrajera a nobles y condes. Ahora me enfrentaba a lo desconocido, a estar rodeada de hombres extraños durante días y a recorrer caminos peligrosos que nunca había andado, con la única seguridad de la pequeña daga que me acompañaba día y noche, mis leves nociones de defensa que mi padre me había enseñado, mis guardias, un puñado de desconocidos y un Isac que parecía apreciar más mi vida que la suya propia.

Llegamos al castillo y Isac me ayudo a desmontar. Solté un leve quejido cuando mis pies tocaron el suelo.

– ¿Qué pasa? – me preguntó preocupado.

– Nada – mentí respirando profundamente.

– Eso no sonó como nada. Dígame.

– Es una tontería, pero creo que estos zapatos no son de mi talla y hemos andado tanto que creo que me he hecho daño.

– Vamos a ver.- Me dijo acercándome a un banco en la entrada de las caballerizas.

Me senté y Isac se agachó delante de mí. Cogió uno de mis zapatos y lo retiró con cuidado. Luego subió un poco la falda hasta la rodilla para llegar hasta la media y la bajo despacio. Me sonrojé rápidamente, y miré alrededor por si alguien nos veía, pero no había nadie cerca. Sus manos rozaron mi tobillo y bajaron a la planta del pie, donde varias rozaduras latían al rojo vivo.

– Parece que si se ha hecho daño – dijo acariciando mis heridas. – Déjeme llevarle hasta su habitación.

– No va a cargarme hasta arriba. – le dije recobrando mi compostura.
– He aguantado hasta ahora, unos pasos más no me harán más daño.

Isac me calzó y me ayudó a ponerme en pie. Me acompañó hasta la base de la torre sirviéndome de apoyo pero cuando hice el menor gesto de dolor, me cogió por las rodillas y me alzó en sus brazos llevándome hasta mi habitación donde me dejó caer suavemente sobre el sofá.

– Si es tan amable de llamar a mis doncellas para que vengan a atenderme.

– Puedo hacerlo yo, si así lo desea. – dijo amablemente.

– Es muy amable pero ya ha hecho suficiente. Necesito que mandé comida y bebida a los hombres del bosque con la mayor discreción posible y luego debe descansar. Mañana nos espera un largo viaje.

– Intente descansar también. Espero que se recupere para mañana.

Me hizo un gesto con la mano y se alejó saliendo de la habitación.

El ungüento que me recetó el médico para las ampollas era el mismo que para la herida del hombro pero funcionó de maravilla. Aún me dolían a la mañana siguiente pero no lo admitiría. Guardé el ungüento en mi mochila con el resto de mis cosas y me vestí con prisa mientras me tomaba la leche que Sarah me había traído.

– Sólo cuando me vaya le dirás a Antón que me he ido a Serth, que me quedaré unos días allí en la mansión y aprovecharé para pasear y comprar vestidos. – Le pedí a Sarah cuando volvió a entrar. – Le dirás que estoy bien cuidada y que no debe preocuparse. No creo que se lo crea pero debes asegurarte de no decir nada más.

– Si señora, entendido, pero cuídese, no quiero tener que decirle luego a su hermano que algo le ha sucecido, me mataría.

Asentí sonriendo y me dirigí hacia la puerta cuando Isac se anunció y entró en la habitación.

– Le he traído algo de ropa. Se que no muy bonitas pero creo que estará más cómoda y pasará más inadvertida en ellas. Es por su seguridad.

Traía una camisa blanca con mangas y un pantalón de cuero marrón en una mano y en la otra una botas altas que seguro eran de un hombre.

– ¿A quién le ha robado la ropa Isac?.

– A un niño que no va a importarle que su señora las utilice. Creo que son de su talla pero debería probarlas primero.

Me probé las prendas en el cuarto de baño y me sorprendí al ver que me quedaban perfectas. Las botas me las coloqué con cuidado pero al pisar sentí la suavidad y la comodidad que mis zapatos no me daban. La camisa me quedaba muy holgada así que me la arremangue y me coloque el corsé del vestido sobre la cintura. Me solté el cabello que llevaba amarrado en una trenza y me miré al espejo.

Parecía preparada para mi primera aventura en solitario, aunque por dentro no lo estaba. Me aterrorizaba encontrarme de nuevo con esos bárbaros, y el pensar en lo que diría mi padre y mi hermano cuando volviera me revolvía el estómago.

Sin embargo ya había decidido dejar de ser una princesa de cuentos de hadas, dejar de pensar en vanidades y hacer algo por los demás, algo por lo que valiera la pena ser recordada.

Capítulo 6

Los Pueblos Quemados del Sur

Respiré profundo varias veces para despejar mi angustia y salí a la habitación con mi nuevo y ordinario atuendo.

– Veo que he acertado. Le sientan mejor que al chiquillo. – dijo Isac con una sonrisa.

– Gracias Isac. Sin duda iré más cómoda. Ahora salgamos por la habitación de Sarah, no podemos dejar que nadie nos vea.

Me coloqué la capa negra por encima y tapé mi cabeza con la capucha. Luego cogí la daga del bolsillo de mi vestido y me lo ajuste en la pierna bajo la media.

Isac me acompañó fuera del castillo donde esperaban mis guardias con los caballos. Montamos hasta la entrada del bosque donde una docena de hombres nos esperaban.

– Buenos días princesa. – Dijo Edin al verme. – Veo que ha escuchado mi recomendación. No se decirle si la encuentro más atractiva hoy o ayer.

– Es usted muy elocuente cuando quiere. – le dije sutilmente. – Debemos partir ahora antes de que nos vean. Empezaremos rodeando la montaña hasta Navia y luego seguiremos pueblo a pueblo hasta Merche.

– ¿No bajaremos a Harness? – Preguntó uno de sus hombres.

– La idea no es meternos en la boca del lobo, es recoger su desastre. Pero si nos encontramos con alguno de sus hombres espero sepan que hacer. Deberíamos llegar a Navia a final de la tarde y subir un poco la montaña para armar un campamento seguro.

Los hombres no parecían muy contentos con mi respuesta pero me siguieron cuando me puse al galope detrás de Isac.

El sol comenzaba a salir en un cielo nublado y daba a los arboles un aire tenebroso. El camino que se abría entre la montaña y el bosque, era amplio y el camino de tierra nos permitía ir rápido pero no por ello estábamos seguros. Cualquiera que se escondiera tras los árboles nos escucharía pasar. Sin embargo esa mañana, no vimos a nadie y llegamos

a Navia al final de la tarde como estaba planificado.

El pueblo tenía poca actividad y los pocos que se encontraban fuera de sus casas se asustaron al vernos y corrieron hasta sus puertas. Detuve mi caballo y desmonté para acercarme a la primera puerta donde había visto meterse a una muchacha.

– Perdona que la hayamos asustado, mis compañeros y yo sólo estamos de paso. – le grité tras la madera. – Estamos buscando a los hombres culpables de prender fuego a los pueblos aledaños.

La muchacha abrió un poco la puerta. Me quité la capucha, le sonreí cortésmente y al final me invitó a entrar. Llamé a Isac y Edin para que me acompañaran. La casa estaba echa un lio, pero la muchacha liberó la mesa y nos sirvió cervezas en copas de metal.

– Mi esposo salió a cazar ayer con algunos hombres y aún no han vuelto. – Comenzó.- Temí que ustedes fueran los canallas que pasaron por aquí hace algunas semanas. Nos robaron la comida y nos amenazaron con quemar el pueblo entero si no teníamos más cuando volvieran.

– ¿De dónde venían esos hombres?. – le preguntó Edin.

– No lo sé. Los escuché mencionar que las chicas de Merche eran más guapas. Pero no se más.- Respondió la muchacha.

– Han llegado hasta Merche... eso quiere decir que han tomado todo el sur. – dije con pesar.

– Si han pasado por aquí hace una semanas deben haber vuelto a Harness porque sino los hubiésemos visto cruzar el bosque. – Dijo Edin.

– Si vuelven será nuestro fin. No hay suficientes hombres para cazar y defender, y no tenemos nada que ofrecerles aún. – dijo la muchacha angustiada.

– No volverán, se lo aseguro. – dijo Edin con enfado.

La muchacha nos ofreció más cerveza que rechazamos educadamente y salimos de la casa para hablar con otros aldeanos. Todos estaban igual de asustados y preocupados por si esos hombres volvían a aparecer. No tenían suficiente comida, ni armas, ni hombres para defenderlos.

Nos brindaron comida y hospedaje para quedarnos ese día. Me pregunté si era porque eran realmente cordiales o porque con mis hombres se sentían un poco más seguros. Sin embargo todos sabíamos que eso no duraría.

– ¿Cómo podemos ayudarles? No están seguros aquí. – pregunté al aire sin darme cuenta, mientras cenábamos en una taberna.

– Matando a todos esos bastardos, así todos estarían seguros - dijo uno de los hombres de Edin, al que llamaban el Bardo.

Los hombres se unieron con un grito de guerra y chocaron sus jarras llenas de cerveza.

– No sabemos cuantos son, podrían ser miles, y no podemos ir hasta allí sin saberlo. Además el castillo de Harness es una fortaleza bien protegida, con cañones y muros altos. – debatió Isac con voz firme.- Necesitaríamos un ejercito.

– Eso por ahora no podemos tenerlo, pero si lográramos averiguar más sobre ellos y sobre el alcance de la invasión, podríamos recaudar fuerzas suficientes para atacarles. – dije pensando en lo que me costaría convencer a mi hermano Antón.

– Tienen razón pero no podemos irnos mañana y dejarles así. – dijo Edin.

Su comentario nos dejó a todos pensativos, intentando averiguar cual sería el próximo paso, y si realmente había valido la pena el viaje si no podíamos ayudarles.

– Podríamos decirles que vayan al castillo. – dije sin mucho convencimiento.

– ¿Y luego que? ¿Iremos de pueblo en pueblo, y recibirán en el castillo a cientos de personas? Aunque sea cierto no pueden mantenerlos a todos. – dijo el Bardo.

– No podemos decirles que dejen sus casas y sus vidas. – dijo Isac pensativo. – Pero debemos darles los medios para que puedan defenderse o sobornarles si vuelven.

– Enviaré una carta al castillo para que traigan armas y comida lo antes posible, y otro tanto al campamento para que podamos repartir en cada pueblo.

– ¿No se supone que ha venido a escondidas? ¿A quién pedirá esas municiones?– dijo Edin molesto.

– Ya me las ingeniaré. – Le respondí volteando los ojos.

– No creo que sin el apoyo de su padre pueda obtener más que migajas

de pan. – Concluyó con una carcajada irónica.

– Usted le ha prometido a esa muchacha que esos hombres no volverán y es una promesa que no puede cumplir. ¿Duda de mi palabra porque en la suya no se puede confiar? – le reclamé.

Edin se apoyó sobre la mesa con el seño fruncido y se acercó a mi cara amenzante con el puño cerrado. Isac se adelantó y plantó su espada delante de él cortándole el paso.

– Le recuerdo que aunque venga vestida de plebeya esta mujer es la princesa de Gwerth. Le ha tratado a usted y a todos sus hombres con respeto, les ha alimentado, les ha pedido su ayuda y su opinión, y ha salido de la comodidad de su castillo para venir a ayudar a esta gente.

Edin retrocedió y se sentó de nuevo con la cabeza entre las manos.

– Entiendo que se sientan tan frustrados como yo. Venir hasta aquí para descubrir que poco podemos hacer – continué intentando tranquilizar un poco los ánimos, – pero si hay algo bueno de nacer mujer en un reino donde el poder lo tienen los hombres, es que estos creen que pueden comprarte.

– Lo siento pero no comprendo señorita. – dijo el Bardo con sinceridad.

Se me olvidaba que me rodeaba en ese momento de personas totalmente ajenas a mi entorno y que no tenían idea de como funcionaban las cosas en el reino.

– Joyas caballeros, que puedo vender a cambio de comida, armas y favores. No necesito de mi padre ni de nadie más.

– ¿Vendería sus joyas para alimentar a unos desconocidos? – pregunto Edin.

– El dinero y las joyas vienen y van, pero soy de las que piensa que la vida de una persona vale mucho más que su peso en oro.

– Es muy amable de su parte. Y discúlpeme por alterarme de esa forma. – dijo con sinceridad. – Uno de mis hombres irá al castillo con su carta y el mismo se encargará de volver con el cargamento.

– Decidido entonces, mañana partiremos hacia Tiwu y armaremos el campamento en la montaña. – dijo Isac levantándose.

Salimos de la taberna hacia la primera casa donde la muchacha nos había

ofrecido una habitación. El resto de los hombres dormirían en la taberna.

La habitación era sencilla y humilde, pero tenía dos camas pequeñas y una palangana con agua para asearse.

– Le dejaré para que se cambie. Yo dormiré fuera. – dijo Isac desde la puerta.

– No es necesario, puede ocupar la otra cama. – le dije sin pensarlo mucho y luego señalando la puerta proseguí. – Le llamaré cuando termine de cambiarme.

Isac asintió y salió de la habitación. Yo aproveché para asearme un poco ya que no sabía cuando podría volver a hacerlo. Intenté cambiarme la venda pero no lo logré, aunque ya tenía movilidad en el brazo el cierre se encontraba detrás, y entre el dolor y el temblor de mi mano, no fui capaz.

Esa noche estaba un poco nerviosa, nunca había dormido con un hombre en la misma habitación, pero me parecía tonto que tuviese que dormir en el suelo cuando había una cama perfectamente buena para el.

Isac volvió cuando le dije que podía entrar. Yo ya estaba bajo las mantas con mi camisón de dormir.

– ¿Segura que no le molesta que me quede? – me preguntó.

– No me molesta. Eso sí, espero que no ronque, o tendré que dejarlo fuera.

– Y yo espero que usted tenga el sueño muy pesado.

Se cercó a su cama quitándose el cinturón con la espada envainada y la chaqueta, y se acostó sin más. Las botas le salían por fuera de la pequeña cama.

– ¿Suele dormir vestido y calzado? – le pregunté con curiosidad.

– Suelo dormir desnudo pero no creo que sea adecuado. – dijo sentándose de nuevo para quitarse las botas.

– Buenas noches Isac - dije entre risas, – y gracias por defenderme.

– Merece que le respeten y poco a poco lo irán haciendo, deje que la conozcan un poco más y se ganará su confianza.

– Eso espero, en el fondo son buenos hombres. Luchan por lo que creen.

– Igual que usted. – Me aseguró. – Que duerma bien princesa.

Le sonreí y me di la vuelta mientras Isac apagaba la vela para dejar la habitación a oscuras.

Realmente si esperaba ganarme la confianza de esos hombres. Quería que me apoyaran, que me defendieran y esperaba poder contar con ellos en el futuro, pero no era fácil ser una princesa y lidiar con hombres que han nacido odiando a los acaudalados desde que eran pequeños. Sin embargo sus intenciones eran buenas, no como las de esos bárbaros, viles y sanguinarios que tenían a todo el sur de Rotherland temblando de temor. Que iban cobrando vidas y familias a su paso, solo por el hecho de pasar por allí. Que dejaban pueblos enteros en cenizas y niños huérfanos a su suerte.

– Camila despierta. – dijo una voz en mi inconciencia que confundí entre mis sueños, donde me encontraba en medio de un pueblo ardiendo en llamas.

– Camila.. – Volvió a repetir más fuerte.

Me desperté entre golpes y puños que lance al aire sin medida.

– Ahh ahh, Camila soy yo Isac.

Abrí los ojos pero no pude ver nada en la oscuridad. Me senté sobre la cama con el corazón latiendo a mil por hora. Las lágrimas me caín por las mejillas y las manos me sudaban.

– Has tenido una pesadilla. – Me dijo en un susurro. – Estabas gritando, tuve que despertarte.

Respiré profundo y entorne los ojos para ver en la negrura de la noche. Isac estaba sentado a mi lado. Me cogió la mano con ternura y se la llevó a la boca besándola con delicadeza.

– Estábamos en Tiwu. Mery.. la habían degollado. Me tenían agarrada y no podía escapar. – le conté angustiada.

– Fue un sueño, estas aquí conmigo, y Mery esta en el castillo. Las dos están a salvo. – dijo mientras me limpiaba las lágrimas.

– Pero era tan real.. – respondí sollozando aún.

– Nada de eso pasó, llegué yo ¿recuerdas? ¿El rescatador de princesas?

Sonreí ante el comentario y logré calmarme poco a poco. Había sido tan vívido.. El final de lo que habría pasado si Isac no hubiese llegado aquel día.

Siempre había tenido sueños muy claros y realistas pero nunca algo tan horrible como eso. Sentía como los acontecimientos de los últimos días me estaban cambiando. Estaba también madurando, aprendiendo que no todo en la vida era color de rosas y que habían muchos que la sufrían día a día.

Me quedé un rato acostarme mientras Isac me acariciaba el cabello. Aún estaba cansada, se me cerraban los ojos, pero no quería volver a aquel sueño tan horrible. Pensé en mi padre y en como me había mantenido siempre al margen de todo lo malo que pudiese pasar. Yo sólo veía flores y mariposas, bailes y teatro. Una vez hasta me llevó a ver el mar, una playa, más allá de los Altos de Milos.

Con ese bonito recuerdo, entre las risas, las carreras al agua y los castillos de arena me dormí de nuevo, hasta que alguien tocó la puerta ya entrada la mañana.

Isac se incorporó primero, se había quedado sentado a mi lado toda la noche. Me sonrojé al darme cuenta que la manta que me cubría había caído al suelo y el camisón se me había subido hasta los muslos.

Me puse de pie de un salto y cogí los pantalones de lino con prisa. Isac agarró sus botas y salió de la habitación para darme un poco de privacidad.

Cuando salí, la muchacha que le servía una taza de leche a Isac, se volvió para tenderme una manzana.

– Los hombres ya están preparados para continuar señorita. – musitó la muchacha. – Lamento que tengan que irse tan pronto.

– Yo tambien lo lamento. Muchas gracias por el alojamiento pero debemos apresurarnos si queremos llegar a nuestros destino antes de que oscurezca. Pronto les llegará el alimento que necesitan.

La muchacha agachó la cabeza en símbolo de agradecimiento y aproveché para dejar una moneda de plata sobre su mesa. No era mucho pero con ello podía comprar suficiente comida como para un mes o canjearla por otra cosa, libertad quizás.

Salimos a la entradilla donde los hombres nos esperaban ya montados en sus caballos. Algunos de los aldeanos habían salido de sus casas para

despedirnos y pude ver en sus caras descansadas, que agradecían la noche de tranquilidad que habían disfrutado, pero también veía que la preocupación comenzaba a aparecer de nuevo. Esperaba que el hombre de Edin volviera pronto con el cargamento y les pudiese dar un poco de alivio a esas familias.

Partimos entonces en dirección este hacia Tiwu. Paramos en el camino en un par de pueblos de los que ya no quedaba ni la sombra. El fuego había alcanzado hasta las cosechas y si hubo sobrevivientes ya no quedaba ninguno por allí. Supusimos que se habían desplazado a otros pueblos cercanos.

Cuando estábamos llegando a la base de la montaña, distinguí la silueta de un grupo personas que se arrastraban en dirección a Jerte. Nos acercamos despacio y con cautela, pero cuando vi que entre ellos había mujeres y niños me apresuré para llegar a su lado.

Eran campesinos de uno de los pueblos que acabábamos de visitar. Habían vuelto a ver si quedaba algo entre las cenizas. Si podían rescatar algo de sus posesiones o volver a empezar de alguna manera. Sin embargo, no había quedado nada y regresaban con las manos vacías.

Cuando bajé del caballo una de las mujeres casi se desmaya. Iban muy sucios y hambrientos, así que los montamos en los caballos y comenzamos a subir la montaña para adentrarnos entre los altos pinos que nos servirían de refugio.

Montamos el campamento en medio del pinar, un amplio espacio donde la tierra parecía blanda y plana. Los hombres montaron las tiendas y prendieron el fuego, y las mujeres que acabábamos de recoger prepararon un gran caldero de sopa.

Repartí el pan entre todos y le di dos al niño. Debía de tener unos tres años y llevaba uno de sus brazos vendado. Tenía los ojos negros y grandes con pestañas enormes que adornaban su mirada. A pesar de estar hambriento y mugriento sonreía. Se llevó el pan a la boca con su mano sana y lo masticó despacio. Me senté con él para ayudarle a comer pero no hizo falta, se defendía muy bien con su único brazo.

– ¿Cómo te llamas? – le pregunté.

– Mali – me respondió con la boca llena.

– Se llama Malik. – dijo la mujer a mi lado. – Era el pequeño de mi vecina, lo encontraron al día siguiente cuando el fuego ya se había extinguido.

– ¿Y su familia? – susurré horrorizada.

– Estaban todos dentro, sin embargo su madre había logrado meterlo bajo las piedras envuelto en una manta mojada. Si no lo hubiesen escuchado llorar no lo habrían encontrado. Lo llevaron luego a Jerte y lo dejaron con el doctor, tenía quemaduras en las piernas y el antebrazo.

Miré al niño con ternura y vi en sus ojos la inocencia de no entender lo que le había sucedido. Suerte que no tuvo Mery.

– ¿Y ustedes cómo lograron escapar?

– Estábamos en Jerte cuando sucedió, uno de mis hijos estaba enfermo y habíamos ido a ver al médico. Ya esta mejor, pero la verdad es que ha sido una suerte para todos que enfermara. – dijo con un poco de culpabilidad. – Hemos dejado a los pequeños allí mientras veníamos a ver si podíamos salvar algo, pero no quedaba nada, ni tierra que sembrar.

– Quieren matarnos de hambre, para que no tengamos fuerza para levantarnos contra ellos. – dijo el hombre que se encontraba a su lado.

– Quizás es eso lo que quiere Cromwell al final, quedarse con todo sin que nadie tenga fuerzas para detenerle. – intervine pensativa.

– Eso es exactamente lo que quiere. – afirmó Isac.

– Se están aprovechando de que esta gente no tiene a donde ir, de que estas montañas cortan el paso hacia Gwerth. – Dijo Edin.

En ese momento entendí el porque, porque habían robado la comida y porque habían quemado las tierras. No sólo era por maldad, era por poder, por controlar el sur, y de algún momento a otro no les sería suficiente y querrían seguir invadiendo hasta llegar a Gwerth. Sin embargo el reino más grande con los muros más impenetrables de Rotherland, no sería fácil de ganar.

Debía llevarme a toda esa gente de alguna forma al otro lado de la montaña y darles tierras en Gwerth para que pudiesen cultivar, y con ello alimentar a un ejercito que desde entonces debía comenzar a formarse.

Capítulo 7

Los Últimos Sobrevivientes

Durante los siguientes tres días, bajábamos a los pueblos y volvíamos al campamento antes del anochecer. No había mucho que encontrar, toda la zona estaba abandonada.

Le pedí a Isac que me enseñara a luchar, ya no me bastaba sólo con poder defenderme con mi pequeña daga, tenía que aprender a pelear antes de que lo necesitara. Así que cada tarde después de regresar de nuestra inútil búsqueda nos adentrábamos un poco en el bosque a practicar como sostener la espada, esquivar golpes y moverme con soltura.

Al tercer día le pedí que me ensañara a dar el golpe, ya estaba cansada de caer al suelo y rodar sobre mi espalda.

– Comienza mirando hacia el frente, así podrás definir fácilmente la dirección del atacante. Párate con el pie derecho hacia adelante y el pie izquierdo hacia atrás, apuntando a tu izquierda. – Se acercó mirando con detalle para luego darle un toque a mi bota con su espada. – Separa un poco las piernas. Ahora da un paso con el pie derecho y mueve el pie izquierdo de modo que quedes en la misma posición que iniciaste. Repite.

Hice lo que me pedía pero no le veía el sentido a dar saltitos hacia delante.

– Aquí viene lo difícil: la técnica del pivote. – me dijo seriamente – Analiza tu postura, con el menor esfuerzo posible, voltea hacia el lado más fuerte. Si tu pie derecho está hacia adelante, gira hacia tu izquierda, y viceversa. Ahora da un paso con tu pie dominante y vuelve a tu posición inicial.

Luego de un par de intentos pude repetirlo con fluidez y me sorprendí al ver que era como una danza, hacia un lado y hacia el otro, pero aún estaba esperando poder mover un poco los brazos.

– ¿No se supone que íbamos a usar la espada?

– La paciencia señorita, la paciencia lo es todo, es lo primero que debes asimilar mi pequeño aprendíz.

Frustrada y agotada seguí a Isac de regreso al campamento luego de varias horas de mover un pie para allá y otro para acá. De repente Isac se detuvo, colocó un brazo delante de mi y se llevó un dedo hasta su boca

para indicarme que hiciera silencio.

Un ruido seco se escuchó a la derecha, del otro lado de donde estaba el campamento. Temí que fueran los hombres de Harness que estaban rondando el campamento. Isac se movió hacia el ruido con cautela y yo le seguí sigilosa hasta que logramos acercarnos lo suficiente.

Bajo la luz de las velas pude distinguir a una mujer con un niño en brazos y a un hombre mayor. No estaban armados así que me acerqué más para hablar con ellos. La mujer pegó un gritó cuando la silueta enorme de Isac se presentó en el medio de su campamento. Le grité a Isac que bajara el arma y pedí disculpas por la intromisión hasta que finalmente se calmaron.

La familia había huido un par de semanas antes y se habían instalado en la montaña con sus pocas pertenencias. Tenían miedo de coger solos el camino hacia Gwerth, asi que les ofrecimos quedarse con nosotros en el campamento y aceptaron encantados.

Cuando volvimos realice el conteo. Entre los hombres de Edin, mis hombres y las cuatro familias rescatadas en los últimos días, llegábamos ya a las cuarenta personas. Menos mal que el hombre de Edin había llegado ese día con el cargamento desde el castillo, porque sino la comida no habría alcanzado para todos.

Esa noche nos sentamos alrededor de la hoguera y compartimos historias. Los hombres de Edin comenzaban a abrirse conmigo y me contaban de sus vidas, sus familias y sus aventuras clandestinas buscando la justicia para los que no tenían el poder de conseguirla.

Mujeres asechadas por sus maridos, niños golpeados por sus padres, víctimas de violaciones, robos y de abuso de poder. Todos habían sido ayudados por esos hombres que vivían sin ley en el Bosque de las Sietes Espadas. Obviaban los detalles de lo que le hacían a los malhechores, pero me aseguraron de que nadie había muerto a mano de sus armas que no lo mereciera.

Luego de cenar, entré en mi tienda y desplegando el mapa marqué los últimos dos pueblos en rojo, iban seis en cincuenta kilómetros a la redonda. Llamé a Isac para que me diera su opinión de cómo proseguir.

– De aquí a Merche no queda más nada princesa. Deberíamos ir hasta allí y luego subir a Jerte, podemos dormir allí y volver al castillo al día siguiente.

– Si no hay nada más, los sobrevivientes deben estar allí. – Le dije con

seguridad.

– No quiero que se haga falsa expectativas. Quizás no haya más de lo que ya hemos visto.

– Lo último que se pierde es la esperanza, recuérdalo simpre mi pequeño aprendiz.

Isac sonrió y negó con su cabeza mientras se servía una copa de vino, se la bebió de un sorbo y luego sirvió dos más.

– ¿Cómo van sus pies? – me preguntó ofrenciendome una de las copas.

– No puedo quejarme, las botas que ha robado para mi son bastante cómodas. – Le dije sonriendo. – La verdad es que ahora después de ver tanto sufrimiento me cuesta pensar que unas ampollas sea un problema del que quejarse.

– Entiendo como se siente. Pero no debería pensar tanto en ello, solo le hará sufrir y no le dejará pensar claramente.

– Tiene razón, debería pensar más bien en como voy a convencer a mi hermano de lo que debe hacer. Espero que mi padre haya mejorado, es mucho más fácil lidiar con él, aunque cuando se entere que he venido sola me matará.

– Yo creo que en cuanto le diga lo que esta pasando y las amenazas que rondan el reino, no tendrá otra opción más que escucharle.

– Eso espero. – Admití esperanzada. – Mañana entonces recogeremos el campamento e iremos hasta Merche.

Isac asintió, se levantó y se dirigió a la salida.

– Espera, necesito que haga algo por mí, no se lo pediría si pudiese hacerlo por mi misma. – le dije nerviosa.

– ¿Qué necesita?

– Tengo que cambiarme la venda del hombro, lo intenté en Navia pero no pude amarrarla.

– ¿Y porqué no dijo nada?

– Por razones obvias, pero no tengo más remedio. Aquí tiene el ungüento y la venda – Le dije mientras los ponía en sus manos. – Ahora cierre los

ojos, le diré cuando puede abrirlos.

Me quité el corsé y la camisa después de asegurarme que Isac no veía nada. Baje mi camisón interno hasta mi pecho, descubriendo mi brazo y mi hombro izquierdo. La herida estaba aún roja y no terminaba de cerrarse pero me dolía cada vez menos.

Le avise a Isac que ya estaba preparada y abrió los ojos. Se sentó en la cama y me cogió la mano para sentarme a su lado. Luego mojó un trapo limpio y se giró hacia mí para pasarlo por la herida con sumo cuidado, limpiándola poco a poco. Secó la superficie con el otro lado del trapo dando pequeños golpecitos y luego hundió dos dedos en el ungüento. Lo aplicó contra mi piel dando ligeros masajes en círculo por encima de mi pecho y luego me miró. Estaba a escasos centímetros de mi cara y me miraba con profundidad, con las pupilas dilatadas. Bajé la mirada nerviosa y el se acercó para soplar sobre mi hombro. Cerré los ojos y sentí como su aliento se desplazaba desde la herida hasta la parte superior de mi hombro y luego hacia mi cuello. Abrí los ojos y retrocedí un poco. Me miró de nuevo con esos ojos avellana tanteando sobre la cama para coger la venda.

– Debes quitarte la otra manga si no quieres que el camisón quede atrapado entre la venda y tu cuerpo. – Me dijo susurrando.

Estiré el camisón para quitarme la otra manga sin que me descubriera el pecho, pero no cedía, así que no tuve más opción que retirarla por encima de mi cabeza, tapándome con el brazo sano en cuanto estuvo libre. Isac seguía mis ojos y no bajó la mirada ni una vez. Me sentía tan nerviosa que preferí no decir nada, y esperé a que terminara.

Pasó dos vueltas de venda sobre mi hombro y bajo el brazo contrario, y luego se levantó para amarrarlo a mi espalda. El contacto de sus dedos en mi piel desnuda me daban escalofríos. Se sentó detrás de mí y apretó con fuerza el amarre, pero en cuanto sus dedos soltaron el nudo comenzaron a acariciarme.

– ¿Tienes frío? – me preguntó.

– Sólo un poco, ¿ya has terminado? – le dije un poco cortante.

Como respuesta subió sus manos suavemente por mi espalda hasta mi cuello. Cogió mi cabello entre sus manos y lo arrimó hacia un lado para dejar mi espalda libre. Me acercó de forma que podía sentir su aliento en la parte alta de la espalda. Posó sus labios sobre la parte de atrás de mi cuello provocándome un espasmo y comenzó a besar. Me levanté de un salto y me tapé con la camisa con las manos temblorosas.

– Debes irte. – Anuncié exaltada.

– Lo siento, no debería haberlo hecho. – dijo levantándose también.

– No ha pasado nada y ahora debes irte.

Asintió y salió de la tienda dejándome con la respiración entrecortada y el corazón latiendo a mil por hora. Me coloqué el camisón con cuidado, apagué la vela y me acosté en la cama. Cerré los ojos intentando calmarme. Aún podía sentir sus labios sobre mi piel. Intente no imaginar que hubiese pasado si no le hubiera detenido. En algún momento mientras luchaba con mis pensamientos, me quede dormida.

El camino hasta Merche al día siguiente fue bastante largo, sobretodo porque llovió la mayoría del tiempo y el camino se había vuelto fangoso. Cuando llegamos nos encontramos con un escenario parecido al de Navia. Algunos pocos habitantes nos recibieron y nos contaron sobre el ataque.

Al parecer, habían empezado por ese pueblo haciendo el mismo recorrido que nosotros pero de este a oeste. Había pasado casi un mes desde que habían llegado, quemando las cosechas, matando a algunos hombres y llevándose a algunas chicas jóvenes. Amenazándoles con matarles a todos si volvían y no pagaban sus impuestos. Impuestos que incluían comida, vino y espadas. El herrero había tenido que trabajar día y noche para poder cumplir con el encargo, pensando que volverían antes.

– Por la descripción que me han dado algunos aldeanos, creo que son los mismos hombres que encontramos en Tiwu. Las manos quemadas y la cicatriz del líder que apresamos coinciden con algunas historias. – Dijo Isac.

– Pero ustedes sólo vieron a seis, algunas personas hablan de veinte hombres. – dijo Edin.

– Se habrán separado, quizás volvieron algunos y el resto se quedó en la montaña donde nos atacaron. – dije pensativa.

– Puede ser, pero parece que ya no están por aquí. Creo que tenemos tiempo para desplazarles a todos hacia Gwerth.

Asentí y volteé de prisa al escuchar un grito. Uno de los hombres de Edin le gritaba al Bardo que se acercara a donde estaba. El hombre corrió hasta una casa en la plaza y entró.

Nos acercamos a la casa y al rato el Bardo salió con un chico de unos catorce años con lágrimas en los ojos. Era su hijo, le había encontrado.

El muchacho nos contó como había corrido con su madre hacia la montaña en Tiwu y ella le había salvado corriendo hacia otro lado para despistar a los canallas. Se refugió en la montaña durante días y luego camino hasta Merche.

Otros sobrevivientes habían llegado allí también, y se encontraban refugiados en casa de los amables anfitriones que les dieron cobijo.

Esa misma tarde los llevamos a todos en dirección a Jerte.

Tuvimos que ir más despacio porque llovía y la mayoría iba a pie, así que llegamos casi entrada la noche.

– ¿Podemos hablar? – Me dijo Isac acercándose a mi caballo.

– No hay nada de que hablar Isac. – dije sin bajar la mirada, no quería verle.

– No sea tan dura conmigo, ya me he disculpado. No quiero que sienta que debe alejarse de mí.

– No lo hago, pero debe entender que nada puede suceder entre nosotros.

– Lo sé y lo entiendo, es usted una princesa y yo..

– Un servidor. Me alegro que lo entienda. – dije cortante.

– No volverá a repetirse, ha sido un error, un momento de debilidad. Pero usted estaba ahí, su olor.. su piel tan suave..

– Es usted un hombre y le he tentado, no volverá a pasar.

– No es así, no es porque sea hombre. Es usted. Nunca había conocido una mujer como usted. – Dijo suspirando. Luego miró hacía adelante como pensativo, y al cabo de unos minutos arrugó la frente. – Hay algo delante.

– ¿A que se refiere? – le pregunté perdida.

– Allí adelante, frente a la muralla. – dijo señalando con el dedo. – Creo que se lo que es, pero déjeme acercarme para asegurarme.

Paramos todos en el camino a un kilómetro de la ciudad amurallada de Jerte. Isac se acercó con Edin y volvieron al cabo de un rato.

– Han pasado por aquí pero no han entrado. – Dijo Edin.

– ¿Cómo lo sabe? – pregunté con curiosidad.

– Lo verá por usted misma, aunque preferiría que no lo hiciera. – respondió Isac con un tono de advertencia.

Avanzamos despacio, y a lo lejos vislumbre una planicie llena de lo que parecían ser palas de pie, muy cerca de la muralla. Al acercarnos más pude verlo claramente, pero no pude evitar lanzar un grito ahogado mientras tapaba los ojos de Malik quien me acompañaba en el caballo. Otros detrás de mí hacían lo mismo con los niños presentes y algunos hasta evitaron la mirada.

Al menos unas treinta lanzas habían sido clavadas en el terreno. Y en ellas se encontraban atravesadas las cabezas de treinta hombres, con las bocas abiertas, chorreando el agua de lluvia por sus cabellos.

Me entraron nauseas y quise gritar, pero me concentré en llegar y aceleré el paso. El caballo se detuvo ante la muralla que separaba Gwerth del sur de Rotherland. Me quité la capucha y grité mi nombre a la torre, e inmediatamente comenzó a bajar el puente.

Capítulo 8

El baile de incognito

Entramos en la ciudad, y fui directo al pequeño castillo para ver al conde. Isac me seguía de cerca mientras que el resto del grupo se quedó en la plaza.

Gante había heredado Jerte cuando tenía catorce años y desde entonces la había convertido en una de las ciudades más grandes y ricas de Gwerth.

Nuestros padres habían sido grandes amigos, así que cuando el conde murió, mi padre acogió a su hijo y le enseñó todo cuanto pudo, convirtiéndolo en un gran comerciante y un fiel seguidor.

Durante esos años que Gante vivió con nosotros en el castillo, nos hicimos amigos. Jugábamos en el jardín, nos escondíamos en el bosque y hasta en algún momento cuando las hormonas de dos adolescentes estaban en su máximo esplendor, le regalé mi primer beso. Sin embargo con el paso de los años y el poder, Gante se volvió arrogante y engreído, y yo comencé a evitarlo.

Me senté en el sofá de terciopelo azul que se encontraba en el centro de la esplendorosa sala. Lámparas de cristal adornaban el techo y una gran alfombra de narcisos en flor embellecía el suelo. Varios minutos pasaron antes de que hiciera su aparición el dueño y señor de Jerte. Le hice señas a Isac para que nos dejara solos.

– Lamento haberte hecho esperar Camila, pero no esperaba verte por aquí. ¿Qué te trae hasta Gwerth? ¿Has venido a robarnos otro médico?

– No precisamente. – le respondí levantándome y sintiéndome terriblemente incomoda.

– No me mal entiendas, el nuevo médico es bastante competente. – se acercó y tomó mi mano para besarla.

– Me alegra que el sustituto este a la altura de Jerte.

– ¿Te puedo preguntar porqué te lo llevaste? ¿No tenían un médico ya en

el castillo?

– Estaba muy mayor ya. – le dije evitando la conversación.

– Pero no era necesario que vinieras personalmente a buscarle con tantas prisas. – Insistió.

– Me aburro en el castillo Gante, siempre busco excusas para salir, eso lo sabes de sobra. – Mentí volteando los ojos.

– No son buenos tiempos para que una princesa ande por ahí.

– Justo de eso necesito hablarte. – dije aprovechando para entrar en el tema que me interesaba.

– Siéntate por favor. – Me dijo haciendo un gesto hacia el sofá.

Gante se acercó a la estantería para coger una botella y un par de copas, vertió el líquido ámbar en ambos y me ofreció uno.

– Muchas gracias pero me urge que hablemos. – Le dije rechazando la copa.

– Lo que necesite su majestad. – Respondió ladenado la vcabeza y dejándo mi copa sobre la estantería.

– Hemos estado recorriendo los pueblos del sur y quería pasar por aquí antes de volver al castillo.

– Ya veo que has estado muy aburrida en el castillo, buscando excusas para salir.

Respiré profundo alzando los ojos al techo ante la actitud exasperante de Gante, me levante y fuí hasta la estantería para coger la copa y tomé un trago de alcohol.

– Hemos visto indicios de un ataque en las murallas. ¿Puedes contarme que ha sucedido? – proseguí ignorando su comentario.

– No nos han atacado, de ninguna manera. – dijo negando con la cabeza.

– ¿Y cómo me explicas las cabezas en picas que adornan tu entrada sur?

– ¡Ahh eso! La verdad nunca pensé que alguien de Gwerth entraría por ahí. – dijo en tono culpable. – Los adornos como usted dice son una advertencia.

– Entonces esas cabezas son de… - Comencé con los ojos abiertos de par en par.

– De los hombres de Harness, los que han estado saqueando los pueblos y quemando por doquier. – dijo con determinación terminando mi frase.- Envié a mis hombres a buscarles en cuanto escuché los rumores. Nadie amenaza a mi gente y estos hombres estaban causando pánico en todo Jerte. Cientos de heridos y afectados han llegado hasta aquí, haciendo cola en las puertas del doctor con sus ropas rotas y negras, vagabundeando por las calles y robando comida, no podía permitirlo.

La mirada de asco que llevaba Gante en los ojos era inexplicable. El cólera inundaba mi mirada pero preferí continuar que hacerle frente. Ya sabía yo que Gante no hacía nada por el bien común sino por si mismo. Me levanté del sillón pensativa, sopesando la información y valorando los riesgos.

– ¿Avisó de esto a mi padre? – Le repliqué cruzando los brazos.

– No me pareció necesario, hemos acabado con ellos y al final para eso estamos, para proteger la entrada a Gwerth.

– ¿Hace cuánto sucedió? – Le pregunté calculando los días desde el primer encuentro con esos hombres.

– Hace dos semanas. Los encontraron cerca de Tiwu. – Justo antes de que pasáramos por allí, pensé.

– ¿Y crees que Cromwell envíe más hombres en represalia?

– Por ahora no lo creo, pero te aseguro que si lo hace sus hombres sufrirán el mismo destino.

– La próxima vez deberías informar al reino de este tipo de incidentes sea cual sea el desenlace. – le dije luego de otro trago, golpeando el vaso sobre la mesa. – Y en cuanto a los afectados, deberá acogerlos, a los que ya están aquí y a los que llegarán, les atenderás y luego los enviarás al castillo en cuanto estén en condiciones.

Gante asintió no muy contento con el mandato. Me levanté con determinación y caminé hacia la entrada.

– Necesitamos quedarnos hasta mañana, mis hombres y los aldeanos que hemos traído con nosotros. – Exigí.

– Camila, tu siempre serás bienvenida, y por lo tanto todo el que venga contigo. – me dijo con una reverencia y una mirada pícara. – Puedes quedarte aquí, te acomodarán en la mejor habitación y luego te mandaré una doncella con ropa para que estés más cómoda. Para el resto.. pueden

quedarse en el albergue.

Asentí y salí para poner a Isac al tanto. Dijo que llevaría a todos al albergue y luego volvería para hacer guardia en mi habitación. Quise decirle que no lo hiciera pero sabía que perdería mi tiempo.

– Cuando me desperté al siguiente día, me encontré con un hermoso ramo de rosas amarillas, y una nota de Gante, disculpándose por su actitud la noche anterior y por no poder despedirse ya que tenía un viaje importante. Le deje una nota de agradecimiento por las flores y la estadía, al fin y al cabo era el conde de Jerte y uno de los hombres más fieles al reino, de los que empezaban a escasear.

Esa mañana recorrimos la ciudad ayudando a los que deambulaban por las calles, sin techo ni alimento. Agrupamos a todo el que podía caminar y salimos desde Jerte a paso lento bajando por la montaña. La lluvia había aminorado pero aún caía mojando el camino y la tierra. Al final llegamos de vuelta al castillo empapados, sucios y agotados, con treinta personas más de las que habíamos salido y una promesa que cumplir.

A mi hermano ya le enfrentaría después pero debía ponerles a salvo primero. Pedí a Edin que les buscara un sitio donde pudieran establecerse y que me avisara para enviarles todo lo que necesitaran para sobrevivir allí. Le aseguré que cuando volvieran celebraríamos juntos una gran cena y obtendrían sus recompensas.

– No se preocupe princesa, no es necesario. – Me dijo con humildad.

– Se que no es necesario pero quiero hacerlo. – rebatí.

– Nuestra recompensa fue ayudar a esas familiar, y el trabajo aún no ha terminado.

– Pero les he prometido..

– La verdad es que no contábamos con que fuera cierto. – me interrumpió. - así que le agradecemos el gesto.

– Nunca haría una promesa falsa para obtener lo que quiero.

– Ahora lo sabemos. Es usted una buena persona y Gwerth tiene suerte de tenerla, pero no aceptaremos dinero.

– Bueno entonces haremos sólo la cena – exigí.

– Mejor venga usted a vernos y celebraremos. Ya sabe que el castillo nos

da un poco de malestar estomacal.

– Reí entre dientes y asentí con gracia. Luego me despedí de las familias rescatadas y me dirigí al interior del castillo.

Ya en mi habitación, pedí a Sarah que me preparara un baño caliente. Estaba demasiado sucia y cansada para enfrentarme a mi hermano en ese momento, mañana sería otro día.

Me levante temprano y me aparecí en sus aposentos.

– Querida hermana, que bonito vestido te has comprado en Serth. ¿Es de seda o terciopelo? – me dijo sarcástico mientras salía desnudo de entre las sábanas donde le acompañaba una de sus apreciadas "compañeras" a quién le hizo señas para que saliera de la habitación.

– Ya sabes que no he ido a Serth. – le respondí desviando la mirada luego de que saliera la chica.

– Lo se desde que saliste por la puerta. – Apuntó sacando las piernas de las sábanas y sentándose. – Me dió mucha risa tu falsedad. Un día me lloras y desprecias porque te he puesto en peligro en el torneo y el día siguiente vas y lo haces por ti misma.

– Son cosas diferentes, realmente no corrí ningún peligro. Pero no quiero discutir por eso en este momento. – Adelanté.- Quiero contarte todo, donde fui y lo que vi, para que puedas tomar la decisión correcta.

– Que de seguro no será la que tu esperas. – dijo en tono arrogante.

– ¿Porqué te empeñas en oponerte a mi? – musité intentando descifrar en que momento comenzamos a tratarnos así.

– Eso no es cierto. Pude haberte detenido pero no lo hice. Ya eres lo suficientemente adulta para saber lo que haces, y no pienso tenerte atada o meterte en una jaula de cristal como ha hecho nuestro padre. No entiendes de riesgos ni de miedos porque nunca te has enfrentado a ellos. Quizás ahora que has estado fuera y has visto cosas puedas empezar a madurar y yo pueda empezar a tomarte en serio.

Su tono era molesto pero sincero, y la verdad es que le agradecía que me permitiera cierto grado de libertad.

– Lo agradezco hermano. Perdona por haberte mentido, no volverá a suceder.

– Eso espero. Cuéntame entonces que has visto.

Se levantó de la cama y se colocó una bata. Nos sentamos en un diván y le conté cada detalle, cada pueblo, cada conversación, cada rescatado y al final no reaccionó como yo pensaba.

– Gante tenía que haberme informado. Jerte sólo nos protege por el este, pero podrían atacar por el oeste.

– No creo que lo hagan ahora pero debemos prepararnos. – le advertí.

– Mandaré a bloquear el camino, si quieren venir tendrán que atravesar la montaña, y si se atreven les veremos desde aquí y tendremos tiempo de reaccionar.

– Me parece correcto, pero por favor pídele a Gante que permita pasar a todo aquel que quiera salir de allí, aún habían muchos afectados allí y en los pueblos.

– Entonces mandaré primero a buscar a esa gente, así será más seguro. Luego del bloqueo nadie podrá pasar.

– Mientras tanto puedo decirle a mis hombres del bosque que estén atentos.

– ¿Tus hombres del bosque? – preguntó curioso.

– Es una larga historia pero digamos que tengo nuevos amigos.

Mi hermano estaba preocupado, no paraba de dar vueltas de un lado a otro.

– Creo que estamos a tiempo de evitar que esto se extienda, no te preocupes, todo saldrá bien. – le dije tranquilizándole.

– No es lo único que me preocupa Camila. Nuestros hermanos de Fintes están en guerra. En cualquier momentos nos pedirán que enviemos hombres y ahora no podemos permitírnoslo.

– Tenemos que comenzar a reclutar ahora mismo, formar un ejército. Seguro que en Fintes entenderán si les explicas la situación.

– No deben saber que nos están acorralando. Si se corre la voz sobre nuestro padre debemos aparentar estar fuertes a los ojos de todos.

– Nuestro padre.. – dije con tristeza. – ¿Cómo sigue?

– Ha empeorado. Me temo que no mejorará. – dijo sentándose abatido.

– No puede ser, si lo dejé bien antes de irme.

Antón movió su cabeza de un lado a otro con pesar y se acercó para cogerme de la mano.

– No es justo, ha sido un buen hombre, ¿porqué tiene que sufrir así? – le dije con lágrimas en los ojos.

– Lo sé, no es justo pero tenemos que comenzar a prepararnos para lo peor y necesito desposarme pronto. No hay nada peor para desestabilizar un reino que un príncipe que aún no tenga esposa sea nombrado rey.

– No es el mejor momento pero podemos dar un baile la semana que viene si te parece bien. Invitaré a todos los nobles de Gwerth y de los reinos cercanos. Yo lo prepararé todo, tu no te preocupes.

– Nadie puede sospechar que las cosas no van bien. Un baile por todo lo alto, no escatimes en gastos. – Dijo mientras se metía en el baño y cerraba la puerta.

Di por terminada la conversación, un poco sorprendida por el giro que había dado la discusión y lo bien que me había entendido con mi hermano. Salí de la habitación y me dirigí a la escalera para subir a la torre a ver a mi padre.

– No debe entrar princesa, su padre debe descansar. – Me dijo el doctor que seguía haciendo guardia en la puerta de la recamara. – Estaba muy preocupado por usted y no se mantendrá calmado si le visita ahora. Ya le dije que estaba usted de vuelta sana y salva. Le llamaré cuando pueda venir a verle.

– Gracias doctor. – dije cabizbaja con visible tristeza. – Estaré esperando noticias suyas.

Esa noche me costó dormir, no podía pensar en nada positivo. Mi padre, las atrocidades que había presenciado y las preocupaciones por todos los aldeanos del sur, me mantuvieron intranquila hasta el día siguiente. Sin embargo tenía cosas que hacer y no era momento de ponerse a lamentarse, así que llamé a Sarah luego de vestirme. Mery vino corriendo a ayudar.

– Sarah necesito que me ayudes – Mery me miró con ojos tristes.- ¡Las dos me ayudarán! Prepararemos juntas una gran fiesta de gala. De la que se hablará durante años.

Mery saltó en la cama y Sarah aplaudió emocionada. Nos sentamos en la mesa y comenzamos a escribir las invitaciones, cuatrocientas cincuenta exactamente. Me dolía la mano cuando terminamos al siguiente día.

Le pedí a Sarah que buscara a Isac y me dispuse a escribir una carta para mi padre, que esperaba que el doctor le leyera, y una última carta a mi tía Millie, la hermana de mi padre, que estaba casada con el rico Conde de Altos de Milos.

"Querida Tía Millie. Te escribo con noticias de mi padre. Ha caído gravemente enfermo y no sabemos cuanto tiempo más pueda quedarle. Nos vemos en la necesidad de pedirte ayuda en esconder estos hechos ya que debemos resolver problemas en el reino. Diremos a todos que mi padre esta pasando una temporada con ustedes en Milos y que volverá pronto. Por favor no dejes que esta carta llegue a las manos equivocadas y quémala en cuanto la leas. Tendremos en el castillo una fiesta de gala para buscar esposa para Antón, y aunque tengo muchas ganas de verte no puedes asistir para no desmentir el rumor. Deberás buscar alguna escusa ante tu esposo. Siento ponerte en esta situación pero espero entiendas el motivo y nos apoyes en la distancia. Te mando un beso enorme y espero que podamos vernos pronto en una mejor instancia."

Cerré la carta y la sellé con cera sin marcar el sello. La guardé para que Isac la enviara con alguien de confianza.

Cuando Isac tocó la puerta le invité a sentarse y le expliqué la situación. Me aseguró que la carta llegaría segura a su destino. Le invité tomarse unos días de descanso. Había sido un mes muy agotador para ambos pero sobretodo para él. Entre rescatar princesas y pueblos quemados había tenido bastante.

– No es necesario princesa, no necesito vacaciones. Aunque su me lo permite me gustaría ir a la entrada del bosque dónde se han establecido los aldeanos que hemos rescatado y ayudarles un poco con los primeros asentamientos.

– Me parece muy noble de su parte. Tendrá que contarme cuando vuelva.

– Claro que sí y cuando vuelva podremos retomar las lecciones de defensa.

– ¿Defensa? Pensé que ya había avanzado al ataque.

– Aún le queda un poco princesa, no se desespere. Recuerde que sus posibles contrincantes seguro llevan años perfeccionando su técnica.

– Lo se, pero ya no puedo volver al pasado y agarrar la espada.

– Por eso es que también he pensado que quizás deba cambiar de arma. Una espada es muy pesada para usted, le tomará años dominarla. Quizás debamos empezar por algo más pequeño que le cueste menos adoptar.

– ¡No diga que una daga por favor!

– Nooo – dijo entre risas.- Me refería más bien a un arco. Es más liviano y el ataque se puede hacer desde lejos, así no tendrá que acercarse tanto a sus atacantes. Además parece tener buena puntería.

– Si usted lo dice. – musité con un gesto de incredulidad.

Isac hizo una mueca y rió entre dientes y yo con él.

– Bueno saldré esta tarde entonces, esa gente necesita ayuda y materiales para montar sus casas.

– Mandaré más hombres contigo entonces.

– No es necesario, con Edin y sus hombres es suficiente. Al final han sido bastante colaboradores. Elliot hizo bien en presentarles.

– ¿Crees que Elliot haya sido uno de ellos? – le pregunté con curiosidad.

– No lo creo. No veo a ninguno de esos hombres queriendo venir a trabajar al castillo en el futuro cercano.

– Es cierto. – Admití pero aún me quedaba con un poco de curiosidad, Elliot y los hombres del bosque no parecían tener nada en común.

– Dejaré la carta en buenas manos y luego me iré. ¿Nos veremos entonces en el baile? Tengo muchas ganas de verle bailar.

– Desde luego que no me verá mover un pie, pero sí, allí nos veremos. Tengo mucho que hacer y no se por donde empezar.

– Comida, siempre empiece por la comida.

Le acompañe hasta la escalera y continué por el pasillo hasta la entrada del jardín interno donde Sarah y Teresa me esperaban para comentar el menú y los aperitivos. Seguimos luego con la decoración del salón, la música y el protocolo.

Al final del día me encontraba agotada. Quedaban cinco días para la celebración y aún me faltaba organizar la entrada, la decoración exterior, reunir a los sirvientes para explicarles sus roles y mandar a hacer mi

vestido.

Las celebraciones para el emparejamiento real tenían la peculiaridad de que todos los asistentes debían ir de negro y con máscaras tapando el rostro, todos excepto el príncipe y las candidatas. Solteras jóvenes en edad fértil con rango noble. Hijas y hermanas de reyes, condes y virreyes de Rotherland, Fintes y Zart vendrían a la ceremonia con increíbles vestidos de las más lujosas telas, y sólo ellas podrían resaltar. La tradición era sencillamente práctica, el comprador no podía distraerse con otros productos, con otras mujeres.

Dejé muy claras mis instrucciones a la modista. Debía ser negro, elegante pero a la vez sencillo. Un vestido de princesa que no destacara. No me hubiese gustado estar en el lugar de esa modista, la tarea parecía imposible.

Un día antes de la celebración vino a verme con un vestido de terciopelo con cuello cuadrado y anchas mangas largas. Era todo negro, pero en el pecho llevaba brocado trenzado haciendo que la cintura se estrechara y las caderas se enfatizaran. La ancha y larga falda le daba el toque elegante. Realmente era un vestido como cualquier otro pero no le podía pedir más a la modista con tales restricciones, y al día siguiente decidí embellecerlo un poco con un hermoso collar de oro del que colgaba una gran esmeralda, regalo de mi padre ese mismo año y que no había tenido aún oportunidad de llevar.

Terminé de arreglarme y me acerqué al espejo. Coloqué la máscara negra sobre mis ojos intentando no dañar el moño que Sarah me había trenzado y sonreí satisfecha. Elegante pero sencilla.

Baje la escalera y corrí por el pasillo. Se me había hecho tarde con los arreglos y había tenido que arreglarme deprisa mientras llegaban los invitados. Cuando entré en el gran salón ya estaban todos presentes con sus trajes y vestidos negros, bailando bajo el compas de la música. Camine entre los presentes asintiendo y sonriendo. Al cabo de unos minutos la música cesó y los asistentes se agruparon en círculo.

Las pretendientes fueron entrando de una en una, al tiempo que eran presentadas. Caminaban hacia mi hermano y le besaban la mano. Al final doce chicas formaban el grupo con sus vestidos de seda y terciopelo en colores brillantes e hilados en oro. Obviamente Antón había hablado previamente con cada una de las familias para evaluar los beneficios que cada una podría traer al reino y yo sabía que al final sólo habían tres por las que mi hermano se debatía pero parecía que Anna, la más guapa de las tres, había llamado su atención.

Pensé en acercarme y presentarme pero les vi tan alegres que preferí dar

una vuelta mientras tomaba algo de vino.

El resto de los asistentes retomó el baile y yo me entretuve mirando como daban vueltas y cambiaban de pareja en sincronía hasta convertirse en una rueda donde los hombres y mujeres intercalados iban hacia delante y detrás. De repente una mano salió del círculo y me atrajo hacia la pista. Tenía años que no bailaba en público, practicamente desde que era pequeña. Sin embargo nadie sabía que bajo la máscara negra se encontraba la princesa. Decidí entonces que un poco de libertad no me venía nada mal y me mezclé entre los presentes.

La canción cambió y la rueda se disolvió en parejas. Un brazo me tomó por la espalda y comenzó a llevarme de un lado a otro. Luego de un par de vueltas un cambio de pareja me llevó a otros brazos. Sentí el cuerpo musculado y fuerte de ese hombre que me llevaba sin esfuerzo, tan alto que debía alzar los brazos para apoyarme en sus hombros. Se despegó un poco para mirarme a los ojos. Eran los ojos almendra con los que había soñado ya varias veces, pero no estaba completamente segura.

Siguió bailando con la mirada fija en la mía, haciendo que el calor comenzara a subir hasta mis mejillas.

Me disculpé para ir a refrescarme un poco y entré al cuarto de damas. Respiré profundo y me miré al espejo. Podría ser cualquiera de las mujeres que estaban en ese baile, podía comportarme como quisiera, comer, bailar y beber lo que quisiera.

Salí decidida a pasarlo genial cuando derepente le ví. Frente al espejo del cuarto de caballeros Isac se acomodaba la máscara, la misma que llevaba el hombre alto con el que había bailado. Giré rápidamente para que no me viera y me pegué a la pared del espacio donde seguían bailando con brío.

Isac volvió y al pasar a mi lado me cogió de la mano para adentrarnos en la rueda. Esperaba que no hubiese dado cuenta quien era, pero de igual forma me deje llevar. Me dió un giró y cuando volví ya no estaba Isac, había otro chico más bajo y un poco saltarín que me hizo mucha gracia.

Me relajé un poco disfrutando de ese momento, me sentía libre, felíz, viva. La canción tomó un giro más leve y volvieron a cambiar las parejas en sentido contrario. Isac volvió a cogerme de la cintura. Llevaba un traje totalmente negro con cuello alto y una chaqueta larga ajustada con un cinturón. Me apretó contra su cuerpo y volvió a analizarme con la mirada.

– ¿Te conozco? – dijo susurrando en mi oído.

Le miré fijamente y moví mi cabeza de lado a lado. Sabía que si hablaba lo descubriría y me la estaba pasando muy bien en mi momento de

incognito como para arriesgarlo así. Me apretó fuerte para dar un giro y se apartó para dar otro hacia el otro lado, mientras rozaba con sus dedos el entorno de mis caderas. Cuando el cambio de pareja volvió a realizarse aproveché para salir del círculo rápidamente. Necesitaba beber algo y tomar algo de aire.

Empiné la primera copa de un sorbo y pedí otra, tomándola mientras caminaba rumbo a la puerta. Salí del salón hacia el jardín que se encontraba decorado con todo tipo de flores, estandartes y banderines, alumbrado por unas grandes antorchas a lo largo del camino. Pude ver que habían unas pocas parejas apartadas que intentaban conversar lejos de la música.

Tomé mi copa con más lentitud disfrutando de la sensación en mi boca y noté como el calor iba subiendo poco a poco hasta mi cabeza.

– Parece que hace una buena noche – dijo una voz masculina en la oscuridad.

El hombre se acercó a mí y se sentó a mi lado. Era Isac. Atrajo su copa cerca de la mía.

– Por más noches como ésta. – dijo chocándolas con delicadeza.

Repetí el gesto y sonreí sin darme cuenta.

– Tienes una hermosa sonrisa, deberías usarla más seguido. Sin embargo lo que me tiene embrujado son tus ojos. Los más bonitos que he visto nunca.

Quería reírme pero no podía, su cursilería me divertía pero a la vez me intrigaba. ¿Sabría que era yo o era una frase planificada para situaciones como esa?. Podría estar aparentando como yo en ese momento pero la forma en que me hablaba, tan directa, era.. diferente. Fuese como fuese me tenía intrigada y era inevitable notar la tensión y la atracción que sentían nuestros cuerpos.

– ¿De verdad bailo tan mal que no quieres hablarme? – Me preguntó alzando los brazos.

Negué con la cabeza y sonreí de nuevo. Isac me devolvió la sonrisa y se levantó dejando la copa en el banco de piedra. Se volvió a mi y me alargó la mano con la palma hacia arriba.

– Entonces demuéstramelo y baila conmigo ahora.

Le miré dubitativa mientras me mordía el labio inferior. Ese hombre había perdido la cordura. Como íbamos a bailar en le medio del jardín sin

música, delante de aquellos invitados. Volví a sonreir al recordarme a mi misma que iba enmascarada y que ninguno de ellos sabía quien era. Tome su mano y me levante ante él.

Me atrajo envolviéndome con su brazo y comenzó a dar pasos hacia un lado y el otro, dando leves cambios de dirección. Era un magnifico bailarín, no había que esforzarse en seguirle el paso o adivinar su próximo movimiento. Me sorprendió sonriendo y se apartó para girarme varias veces, reí y giró un par de veces más.

Entre vuelta y vuelta me sentí mareada, cúmulo de los vinos y los giros, y derepente perdí el equilibrio. Isac me cogió por la cintura rápidamente y me atrajo a él. Su cara a centímetros de la mía.

Le miré fijamente retándole, y el no pudo resistirse. Acercó sus labios a los míos y los posó suavemente, esperando mi respuesta. Mi corazón latía a mil por hora, mi respiración entrecortaba no me permitía pensar claramente y simplemente me deje llevar. Cerré los ojos y le devolví el beso. Fue un beso suave y tierno que dejó su sabor en mi boca. Abrí mis ojos para mirarle y vi como sonreía y por un instante asombroso sentí que me hablaba con sus ojos. Me decían que el también sentía lo mismo que yo.

El cuchicheo detrás me hizo salir de la burbuja en la que estabamos metidos. En el salón parecía producirse algún acontecimiento porque los asistentes volvían a entrar. Cuando me di cuenta que estábamos solos en el jardín asi que me puse de puntillas y me acerqué a su rostro para besarle de nuevo fugazmente. Cogí la falda con ambas manos y corrí dentro.

Agitada y sin aliento intente hacerme paso entre los presentes que estaban viendo hacia delante. Mi hermano Antón comenzó su discurso agradeciendo a todos su presencia y anunciando a Anna de Serth como su prometida.

Seguí hasta que me encontré en primera fila, y vi como mi hermano le besaba la mano a la hermosa muchacha.

Ya pueden quitarse todos sus máscaras y terminar de disfrutar de la velada. – declaró finalmente.

Suspiré un poco triste por el fin de mi anonimato y me quité la máscara.

– Pero mira donde estabas, no te había reconocido. – me dijo Antón acercándose con la chica colgada de su brazo derecho. – Esta es Anna y pronto será tu cuñada.

– Un placer conocerle princesa – me dijo haciendo una pequeña reverencia.- Su hermano me ha dicho que usted ha planificado esta hermosa velada. Todo ha estado magnifico, espero que pueda ayudarnos también con nuestra boda.

– Será un placer Anna. Ya verás, seremos grandes amigas. – le respondí y luego le sonreí a Antón. – Buena elección hermano.

Se alejaron estrechando manos y recibiendo felicitaciones. Una voz sonó detrás de mí.

– ¿Así que era usted?

Me volví deprisa conteniendo la respiración pero luego inspiré aliviada.

– Señor Conde, un placer verle de nuevo.

– Camila nos conocemos de toda la vida, Gante seré siempre para tí. – Me dijo acercándose y tomando mi mano para besarla. – Te había visto antes con la máscara y me preguntaba si eras tu o si te habían desplazado a ser la segunda mujer más hermosa de este reino.

– ¿Antes? – le pregunté curiosa de saber como me había reconocido.

– Si mientras bailábamos. Yo era el de la flor en la solapa. – dijo señalando su pecho. – Y tu eras la del collar con la esmeralda.

– Ahh, no me había dado cuenta.- dije disimulando mientras tanteaba el collar con mi mano.

– ¿Quieres tomar algo?

– La verdad es que ya he tomado suficiente y si me disculpas debo ir a buscar unos zapatos más cómodos, estos me están matando. – No quería mentirle pero fue lo primero que se me ocurrió.

Gante asintió y me dirigí con prisa a mi recamara, me quité el collar y me coloqué mi corona dorada. Bajé de nuevo para el resto de velada que prosiguió entre presentaciones, saludos, adornos y conversaciones banales.

Cuando ya los invitados comenzaban a irse, Isac que iba acompañado de Elliot se acercó a mí.

– Ha sido una magnifica noche. – dijo Isac con un tono algo irónico.– Todo ha quedado grandioso y la comida estaba exquisita.

– Si, muchas por la invitación princesa. – dijo Elliot.

– Muchas gracias a ustedes por haber venido. – dije seriamente. - Y aprovechando que están aquí, me gustaría que mañana me acompañaran a ver el nuevo establecimiento que están montando los sobrevivientes del sur.

– Por supuesto, se han instalado cerca de la entrada del bosque.

– Ya van muy adelantados con las casas y han comenzado a sembrar. – respondió Isac.

– Me alegro que al final todo haya salido bien y hayan podido ayudarles. – dijo Elliot.

– Todo gracias a ti a tus amigos del bosque. – le dije bromeando.- Ahora si me disculpan me iré a descansar ha sido un día.. entretenido.

– Le acompaño, me toca la guardia nocturna. – Dijo Isac.

Elliot se despidió y caminamos juntos hasta mi habitación. Me sentía nerviosa mientras subíamos la escalera y cuando abrí la puerta de la recamara. Me detuve con la puerta a mi espalda, quería decirle algo pero no sabía el qué.

– Que tenga una buena noche Isac. – Fue lo único que me atreví a decir.

– Buenas noches a usted mi señora. – soltó antes de que yo cerrara la puerta, pero luego continuó mientras se alejaba por el pasillo. – Por cierto, baila usted muy bien e iba radiante con el collar que llevaba, no se lo hubiese quitado.

Capítulo 9

Hopeland

Esa noche me costó dormirme, mis pensamientos daban vueltas alrededor de los acontecimientos de la noche, del baile, de Isac y de ese beso. La idea de volverle a ver, de decirle algo, de acercarme a él, me hacía sentir ansiosa y a la vez me preocupaba. No podía permitir que nublara mi juicio.

Decidí hacer caso a mi razón y a la mañana siguiente me mostré totalmente fría durante el camino al bosque de las siete espadas, como si la noche anterior no hubiese pasado.

Cuando llegamos allí luego de hora y media, me quedé sorprendida. Los nuevos habitantes habían decorado el espacio especialmente para mí y nos recibieron con los brazos abiertos. La mayoría, a quienes ya conocía se acercaron con halagos y agradecimientos por haberles dado un lugar donde poder volver a empezar.

Me hicieron un recorrido por lo que pronto sería la plaza, el ayuntamiento, la escuela y sus propias casas. Algunas estaban ya terminadas y otras recien comenzaban a tener forma, pero lo más importante era la actitud positiva que tenían los habitantes ante este nuevo cambio.

Edin y sus hombres habían pasado ya semanas trabajando día a día en la planificación, estructura y constructrucción de la pequeña ciudad y llevando el liderazgo en la toma de decisiones. Eran respetados y valorados, convirtiéndose en una parte vital de la nueva comunidad.

– ¿Han decidido quedarse entonces? – Le pregunté a Edin luego de que por fin nos hubiesemos sentado.

– No lo hemos decidido aún, por ahora terminaremos de ayudar a construir el albergue y la pequeña taberna en donde estamos sentados. – Respondió sonriente.

– ¡Ahh que esta es la taberna! – dije burlona ante las dos paredes, dos mesas y cuatro sillas que conformaban la estancia.

– Será lo primero que terminaremos y el alma del pueblo ya verá. – dijo el

Bardo. – Un pequeño hogar cerca del hogar.

– ¿Y por hogar dice el bosque? – Pregunté.

– Por eso hemos pensado que este era el mejor lugar, cerca del bosque. – Respondió Edin sin más.

– Tambien es un punto estratégico. – Intervino Isac.– Por un lado esta protegido por el bosque, por el otro tiene la montaña y en cuanto esté totalmente operativo será un éxito comercial, ya que todo el que vaya hacia el sur tendrá que pasar por aquí. – Intervino Isac.

Todos se quedaron sorprendidos con el comentario y se les veía animados y esperanzados ante la idea. Yo me pregunté de donde había sacado Isac esa línea de pensamiento.

– Pués en eso no habíamos pensado la verdad, pero tiene razón – dijo Edin con sinceridad. – Debemos ir pensando en instalar comercios.

– ¿Cree usted que hay suficiente espacio para los que aún quedan por llegar? – Pregunté mirando a los aldedores.

– Habría que talar algunos árboles para hacer un poco más de espacio pero yo creo que sí. Aunque la mayoría de ellos no quieren establecer sus casas muy cerca del bosque, le tienen miedo, como todo el mundo. – dijo Edin.

– Los rumores y los cuentos tienen bastante poder. – Declaró el Bardo orgulloso.

– Rumores infundados por algunos hombres a los que les interesa que la gente no se acerque al bosque. – dije con una sonrisa de complicidad.

Edin y el Bardo se miraron y rieron al unísono. Este último llamó a su hijo para que trajera unas botellas y posteriormente las sirvió en los vasos vacíos.

– Y la tierra ¿será buena para sembrar? – preguntó Elliot bebiendo de su vaso.

– Lo sabremos en algunos días – dijo Edin. – Hemos sembrado en todo el oeste del pueblo, donde la tierra parecía más fértil. Con el bosque detrás recibirá la luz del sol al menos medio día.

– Un nuevo pueblo en Gwerth. ¿Están conscientes que las decisiones que tomemos ahora determinarán el futuro de estas personas?. – dije

orgullosa y esperanzada. – ¿Cómo le llamaremos?

Los hombres se miraron y dudaron, ninguno parecía tener respuesta.

– Hopeland. Lugar de los desamparados. – dijo Isac que se había mantenido en silencio hasta ese momento.

– Muy acertado – dijo Edin mientras el resto asentía con la cabeza.

– Brindemos por Hopeland entonces. – Dijo Elliot alzando su vaso.

Brindamos y celebramos ese nuevo comienzo. Un nuevo asentamiento en Gwerth donde hombres y mujeres de todo el sur de Rotherland comenzaban una nueva vida, y todo en gran parte era gracias a mí. Me sentía orgullosa y contenta por haber podido aportar algo, ayudando a los más necesitados y protegiéndolos de los peligros que acechaban sus vidas. Claro que no hubiese sido posible sin el favor de esos hombres y de mi hermano, que al final me había apoyado y se estaba haciendo cargo del reino tal y como lo hubiese hecho mi padre.

De regreso al castillo me lo encontré en el salón. Se preparaba para asistir a su tercer juicio, retomando las actividades del reino y con ello todas las responsabilidades que ésto conlleva.

El hombre que se presentaba ante él parecía ser un noble de Serth, que había venido hasta Gwerth para solicitar que se abonaran las tierras que mi padre le prometió a cambio del comercio de trigo.

– Su padre me prometió que después del tercer envío me haría propietario de tierras en Gwerth, llevamos ya cuatro y no he recibido nada a cambio.

– Lamentablemente mi padre se llevó con él a la persona que lleva todo el tema de tierras y no me habían informado, por eso no ha recibido nada. Deje que lo evalúe y pronto le enviaré una carta con la resolución.

– ¿Resolución? Pero si no hay nada que evaluar, ya debería tener en propiedad esas tierras. Dejaré de enviar el cargamento si no..

– Usted seguirá enviando el trigo o perderá tambien sus tierras en Serth. – le interrumpió mi hermano finalmente con determinación. – Le pagaré sus envíos con tierras o con dinero, pero debe esperar. Ahora puede marcharse.

El hombre se marchó molesto, y el que le siguió no fue más paciente. Mi padre había ido prometiendo y ofreciendo tierras a todos los que comerciaban con el reino. La situación era grave, no había suficiente alimento en Gwerth y había que traerlo de otros reinos. El oro y la plata estaban muy limitados, su valor aumentaba día a día y por eso mi padre

comenzó a prometer tierras, pero era imposible complacerlos a todos.

Esperé a que el último hombre se marchara y me acerqué a Antón. Tenía cara de preocupación y parecía agotado. Se levantó acercandose a mí.

– No sé cómo voy a hacer para ordenar este desastre. – admitió exahusto.

– Lo lograrás hermano, con paciencia y esmero. Uno a uno.

– Dime que traes buenas noticias – exigió abatido mientras salíamos al jardín. – ¿Cómo va el pueblo ese?.

– Hopeland! – le dije con estusiasmo – Será nuestra salvación, un segundo Jerte que nos dará protección y alimento.

Le conté sobre los avances y los planes de crecimiento. Mi hermano estaba complacido, pero aún tenía pendiente mandar a buscar al resto de afectados en Merche y Jerte, antes de cerrar los caminos, por lo que Hopeland quedaba al amparo de los que quisieran pasar por allí.

– Enviaré a mis hombres mañana pero necesito que me prestes a Isac y a alguno de tus hombres. Ellos ya conocen la zona y a esas personas.

– Los tendrás preparados mañana por la mañana. – le aseguré.

– Reforzaré la seguridad en el estrecho pero debes alertar a Hopeland de la situación. Si los hombres de Harness quieren atacar lo harán por allí.

Me daba pánico solo de pensarlo. Con todo el esfuerzo que habían hecho los sobrevivientes en volver a comenzar sería un horror que volvieran a encontrarse en la misma situación.

– Me gustaría también que nos ayudaras con los preparativos de la boda. Se que no es el momento preciso y Anna no quiere apresurarlo, pero no tenemos mucho tiempo.

– Lo entiendo, te ayudaré. – le aseguré mientras volvíamos a entrar en el gran salón.

Mi hermano se sentó de nuevo en el gran trono. Le quedaba más grande que a nuestro padre pero a él le sentaba mejor, se notaba que se sentía a gusto. Su tono cambió instantáneamente. Dominante y decidido continuó.

– Por otro lado quería hablarte de Gante. Anoche cuando te fuiste a dormir, me habló de su deseo de casarse contigo.

– Eso no es nuevo, creo que lo ha pedido desde que tiene quince años. – Rebatí con aburrimiento.

– Esta vez fue diferente. Fue una solicitud formal, un plan cerrado.

– Y tú lo estás considerando.. – adelanté negando con la cabeza.

– Gante es un conde, de la ciudad más rica de Gwerth.

– Es un presumido, un engreído, y un arrogante. – Solté recordando como hablaba asqueado de los sobrevivientes del sur.

– Veo que han cambiado tus sentimientos. Antes no había quien los separara.

– Tenía catorce años hermano. Además Gante ya no es quien solía ser. Será mucho más poderoso ahora, muy fiel a mi padre y a ti, pero no es una buena persona.

– Tenemos pocos aliados, no puedo darme el lujo de molestarlo negándole lo que me pide.

– No puedo casarme con alguien como él. Desprecia a la gente y lo único que ama más que a sí mismo es el dinero. – añadí con pesadez.- Deja que yo hable con él, te prometo que no se molestará.

– De acuerdo, pero debes irte preparando hermana. Tarde o temprano vendrá una oferta que no podremos rechazar.

– Lo sé. – Asentí con pesar mientras mi hermano se dirigía a su recamara dejándome con ese peso.

– Se me olvidaba decirte, – Soltó a mitad de camino – Vendrá la tía Millie para la boda.

– ¡No puede venir! – solté alarmada.- Se supone que nuestro padre esta con ella en Altos de Milos y por eso no se le ve la cara. Le escribí para que no viniera a la gala y generara sospechas.

– Pues tendremos que buscarnos otra excusa porque ya ha salido de Milos. – dijo encogiendose de hombros y continuando su camino.

Recorrí varias veces la sala pensando en cómo podíamos justificar la presencia de mi tía y en que le diría a Gante para no molestarle. Mentiras sobre más mentiras.

Finalmente en la carta le decía a Gante que ya estaba prometida a un gran conde extranjero y por eso no podía casarme con él. Le pedí incluso

discreción ya que nadie lo sabía aún.

Guarde el sobre en mi bolsillo y me encontré con Isac en el jardín exterior. Cuando llegó, yo llevaba media hora viendo el atardecer.

– Siento haberte hecho esperar, pero te he traído algo.

Acercó a mis manos un paquete muy grande mientras yo me enderezaba. Iba forrado en papel pero por la forma podía adivinar de lo que se trataba. Arranqué el papel deprisa acertando en mis sospechas. Un arco de madera oscura, ligero y a la vez fuerte, con un saco de cuero donde venían unas veinte flechas. Sobre el dorsal llevaba impresas mis iniciales C.M. y al lado una frase entre comillas "el poder y la fuerza están dentro de ti".

– ¡Me encarta Isac, muchas gracias! – Le agradecí sincera – Prometo practicar a diario.

– Aunque parece que tendrás que hacerlo sin mí.

– ¿Ya te has enterado entonces?

– Tu hermano me ha mandado llamar y me ha contado.

– ¿Y cuánto crees que tardarás en volver? – le pregunté con la esperanza de que fuese rápido.

– ¿Por qué lo preguntas? – dijo ladeando la cabeza.

– Por saber.. el recorrido.. y porque.. – balbuceaba sin saber que excusa poner.– Porque debo hacerle llegar una carta a Gante y decirle a los hombres de Edin que cuidaran la entrada este de Gwerth hasta que todos los sobrevivientes esten a salvo.

– Supongo que un par de semanas si vamos a ir llevando a la gente desde Merche. Tu hermano me ha dicho que escoja veinte hombres. Me ha parecido un poco exagerado.

– Lo es, pero algunos se quedarán en Jerte para apoyar a la guardia de Gante.

– Me parece correcto. Pero bueno, no te preocupes, estaré aquí antes de la boda.

– ¿Me estás hablando de tú? – le solté al pensarlo.

– Parece que sí, no me había dado cuenta de que lo hacía. Espero que no

te moleste.

Le había reprochado tantas veces que me hablara con tanto formalismo cuando estábamos a solas, que ahora que no lo hacía me preguntaba si el beso habría tenido algo que ver. ¿Me estaba perdiendo el respeto o estaba confiando en mí?.

– Quiero que hablemos de lo que pasó. – añadí sin rodeos.

– No sé de qué hablas princesa. – dijo con un guiño.

– No, de verdad, quiero que lo hablemos. – añadí con seriedad.

Isac respiró profundo y se sentó a mi lado.

– Antes de que empieces quiero decirte que lo entiendo. Que sé que no puede ser, que sé que es imposible.

Se acercó para coger un mechón de cabello que caía sobre mi cara y lo apartó tras mi oreja. Suspiré y cogí aire para decirle que así era, pero se adelantó y posó su dedo en mis labios. Bajó la mirada y mirando el atardecer prosigió.

– Sin embargo ese beso podría significar muchas cosas, y aún así prefiero no saberlo. No quiero que me digas que no te sientes igual que yo, eso me destrozaría el corazón. Pero por otro lado, tampoco quiero que me digas lo contrario, porque me haría ilusiones con que algún día podrías ser mía. – después de un pausa continuó. – Sea como sea siempre estaré aquí para lo que necesites, y velaré por ti, no sólo porque es mi deber sino porque quiero pero no me pidas que deje de sentir, porque no puedo hacerlo.

Asentí buscando las palabras. Quería decirle lo que sentía y lo que en ese momento me hubiese gustado hacer; no ser una princesa y dejarme llevar por lo que me pedía mi corazón, pero Isac había sido muy claro y entendía la situación, así que preferí dejarlo. Nos despedimos fugazmente, con la desilusión de los días que pasaríamos separados y el vacío de las palabras no pronunciadas.

Me mantuve distraída durante los días siguientes planificando la boda de mi hermano. Por las tardes iba a visitar a mi padre y luego Elliot me ayudaba a practicar con mi nuevo arco.

Mi puntería mejoraba poco a poco, pero no lograba concentrarme. Últimamente tenía muchas preocupaciones en la cabeza y sobretodo muchas distracciones que me hacían soñar despierta a cualquier hora.

– Debe enfocarse princesa. La práctica del arco es una disciplina que abarca principalmente el equilibrio, la respiración, la puntería y luego la fuerza. Pero no logrará nada si no puede concentrarse en su objetivo.

– Lo sé. – dije bajando el arco con frustración.

– ¿Qué le preocupa?

Volteé para mirar a Elliot, quien me conocía desde que era pequeña y a quien nunca podría engañar.

– Muchas cosas Elliot. – Comencé caminando de lado a lado
–Primero está mi padre, mi hermano y los nobles que vienen aquí reclamando tierras que no podemos darles. La boda de Antón y mi tía que viene desde Milos a presionarme para que yo tambien me despose. Luego están los hombres de Harness y todos los que siguen en el sur, en fin, me preocupa todo.

– No se preocupe princesa, todo se resolverá poco a poco, ya lo verá. Mañana cuando vuelva haremos unos ejercicios de relajación antes de comenzar con la práctica y así cuando ya sea una maestra del arco su seguridad será una preocupación menos.

– Gracias Elliot. – le dije mientras volvíamos al castillo y nos reuníamos con Sarah y Mery para las noches de lectura que habíamos comenzado a practicar, con la esperanza de soltarle la lengua a la niña.

Una vez a la semana me acercaba hasta Hopeland para ver los avances y recibir a los nuevos habitantes. A final de mes ya habían más casas terminadas. La plaza del mercado, la escuela y el albergue también estaban ya en funcionamiento aunque aún seguían en obras. El resto del espacio estaba ocupado por un enjambre de amplias calles sin empedrar, y caminos hacia los huertos donde ya se podía ver los primeros indicios de una futura cosecha.

Karen, la mujer que había rescatado a Malik, me ayudaba con las visitas y repartía la comida. Hasta que las tierras comenzaran a dar frutos, debíamos proveerles de alimento.

Cuando terminamos la ronda me invitó a tomar el té en su pequeña y nueva casa de dos habitaciones.

– ¿Cómo sigue el pequeño? - le pregunté al verle durmiendo tranquilamente en el sofá.

– Como si no tuviera nada, es un niño muy fuerte y colaborador. Parece

estar feliz, pero..

– ¿Pero qué, le ha pasado algo?

– No, no le pasa nada. Más bien soy yo.. – me miró con vergüenza mientras se pasaba el dorso de la mano por la frente sudada. – Señora, lamento decepcionarla pero no puedo hacerme cargo de él.

– Pero si no tiene a nadie más. – dije con preocupación.

– Ya tengo mucho trabajo con tres niños que criar. Casi no les dedico el tiempo que debería con todo lo que estamos pasando y con todo lo que hay por hacer – dijo apenada. – Lo he estado pensando y creo que lo mejor es que vaya al castillo, seguro que con usted estará mejor.

Le miré incrédula pero entendí sus razones. Me acerqué al pequeño que sonreía aún estando dormido y no pude evitar sentirme atada a él, a su triste historia, a su cicatriz y a su incierto futuro. Decidí entonces llevarlo conmigo al castillo y darle una ocupación como a Mery. No dejaría solo a ese niño, en un pueblo recién formado, donde la mayoría de sus habitantes ya tenían suficiente trabajo y preocupaciones.

Al día siguiente, Mery me despertó con un abrazo inesperado. Aún no hablaba pero tenía mejor cara que un mes atrás. Llamé a Sarah después de vestirme y le pedí que buscara al pequeño.

– Este es Malik, se quedará con nosotros en el castillo. – Les anuncié mientras Sarah le llevaba de la mano.

El pequeño se soltó y vino corriendo hacia mí. Le acaricié la frente y lo tomé de la mano para llevarlo a la cama donde estaba Mery. La niña le levantó el brazo herido con curiosidad y luego le acarició sobre las vendas. El pequeño le tocó el rostro pinchándole con un dedo y ambos sonrieron.

Sarah necesito que a partir de ahora te encargues del pequeño. Mery se ocupará de mí y tomará tu habitación. Te daré la alcoba contigua con una cama para Malik y así podrás cuidar de los dos. Quiero que les enseñes a leer y a escribir como lo hice yo contigo. Que estés pendiente de ellos y de lo que necesiten. También quiero que los lleves de paseo, les leas cuentos y los dejes jugar. Al fin y al cabo son niños.

– ¿Ahora Mery será tu doncella?. – preguntó con decepción.

– Claro que no Sarah, esto no significa que dejarás de ser mi doncella, aunque sabes que nunca has sido sólo eso. Te lo pido porque no confío en más nadie que lo pueda hacer mejor que tú.

Sarah asintió, se acercó a la cama y le hizo cosquillas al pequeño.

– Lo primero que haremos será darle un baño a este niño, ¡huele a rata mugrienta!

El niño se retorció de la risa y seguía riendo a carcajadas mientras Sarah se lo llevaba cargado como si fuera un saco, seguido por Mery que como siempre iba dando saltitos.

Pasaron sólo días antes de que el rumor corriera por todo Gwerth de que la princesa había acogido en menos de un mes a dos niños huérfanos. Fue desde ese momento que comenzaron a llamarme "La Princesa de los Niños Desamparados", y desde luego que no fueron los últimos. Unos días más tarde, Sarah llamó a mi puerta bien entrada la noche con un bebé en brazos y una nota.

"Estimada princesa Camila, hemos encontrado a este bebé en Jerte, y en nuestro camino al nuevo pueblo de Hopeland, hemos pasado por el castillo y hemos decidido dejarlo con usted. El pequeño no tiene familia y sabemos que usted le proporcionará el cuidado y el cariño que se merece. Lamentamos las incomodidades que esto pueda causarle, pero creemos que usted puede darle una mejor vida. Su bondad traspasa fronteras y no cabe duda de que mientras haya personas como usted en este reino, la suerte estará de nuestro lado."

– ¿Pero será verdad? ¿Será un huérfano rescatado? – Pregunté incrédula
– Pero si tan solo tiene unos meses. Si su familia murió en los ataques, debía de tener solo días cuando fue rescatado. ¿Cómo ha podido sobrevivir?

– Me temo que nunca lo sabremos.

Tomé el niño entre mis brazos. Estaba completamente dormido. Bajo sus párpados podía ver sus ojos moverse levemente de un lado a otro, ajeno a su alrededor, a los peligros vividos o al abandono que acababa de sufrir.

– Me quedaré con él esta noche.- le dije a Sarah con un susurro mientras lo acostaba en mi cama.

– ¿Pero, y si despierta?

– No te preocupes Sarah, estaremos bien.- dije envolviéndolo entre mis sábanas y armando una pequeña pared de cojines a su alrededor.
– Mañana en la mañana te llevará una carroza a la ciudad para que puedas buscarle algo de ropa y.. no sé, lo que sea necesario. Sé que es bastante trabajo con dos pequeños y un bebé, le pediré a Teresa que te

eche una mano y yo también intentaré ayudarte.

– Sé que no podemos dejarlo en la calle, pero si seguimos alimentando el rumor, éste será el primero de muchos niños que dejarán abandonados a las puertas del castillo.

– Tienes razón, lo que necesitamos es poner fin a esos asesinos de Harness para que no dejen a su camino más huérfanos.

– Ahí estas en lo cierto.

– Pero mientras tanto estos niños necesitan nuestra ayuda Sarah, y aquí tenemos espacio de sobra.

– Y cariño de sobra. – añadió mientras se acercaba para besar al pequeño. – Le traeré algo de leche por si despierta con hambre.

– Muchas gracias Sarah.

Me acurruqué junto al bebé y lo miré unos minutos. Era una locura intentar hacerme cargo de todos los huérfanos de Rotherland pero no podía dejarlos a su suerte.

Me prometí a mí misma y a los que estaban por llegar que mientras pudiera ayudarlos lo haría. Tenía los medios para darles una buena vida en el castillo, de educarles y proporcionarles la oportunidad de ser alguien y así lo haría.

Capítulo 10

El bosque de las siete espadas

Volví al bosque unos días después para reunirme con Edin y sus hombres y disfrutar por fin del banquete que les había prometido. Envié por la tarde a Sarah con todas las exquisiteces que había preparado Teresa: pastelitos de piñones y de almendra con azúcar, espárragos, salchichas, jamón y albóndigas servidos con una variedad de potajes delicados. El gran plato central era un cordero asado con salsa de cerezas amargas, y de postre membrillos cocidos con azúcar y canela y confites de especies. Todo esto acompañado de vino y cerveza por supuesto.

Cuando llegué al lugar todo estaba ya servido y los comensales me esperaban en medio de un improvisado comedor, con mesas y sillas hechas de troncos de árboles tallados. A esa hora aún se podía ver la luz del sol pasar entre las ramas de los árboles con finos rayos que caían en todas las direcciones. En el claro, el lecho de hojas secas que nos servían de alfombra y la barrera de altos olmos que nos protegían del calor del verano y de la briza, daban a la vez la impresión de estar en un gran salón. Las antorchas recién encendidas distribuidas en forma circular ayudaban también a crear un ambiente confortante.

Al verme, todos se levantaron y agacharon sus cabezas con respeto y yo les devolví el gesto. Antes de sentarme en medio de la adornada y abarrotada mesa les hice señas para que se sentaran. Cogí mi copa y esperé que hicieran silencio.

– Hace más de dos meses que vine a este bosque a pedirles que me acompañaran en una gran aventura. Vine con el miedo de que no quisieran escucharme o que no les interesara la labor ni con oro de por medio. Sin embargo me encontré con doce caballeros, que sin emblema y medalla viven sus vidas como si las llevaran decorando su pecho desde siempre. He encontrado también la bondad y la humildad de hombres que buscan el bien, ayudando a quienes más lo necesitan. Quiero agradecerles por la labor que juntos hemos emprendido y que ahora forma la base de una nueva ciudad y la esperanza de cientos de aldeanos. Alcemos nuestras copas por "los hombres del bosque" y disfrutemos juntos de esta cena que les ofrezco como símbolo de mi agradecimiento.

Los hombres gritaron con euforia, chocando sus copas contra la mesa después de beber y comenzaron a comer sin perder más tiempo, como si

esa fuera la última cena que disfrutarían en sus vidas.

Finalmente me senté entre Sarah y Elliot quien discutía con Edin cual era la mejor manera de cazar un cordero sin dañar su carne. El procedimiento me estaba provocando nauseas, así que me levanté con disimulo, me acerqué a la última mesa y me senté al lado del Bardo y de su hijo Bron, que comían en silencio lejos del grupo. Ellos agradecieron la compañía y yo agradecí el poder cenar sin pensar como había muerto mi comida.

– ¿Cómo lo lleva? – le pregunté al Bardo susurrando haciendo una señal hacia el muchacho.

– Se adapta. – dijo mientras comía manchando su barba pelirroja tan larga que tenía que echarla sobre el hombro mientras comía. – No es fácil llevar esta vida, pero creo que le irá bien.

– Es un muchacho valiente – Admití.

– Gracias a su madre, lo lleva en la sangre.

– Seguro que de usted también lo ha sacado.

– Si yo soy un bruto, a veces ni pienso en lo que hago, pero Emily, mi Emily, ella si que era dura y valerosa.

Me quedé en silencio recordando como la mujer del Bardo había dado la vida por salvar a su hijo, burlando a los bandidos para que no siguieran al muchacho y me entristeció pensar en lo que había tenido que pasar el pobre, sólo en las montañas, atemorizado a sabiendas de que su madre había muerto, escondiéndose de esos hombres durante días.

Después de la pausa decidí cambiar de tema y le pregunté sobre lo que me rondaba la cabeza desde el día que le conocí.

– ¿Me contará por qué le dicen el Bardo?.

– Creo que el sobrenombre me queda demasiado grande pero quien soy yo para llevarle la contraria a esta gentuza que no entiende nada de cultura.

– Mi padre es muy humilde, y no le gusta admitirlo pero la verdad es que tiene una facilidad de narrar historias que nunca se ha visto por estas tierras – Soltó Bron con la mirada puesta en su padre – Eso sí nada de esos poemas largos y aburridos que dan sueño, su especialidad son las leyendas, cuentos fantásticos y esas cosas.

El Bardo rió fuertemente con su gran barriga apretada contra la mesa y casi la hace caer. Luego se llevó su jarra a la boca y se bebió el contenido

de un trago.

– Bueno ya lo verá por usted misma dentro de un rato y podrá dar su veredicto. – soltó mientras volvía a rellenar su cerveza y la vaciaba rápidamente.

Cuando en las mesas ya no quedaba ni el rastro de los elaborados platos que hace minutos abundaba y los hombres se reclinaban con las barrigas llenas y alegres por el alcohol, se dio por terminada la cena.

Los hombres comenzaron a levantarse y a sentarse en círculo alrededor de la hoguera. Sarah colocó una manta sobre la tierra delante de un tronco que nos hacía de espaldar. Nos sentamos frente al fuego y noté como Sarah se arrimaba cerca de Elliot que se había colocado a su lado. Sonreí a mis adentros al darme cuenta que los nervios de los primeros encuentros aún no habían sido superados.

Los hombres hicieron silencio y uno de los más jóvenes sacó un pequeño Laúd y comenzó a tocar una melodía suave que poco a poco se fue convirtiendo en casi una nana. Vi que los hombres comenzaban a parpadear y a bostezar y fue entonces cuando el hombre inyectó en la canción una energía solemne que hizo que todos abrieran los ojos de par en par. Me parecía fascinante el poder que tenía aquella música en los presentes, y en mí. Nos llevó a todos por un paseo a la melancolía, la tristeza y la agonía, dónde los pelos de mi nuca se levantaron en punta, para terminar con un son alegre que provocaba ponerse a bailar. Al terminar su espectáculo todos aplaudieron de emoción agradeciendo el viaje.

Se hizo silencio de nuevo y yo miré de lado a lado expectante. De pronto Edin que se encontraba de pie delante de los presentes comenzó a hablar.

– La última vez que vi a la princesa, – comenzó haciéndome una señal con la cabeza. – nos comentó que pensaba que las leyendas que habían dado nombre a este bosque, en el que estamos ahora reunidos, eran la suma de rumores infundados por nosotros mismos, hombres que viven en él y que no quieren que nadie les moleste.

Los hombres comenzaron a mirarme y a rumorear entre ellos. Edin alzó la voz para hacerse escuchar sobre el bullicio.

– El Bardo y yo claramente nos reímos de su comentario en ese momento.. pero luego pensé en que su planteamiento realmente tenía toda clase de lógica. – continuó con aire pensativo. – Sin embargo "la leyenda del bosque de las siete espadas" tiene más de cien años, y sabemos que no hemos sido nosotros quienes la hemos difundido, pero si es posible que lo hicieran hombres como nosotros para refugiarse en el

pasado.

Los hombres volvieron a discutir en voz baja y a murmurar sopesando aquella posibilidad. Edin cogió su copa de metal y la lanzó contra el suelo para hacerse escuchar. Todas las miradas volvieron a él, atentas.

– Cada noche durante los últimos diez años nos hemos reunido en este lugar compartiendo toda clase de historias pero nunca hemos discutido aquí el principal relato que nos ha permitido estar seguros y vivir como lo hemos hecho durante todo este tiempo. Bajo este nuevo planteamiento quisiera que vuelvan a escuchar la historia para que puedan hacer sus propias conclusiones.

Edin hizo una pausa, se acercó a la mesa para coger otra copa de vino vaciándola de un sorbo y se limpió con el dorso de su mano.

– Seguro que ya han escuchado la leyenda del bosque de las siete espadas en alguna de sus múltiples versiones. Existen muchas que incluyen a ogros, gigantes, fantasmas y hasta he escuchado historias con dragones que escupen fuego y se camuflan entre los árboles. Pero la versión que van a escuchar ahora fue la misma que mi padre y el padre de Elliot nos contaron cuando éramos pequeños y cazábamos juntos en este bosque.

Edin tomó uno de los troncos de la mesa y regresó para sentarse frente al fuego cruzando una pierna sobre la otra toscamente.

– Como no soy el mejor contador de historias dejaré que el Bardo haga su trabajo. – dijo haciendo una reverencia con la mano en dirección a su amigo. – Seguro que les entretendrá mejor que yo pero si quiero pedirles que estén atentos caballeros, y damas presentes, y que piensen en todas las posibilidades.

El Bardo se levantó y cogió su tronco para colocarlo al lado de Edin, sin embargo se mantuvo de pie delante de la fogata que le iluminaba la cara y acentuaba sus gestos. Se aclaró la garganta con un trago de vino y comenzó con su historia.

"Dice la leyenda que en tiempos del rey Theodor, el abuelo del actual monarca y bisabuelo de la princesa aquí presente, siete caballeros entraron en el bosque por orden del rey, en búsqueda de un cofre gigante lleno de oro que había sido robado de un carromato que iba rumbo al castillo pero que nunca llegó.

Cada uno de ellos entró por un extremo del bosque con la idea de recorrer el espacio más rápido y encontrar el botín con mayor facilidad.

Según la leyenda los caballeros salieron al mismo tiempo bajo el anuncio del silbato que llevaba el líder al cuello y se fueron haciendo paso hasta el centro para encontrar el premio final y sin embargo ninguno de ellos salió con vida. Casi un mes después les encontraron en el claro en el que estamos hoy sentados, con sus propias espadas atravesando sus corazones.

Eso es lo que todo el mundo sabe y lo que tienen en común las diferentes versiones, pero lo que sucede en medio de la historia varía de leyenda en leyenda. Lo que nadie cuenta es que estos hombres se encontraron dentro del bosque con sus propios demonios y tormentos, y que llevados hasta la locura y la desesperación terminaron suicidándose bajo sus propias manos.

Si ya se que parece un poco extraño pensar que siete hombres diferentes pudiesen suicidarse en el mismo sitio y al mismo tiempo, pero los hechos que acontecieron y que les contaré ahora, los llevaron a ello.

El líder de los caballeros, un tal Krisc, se había enfrentado contra su propio hermano en el torneo de las tres torres cinco años atrás. Iban mano a mano luchando por el primer puesto hasta la última prueba, pero cuando su hermano perdió el equilibrio y quedó colgado de un precipicio, Krisc que lo había logrado coger al aire, se debatió durante varios minutos en una lucha interna sobre la rivalidad que siempre había tenido con él desde que eran pequeños, estando siempre bajo la sombra de las maravillas de su hermano mayor. Asqueado de pensar en las alabanzas que recibiría su hermano si ganaba el torneo y las burlas familiares que ganaría el, miró a los ojos de su hermano y le preguntó si le dejaría ganar. El hermano, aún bajo peligro, se rió en su cara y al final Krisc soltó su mano fingiendo no tener fuerzas para levantarle y así poder llegar de primero a la última prueba, salvar a la princesa y ser nombrado caballero.

En su tercera noche en el bosque, hambriento y cansado de tanto andar, Krisc vislumbró la sombra de una persona que se alejaba de él. Le siguió por horas pensando que era uno de sus compañeros hasta que se encontró de golpe con un precipicio y perdiendo el equilibrio quedó colgando. Su hermano muerto apareció entonces extendiéndole su mano y salvándole de caer en una muerte segura. Durante las siguientes noches volvía a tener la misma experiencia y su hermano siempre le salvaba la vida.

Después de varios días dejó de buscar el oro y buscaba desesperadamente a su hermano día y noche para pedirle que le perdonara. Sin embargo éste no volvió a aparecer y Krisc se envolvió en una tristeza que no le permitía pensar. Cuando ya se encontraba moribundo tras días sin alimentarse o beber agua, su hermano reapareció delante de él. Le tomó de la mano y le prometió perdonarle y acabar con su sufrimiento de una vez por todas. Krisc aliviado sintió como la mano de

su hermano sobre la suya empuñaba la espada y la giraba para hundirla en su pecho.

Su compañero Luwi, que unos años atrás había sido enviado por el rey a un pueblo de Harness donde se escondía un estafador del que debía encargarse, tuvo una experiencia parecida.

Tras el largo viaje y varias semanas de búsqueda por todos los pueblos alrededor, Luwi no lograba dar con el ladrón. Buscó y buscó, preguntó a todos lo que pasaban a su lado y luego de casa en casa, pero el susodicho no aparecía por ningún lado. Frustrado y molesto entró en un bar y se dispuso a beber para olvidar su fracaso.

Después de cinco tragos un hombre con pinta de pordiosero se sentó a su lado y comenzó a contarle la triste historia de su vida. El desgraciado había perdido sus tierras, su trabajo y a su familia en el último año y ahora se dedicaba a deambular de pueblo en pueblo pidiendo limosnas para poder tomarse un trago en algún bar.

Luwi le escuchó silencioso mientras se estructuraba en su cabeza un macabro plan. Pagó al hombre unas cuantas rondas y le acompañó a la salida. Cuando estaba a punto de irse le ofreció llevarle a su reino donde podía conseguirle trabajo y el hombre confiado aceptó, pensando que no tenía nada que perder.

A mitad de camino, Luwi, harto de escuchar las incidencias y sucesos de ese hombre desdichado al que nadie extrañaría, lo acercó al río. El hombre se lanzó acercó agua y comenzó a beber del agua que le chorrea bastante de la cabeza sin darse cuenta que Luwi le llegaba por detrás y le atravesaba con su espada. Le arrancó la cabeza y se la llevó en una bolsa al rey con la esperanza de que este creyera que había acabado con el estafador. El monarca creyó en su palabra y le celebró con honores la victoria.

Sin embargo en el bosque tras días de fatiga y mal comer, Luwi se encontró varias veces en la borrosa puerta de un bar donde el desgraciado le esperaba para contarle su desdichada historia de como un mal hombre le había matado después de haberle prometido una nueva vida. Luwi pasaba los días absorto en su mundo intentando escapar de ese bar y de las mentiras que dentro se escondían, mientras su cuerpo perdía fuerzas y se debilitaba hasta que ya era demasiado tarde. El hombre se le apareció una última vez y le ayudó a poner fin a su dolor.

El tercer caballero no había matado nunca a nadie fuera de la batalla, y mantenía siempre su frente en alta frente a los demás. Sin embargo, era egoísta y receloso, siempre pensando que el merecía más de lo que tenía

y que otros no deberían poseer lo que el no poseía.

Un día el rey le encargó recorrer los pueblos del norte para la recolección de impuestos. El hombre llegó a la primera puerta de una humilde familia y le exigió la paga. La mujer que estaba enferma no lograba recordar cuando debía pagar, así el hombre aprovechó y aumentó el porcentaje un uno porciento. La mujer no se dio cuenta y le cedió el dinero con una moneda de más. El caballero salió de la casa satisfecho y lanzó esa moneda en su bolsillo.

Tras ver el poder que tenía ser enviado por el rey, y que todos los habitantes pagaban el precio que el imponía, el caballero decidió subir a todo el resto un uno porciento. No era mucho para una familia y nadie se daría cuenta, pero sumadas le darían las tierras que el siempre había soñado.

Cuando volvió de la encomienda, el caballero había ganado tanto dinero que tuvo que esconderlos en varias bolsas de tela bajo la carroza y con ello compró casas y tierras para mejorar su status.

Durante su estancia en el bosque, el hombre se vio rodeado de pobreza y mugre. Los pobres a los que había robado se burlaban de el y le lanzaban monedas. Soñaba diariamente con que le arrebataban sus tierras y riquezas y despertaba sudado y cada día más delgado. El día que murió no pudo aguantar su aspecto de indigente que se veía reflejado en espejos que salían de la nada y optó por clavarse su espada.

Otro de ellos había ayudado a una duquesa a envenenar al hijo bastardo de su marido a cambio de un lingote de oro que gastó en joyas para su amante. Durante sus primeros días en el bosque, el niño se le aparecía como un bebé pero luego se manifestaba día a día cinco años más adulto, contándole sobre la vida que nunca pudo tener.

Los otros dos habían unido fuerzas para vengar la muerte de sus compañeros en la guerra de Fintes a manos del líder de los Petas, pero se les había ido de las manos y el odio llegó a tal extremo que todo el grupo sufrió una muerte horrible tras horas de tortura. Su castigo en el bosque fue revivir día a día las torturas que habían causado a aquellos hombres hasta que al final podían sentir como se las aplicaban a ellos mismos.

Sólo uno de ellos, Justin el menor, había logrado escapar de estas pesadillas y seguía buscando el oro cada día para alegrar a su rey.

Justin era el hijo de un humilde carpintero que se había esforzado desde pequeño para llegar a ser caballero, dando a su familia el estatus y los privilegios que sus padres nunca pudieron brindarle. Con dos niños y con

otro por venir, Justin era fiel, valiente y sobretodo inteligente.

Durante los primeros días en el bosque recogía agua de lluvia que caía de los robles con hojas de Haya, evitaba comer bayas y hongos que pudiesen ser venenosos y cazaba con trampas hechas con palitos de madera para sobrevivir.

Recorrió el bosque de arriba abajo sin conseguir el oro por ningún lado. No vio tampoco a ninguno de sus compañeros hasta el final, cuando comenzó a encontrarlos muertos en los alrededores cercanos al claro. Cuando se dio cuenta que todos habían fallecido excepto él, se asustó y se refugió en las copas de los árboles temiendo ser aniquilado por algún asesino que se escondía dentro del bosque, quizás los mismos que habían robado el botín.

Después de días sin ver a nadie ni escuchar nada salvo el sonido de los pájaros y del viento a través de los árboles, Justin volvió a revisar los cuerpos y fue cuando se dio cuenta de que llevaban sus propias espadas clavadas en sus pechos.

El muchacho los arrastró uno a uno al claro para verlos mejor y unir las piezas que no terminaban de encajarle. Se quedo allí mirándoles con terror preguntándose que demonios les había sucedido. Pensó varias veces en volver al castillo y contar lo que había pasado, pero no sabía que podría decir para explicar la situación. El oro no estaba y todos estaban muertos excepto él, con sus propias espadas clavadas.

Estaba claro que lo primero que pensarían en el castillo es que él mismo les había matado a todos, uno a uno, para robarse el oro, y había usado sus espadas para no ensuciar la suya con la sangre de sus compañeros. Lo ahorcarían ese mismo día por asesino y por ladrón, y su familia quedaría deshonrada y perderían todo cuanto tenían. No podía permitir que eso sucediera, pero no se le ocurría una forma de huir de aquel lío.

Justin se encontraba inmerso en sus pensamientos intentando encontrar una solución a lo inexplicable cuando se vio rodeado por perros que ladraban en su dirección. Los hombres que los habían enviado tenían que estar cerca, debía apresurarse. Justin pensó en sus hijos y en su esposa, y en todo lo que le había costado darles la vida que ahora tenían. Pasó su mano por su frente sudada y se limpió con la camisa, tomó su espada y la clavó de un golpe en el suelo sobre su empuñadura. Al ver acercarse el primer hombre, sin pensarlo dos veces, se arrojó con fuerza sobre ella.”

– El final ya todos lo conocen. – dijo Edin levantándose de nuevo al finalizar la historia. – Esos caballeros fueron enterrados como héroes y fieles servidores del rey, sus familias recibieron bonificaciones y emblemas de honor, y las leyendas sobre lo que le pasó a esos hombres comenzaron

a extenderse por todo Rotherland.

Se hizo silencio sobre los presentes y pude ver que algunos miraban alrededor entre la oscuridad de los árboles preguntándose que tan cierta sería la historia.

– Se que los cuentos siempre serán cuentos pero cuando nos reunimos aquí y celebramos como lo hacemos hoy, me gusta pensar que todos los que estamos presentes somos buenas personas, sin nada que esconder, que pensamos en los demás sin querer nada a cambio y que por eso este bosque no puede afectarnos. Es muy fácil caer en tentaciones por venganza, por poder o por dinero en los tiempos que vivimos, es por eso que de vez en cuando debemos detenernos a pensar de que lado estamos. Si la leyenda de este bosque es cierta y sólo los buenos de corazón pueden estar en él sin ser afectados, este es justo el sitio donde quiero estar.

Limpié la lágrima que había caído por mi mejilla y pensé en la reflexión de Edin. No importaba realmente si la leyenda era cierta o no, lo importante era que alejaba del bosque a todo el que se consideraba así mismo una mala persona.

Capítulo 11

La boda

La noche del casamiento, mientras Mery terminaba de adornar mi cabello trenzado con flores blancas que hacían juego con el encaje de mi nuevo vestido de terciopelo rojo y tafetán blanco, Sarah entró corriendo con la respiración entrecortada.

– Los hombres han vuelto del sur. Creo que le han herido. – soltó alterada.

– ¿A quién? – pregunté con una punzada en el estómago.

– Creo que han herido a varios, pero.. no lo sé, yo.. creo que lo vi.. – dijo aún exaltada.

– Ven aquí, respira.- le dije sentándole en el sillón. – Cuéntame con calma que no entiendo nada.

– Los he visto cuando entraban en el castillo. El señor Isac, lo traían cargado entre varios hombres.

– ¿Dónde está ahora?

– Creo que lo han llevado a su habitación.

Salí de mi recamara y recorrí el pasillo hacia la torre este. Subí las escaleras intentando no tropezarme con el largo del vestido y toqué la primera puerta. Entré cuando no escuche respuesta.

Isac que estaba sentado sin camisa en un diván, subió la mirada lentamente mientras se quitaba las botas.

– Esto si que es un buen recibimiento. – Me dijo con una sonrisa.

– Lo siento. He tocado la puerta pero creo que no me has escuchado. Puedo volver más tarde.

– No, quédate.

Me acerqué y pude ver que tenía varias cortadas en el pecho y los brazos pero parecía estar bien. Cuando quiso levantarse para saludarme fue que pude ver su pantalón manchado de sangre alrededor de su muslo

derecho.

– ¿Qué te ha pasado? – exclamé asustada. – ¿Estás bien? Voy a buscar al médico.

– No no, espera ven aquí. – me dijo calmado haciéndome un espacio en el diván. – Me halaga tu preocupación pero no es nada, estoy bien.

– Pero si estás goteando sangre. Iré a buscarle. – dije sin querer dar mi brazo a torcer.

– El médico ya esta por venir. Ha tenido que ir a ver primero a un compañero.

– ¿Pero qué ha pasado? – dije sentándome a su lado.

– Nos han atacado cuando íbamos de regreso a Jerte con los sobrevivientes.

– ¿Los hombres de Harness? – Pregunté y Isac asintió.

– No eran muchos pero atacaron de sorpresa. – comenzó a contar. –De repente me vi sólo defendiendo a un grupo de veinte contra ocho hombres.

– ¿No ibas con más guardias? ¡Dijiste que diez te parecían demasiados!

– Si, pero iban más adelante, yo iba detrás de todo el grupo que iba caminando. Los bastardos nos atacaron por detrás cuando todos ya habían pasado.

– ¿Atacaron a un grupo indefenso?

– No sólo eso, había mujeres y niños y mientras atacaban les gritaban miedosos cobardes, traidores asquerosos.

– No me lo puedo creer. – dije llevándome la mano a la boca.- ¿Han herido a muchos?

– Sólo a un par de hombres que defendieron a sus familias, pero están bien. Al final los guardias se dieron cuenta de que el grupo se había separado y volvieron a ayudarnos.

– Menos mal. ¿Y los bastardos esos?

– Cuando se vieron rodeados intentaron huir, pero no lo lograron.

– Pero para entonces ya te habían hecho daño – deduje y Isac asintió.
– ¿Te duele?

– Sólo un poco. – dijo apretando los labios.

Me levanté y mojé un paño en el agua de la palangana. Me acerqué a él y le sujeté por el hombro para evitar que se moviera. Suavemente pasé el paño por su pecho y su brazo para limpiar la sangre y ver la profundidad de las heridas, intentando no rosarle demasiado fuerte. Cuando terminé di un paso atrás y le miré con suspicacia.

– Vas a tener que quitarte el pantalón si quieres que veamos de donde sale tanta sangre. – le solté.

Isac abrió mucho los ojos en un gesto de picardía y su rostro se enrojeció. Me cruce de brazos y le miré mientras contenía la sonrisa y levantaba una ceja. Isac se levantó despacio y se desabrochó el pantalón. Se los bajó hasta las rodillas y se sentó de nuevo. Subió un poco su pantaloncillo blanco que estaba manchado totalmente de sangre.

La herida de unos siete centímetros de largo parecía bastante profunda pero no lograba ver nada entre tanto rojo. Mojé otra esquina limpia del paño y me acerqué para agacharme delante de él. Con suavidad limpie la pierna ensangrentada y luego coloque el paño presionando sobre la herida para evitar que siguiera sangrando. Isac se tensó y sus ojos se clavaron en los míos. Sentí el impulso de acariciarle pero me contuve.

– Parece que el doctor necesitará coserte la herida. No deja de sangrar. – dije levantándome. – Mantenla presionada hasta que venga.

Isac asintió colocando sus manos sobre el paño.

– Debo irme, he planificado todos los detalles de una boda y ahora no quiero perdérmela. – Le dije y me dirigí hacia la puerta.

– Estas increíblemente hermosa por cierto. Es una pena que no podamos bailar de nuevo esta noche.

– Parece que no bailarás en un buen tiempo. – le dije sonriendo señalando su pierna. – Vendré a verte mañana. Espero que te recuperes.

Salí de la habitación y le pedí a Sarah que fuese a buscar al médico. No me había dado cuenta de la hora que era cuando entré en el gran salón y todos los invitados voltearon a mirarme. Parece que estaba a punto de celebrarse la ceremonia. Me acerqué de la forma más discreta que pude a la primera fila y me situé al lado de mi tía Millie. Ella me miró con cariño pero con un leve tono de reproche me reclamó en susurros que llegaba

tarde. Encogí los hombros sonriendo en señal de arrepentimiento.

Anna que llevaba un brial bajo la saya y un manto blanco hizo su aparición unos minutos después. Delante de todos prometió fidelidad y un heredero, y mi hermano le garantizó protección, seguridad y riqueza mientras le colocaba un anillo de oro con un gran zafiro engarzado para reforzar su compromiso.

Se cogieron de manos, subieron el escalón y se dieron la vuelta para presentarse como príncipes de Gwerth. La música sustituyo levemente al sonido de los aplausos y los asistentes se dispersaron hacia el banquete. Mi tía por fin me abrazó y cogiendome de hombros dio un paso hacia atrás para verme mejor.

– Estas radiante querida Mila. Te has convertido en una hermosa criatura. Siempre has sido muy hermosa desde pequeñita pero ahora.. debes estar volviendo locos a todos los nobles de Rotherland. Seguro que nadie puede resistirse a esa cintura y esos labios, y mira como tienes el cabello, brillante y con tanto volumen.

Reí ante su comentario. Mi tía Millie siempre hablando sin parar, a veces tan rápido que costaba seguirle el paso. v

– Nada que ver tía, ninguno se me acerca, creo que les doy miedo o algo.

– No digas tonterías, seguro que los tienes a todos babeando.

Uno de los sirvientes nos acercó un poco de vino y la tía Millie me arrastró al lateral para sentarnos un poco más alejadas.

– He visto a tu padre. No esta nada bien. ¿Seguro que ese médico es confiable?

– Si tía, es el mejor de todo Gwerth, ha estudiado en la misma universidad que tu marido, y lo he visto trabajar, tiene unas manos milagrosas. Lo de mi padre no puedo explicarlo. Si el no ha podido hacer nada, dudo que alguien más pueda hacerlo. – dije apenada mientras tomaba un poco de vino. – No hay nada que podamos hacer salvo esperar.

– Creo que no debemos esperar a que se recupere o muera. Tu padre debería darle el poder a tu hermano y coronarlo ahora.

– ¡Pero si no puede ni asistir a la boda de su hijo! ¿Cómo se presentará a una coronación y guiará el acto?

– Se correrá el rumor tarde o temprano de que esta aquí en cama y no en

Altos de Milos. – Me respondió con sinceridad.

– Sabemos que sucederá pero lo que necesitamos es tiempo. Mi hermano esta absorbiendo poco a poco sus actividades y responsabilidades, para que no cause mucho impacto si pasa lo peor.

– Hay querida, pobre niña mía. No tuviste tiempo de conocer a tu madre y ahora tu padre esta.. – hizo un pausa negando con la cabeza. – Pero nunca estarás sola, lo sabes ¿no?. Yo me encargaré y velaré por ti siempre.

Bajé la mirada mientras acercaba su mano a mi cabeza y me acariciaba el cabello.

– Siempre has sido mi favorita. No se lo vayas a decir a tu hermano, pero es así. – dijo intentando animarme.

– Creo que ya lo sabe, y no lo reprocharía, has sido como una madre para mí.

– Lamento haberme distanciado tanto, pero Altos de Milos esta tan lejos, y tus primos y tu tío me dan tanto trabajo. – se excusó y luego se quedó pensativa. – Ahora que lo pienso, deberías venir a Milos a verme. Podrías pasar allí unos meses y acompañarme a todos los eventos. Así te depejas un poco de todo esto. Te presentaré a todas mis amistades y quien sabe si quizás al amor de tu vida, hay muchos jóvenes guapos en el norte.

Reí ante su elocuencia. Mi tía había sido siempre muy expresiva, un poco entrometida pero siempre con buenas intensiones, y yo sabía que me apreciaba mucho.

– Creo que me vendría bien cambiar de aires, pero sólo con la condición de que retomemos las clases de baile. – le dije sonriendo porque sabía que le haría ilusión.

– ¡Por supuesto! ¡Hay que alegría! Frank se pondrá muy contento cuando le cuente.. Ahora que lo pienso porque no vuelves conmigo dentro de un par de semanas y así nos hacemos compañía en el largo camino. – dijo pisándose sus propias palabras.

– No creo que sea un buen momento ahora que mi padre esta enfermo.

– El doctor dice que lo más probable que la recuperación será larga. Y tu misma has dicho que no hay nada que podamos hacer salvo esperar.

– Pero tía..

– Estoy segura que si subimos ahora y le preguntamos a tu padre dirá que te vengas conmigo lo antes posible y que no te preocupes por el.

– Esta bien tía Millie – acepté por fin sabiendo que decía la verdad.

Mi tía sonrió, se levantó y me guió entre los invitados mientras iba comentando los detalles de la fiesta, los ingredientes de los aperitivos y los vestuarios de los presentes.

– Como se nota que has metido la mano en la organización. Si fuese por tu hermano la decoración sería secundaria. Habría traído primero bufones y tigres para dar un buen espectáculo.

– O serpientes.. parece que ahora le atraen. – dije sarcástica.

– Seguro que detrás de ese comentario hay una historia interesante, porque no me lo cuentas mientras vamos y comemos algo.

Nos dirigimos a la zona del banquete y nos pusimos al día de todo lo que había pasado en nuestras vidas desde que no nos veíamos, unos dos años atrás.

Un par de horas después mi hermano se acercó a nosotras para despedirse con su nueva esposa. Era el momento de dirigirse a su recamara a consumar su matrimonio, donde se convertirían definitivamente en marido y mujer. La pobre Anna se veía muy nerviosa pero yo sabía que mi hermano la trataría como toda una princesa, literalmente.

Me quedé con mi tía atendiendo a los invitados hasta que ya le había presentado a todos y cada uno de los condes, nobles y señores del reino. Millie había discutido con ellos de todo tipo de temas, desde la suavidad de los violines y las telas nuevas traídas de oriente hasta la complejidad del proceso de añejado de las uvas para el vino que bebíamos. Su capacidad para hablar constantemente y tratar todo tipo de materias me tenía sorprendida pero también mareada.

Me despedí finalmente cuando quedaban pocos presentes y subí a mi recamara. Cuando me disponía a entrar escuché susurros en la habitación de Mery. Toqué la puerta y entré con curiosidad. Sentado sobre la cama Isac sostenía un libro que leía con pausa y buena entonación. Me acerqué despacio para ver que Mery, acostada en medio del edredón, entrecerraba los ojos a punto de dormirse.

Isac se llevó el dedo a la boca para indicarme que hiciera silencio y siguió leyendo con un tono más leve y lento. Al cabo de un rato la pequeña dejo cerrados sus ojos y Isac se levantó para cubrirla con la manta. Abrí la puerta secreta con cuidado de no hacer ruido y le hice señas a Isac antes

de meterme en el pasadizo.

– No se si me costó más que se durmiera o que dejara de llorar.– dijo al entrar.

– ¿Cómo? ¿Pero que ha pasado?

– Estaba llorando a mares cuando Sarah me llamó.

– ¿Y porqué Sarah no me ha dicho nada?

– Por sabía que no debías de abandonar la boda de tu hermano para venir a consolarla, cosa que sin duda harías si te hubiese dicho algo.

– ¿Porqué lloraba? ¿Por sus padres? – le pregunté mientras se acercaba y se tumbaba en el sofá a mi lado.

– Supongo que sí, pero no hay forma de saberlo. Sigue sin querer hablar.

– Me preocupa que no lo vuelva a hacer.

– Sarah me ha contado que el otro día vio como se acercaba a la oreja de Malik y parecía susurrarle algo.

– ¿De verdad?

– ¿Me pregunto qué le habrá dicho?

– Supongo que nunca lo sabremos, pero me alegro de oírlo, al final el niño le ayudará, ya lo verás. – Isac asintió y luego se llevó la mano hacia su muslo derecho. – ¿Cómo sigues?¿Te duele mucho?

– Un poco, el doctor me ha cosido la herida así que lo noto cuando doblo la pierna o se tensa. Pero no ha sido nada la verdad, peor lo esta pasando el otro guardia que lleva un hueco en el estómago.

Abrí los ojos de par en par alarmada por la noticia y por su tono indiferente.

– Esta bien, no te preocupes. Quizás he exagerado un poco, sólo lleva un corte en el abdomen. – Soltó sonriendo.

– No deja de sorprenderme señor Isac.- dije negando con la cabeza.

– Ni tu a mí. – añadió cambiando la risa por un susurro serio.

Volteé para mirarle y noté en sus ojos sus intenciones. Bajé la mirada nerviosa y me puse de pie. Camine hacia la ventana e intenté vislumbrar

las montañas en el fondo, aún verdes a pesar del fuerte verano. Las fuertes lluvias que caían sin cesar esos días creaban nubes de vapor y niebla por doquier y no dejaban ver más allá de unos pocos metros.

– Mi tía me ha pedido que vaya a pasar con ella una temporada. – le conté luego de un rato.

– ¿Y tú quieres irte? – me preguntó.

– La verdad es que no lo sé. No quiero dejar a mi padre como está, pero la verdad es que ahora no puedo ni entrar a su habitación a verle.

– ¿Y los niños?

– Podrían venir conmigo. En altos de Milos están los mejores profesores, podrían enseñarles a leer, aprender algún idioma o tocar algún instrumento.

– ¿Y los hombres de Harness?

– Ahora que has vuelto con todos los sobrevivientes se cerrarán los caminos al sur, los hombres de Harness no podrán acercarse y esa gente estará a salvo en Hopeland. Mi labor ha terminado, no puedo hacer nada más.

– Entonces ya tienes tu respuesta.

– Creo que me vendrá bien un tiempo lejos del castillo. – admití con una sonrisa.

– Iré contigo. – dijo mientras se levantaba y posaba sus manos sobre mis hombros. – No quiero tenerte lejos.

Comenzó a bajar sus manos acariciendo mis brazos hasta apoyarlas en mi cintura. Cerré los ojos entre asustada y molesta y me di la vuelta para enfrentarlo.

– Isac no sigas. – le dije intentado sonar demandante pero sonó más bien como una súplica.

– No puedo evitarlo. – me susurró mientras se acercaba a mi cara.

– Esto que hay entre tu y yo no puede continuar. – le rogué mientras bajaba la mirada.

– Esto que hay entre tu y yo no hay forma de evitarlo. – dijo colocando

una mano sobre mi mejilla.

Subí la mirada para encontrarme de nuevo con sus ojos llenos de deseo. Sus manos pasaron de mi cintura a mi espalda y me atrajeron hacia el. A escasos centímetros de su boca pronunció las palabras que quedarían marcadas para siempre en mi mente y en mi corazón.

– Si tu supieras Camila lo que provocas en mí.. Si supieras que durante este mes lejos de ti no he dejado de pensarte y que desde que te conocí no he dejado de soñarte.. Si supieras que me vuelves tonto y a la vez valiente, me vuelves loco y a la vez elocuente.. Si supieras que has volteado mi mundo de arriba abajo y te has convertido en la razón de mi existir.. Si supieras todo esto no me pedirías que me aleje de ti, porque sabrías que es imposible.

Sus palabras me dejaron paralizada, atontada bajo la profundidad de sus sentimientos. Isac seguía mirándome fijamente, pero esta vez pude notar una súplica escondida tras sus ojos. Me pedían que me dejara llevar, que no lo rechazara.

Isac me atrajo hacia el para finalmente posar sus labios sobre los míos. Me besó suavemente y luego apretó su boca más fuerte sobre la mía esperando mi reacción. Yo intentaba pensar, ¿qué hacía allí?, ¿qué debía hacer?, ¿qué estaba pasando?, pero su olor me nublaba la mente. Cerré los ojos y abrí mi boca suavemente para dejar que me besara a la vez que abría mi corazón para dejarle entrar.

El beso se prolongó, y nuestros cuerpos unidos comenzaban a querer más. Mis piernas comenzaban a temblarme y tuve que apoyarme de la ventana para no caer mientras Isac seguía besándome con urgencia. Su cuerpo se pego al mío aprisionándome contra la pared y sus manos me recorrían la espalda con necesidad. Mis manos se entrelazaron en su pelo y bajaban hacia sus mejillas y su cuello.

Isac bajó las manos hasta mis muslos y me alzó en el aire sin dejar de besarme. Me llevó a través de la habitación y me posó suavemente sobre la cama sin que nuestros cuerpos se separaran ni un milimetro y continuó besándome con suavidad. Luego de unos minutos separó levemente sus labios de los míos y me sonrió. Luego cambio el gesto al ver en mi mirada el pánico y el miedo que comenzaba a invadirme.

– Isac.. – comencé sin lograr decir nada más.

– No tengas miedo, no haré nada que no quieras hacer Camila. – dijo echándose de espaldas a mi lado.

Suspiré aliviada y Isac volvió a sonreír. Colocó su brazo bajo mi cabeza y me atrajo hacia su pecho. Nos quedamos allí mirándonos y acariciándonos

durante lo que parecieron horas. Finalmente me quedé dormida entre sus fuertes brazos con una sonrisa en mis labios.

Cuando desperté le sorprendí mirándome. Sentí que debía alarmarme pero sus ojos me trasmitían una sensación de tranquilidad y seguridad. Le sonreí y posó su dedo sobre mis labios, recorriéndolos suavemente.

– En cualquier momento entrará Sarah para despertarme. - dije con tristeza.

– Vendré a verte de nuevo esta noche. – dijo con determinación mientras apoyaba su cabeza sobre su puño.

– Deberías estar descansando. – le dije acariciando su pecho herido.

– He descansado como nunca. – dijo sonriendo.

Sonreí de vuelta y me levanté de la cama aún vestida. Me metí en el cuarto de baño y le lancé un beso antes de cerrar la puerta.

Durante toda esa semana Isac volvía a mi recamara luego de acostar a Mery y nos besábamos y hablábamos durante horas, conociéndonos y descubriendo cada vez más razones por las que nos gustaba pasar tiempo juntos.

Isac nunca me hablaba de su pasado y yo no le preguntaba tampoco. Suponía que no tenía nada que contar. Tampoco es que lo evitara o cambiara de tema.

Pocas veces me hablaba de su infancia y de como le gustaba ir a cazar con su hermano mayor a un bosque cercano, en donde aprendió a usar el arco. De cómo le encantaban los pasteles que le preparaba su madre y los hoyuelos que se formaban en la boca de su hermana menor cuando sonreía.

Lo que si compartíamos eran horas de discusiones sobre hechos y sucesos del pasado, y descubrí que Isac era muy culto. Tenía conocimientos en geografía e historia así como mostraba tener fuertes dotes para la política y la economía pero nunca me pregunté como los había obtenido. No me causaba curiosidad su pasado, me mantenía impresionada en el presente. Entre nosotros, todo era muy natural, era muy sencillo hablar con él y todo surgía de manera espontánea, nuestros encuentros diurnos y los nocturnos se sucedían sin planificación y sin prisas, hasta que al final pasó lo inevitable.

Una noche entre besos y caricias me vi en ropa interior bajo su cuerpo semidesnudo. Me había dejado llevar y con sus habilidosas manos logró quitarme el vestido sin que me diera ni cuenta. De repente sentí como sus

manos caminaban por mi vientre y bajaban hacia el interior de mis muslos. Apenas me tocó lo empujé con fuerza y salté de la cama corriendo hacia el cuarto de baño cerrando la puerta con fuerza.

– Camila vuelve. Prometo no seguir. – me dijo desde el otro lado de la puerta. - No haré nada que no quieras, ¿recuerdas?

– Y ¿porqué lo has hecho?

– Porque pensé que si lo querías. – exclamó sincero.

– ¡No! ¡No lo quiero!, esto no puede seguir.- le grité.

– Camila, sabes que eso no es verdad. – dijo con voz suave.-

– ¿Porqué te niegas a lo que ambos queremos con locura?.

– Por que no puedo. Y nunca podré.- le solté.

– Nadie tiene que saberlo más que tu y yo.

– Vete.- le solté con un grito ahogado.

– Camila…- susurró tristemente.- – Nunca haría nada para herirte, lo sabes, ¿no?

– Vete. – dije derrotada.

Isac salió de la habitación y yo me lancé sobre la cama, mientras mis mejillas se llenaban de lágrimas.

A la mañana siguiente fui a ver a la tía Millie y le pedí que adelantáramos el viaje. Me despedí de Antón y de mi padre a través de la puerta. Le pedí a Sarah que recogiera mis cosas y las de los niños y nos fuimos esa misma tarde sin siquiera una nota de despedida.

Me sentí mal por haber dejado las cosas así y por haberlo dejado en Gwerth pero ya estaba hecho y aún seguía pensando que era lo mejor, sin embargo eso no me ayudaba a sentirme mejor. Decidí entonces escribirle una carta durante el viaje que me permitiera explicarme y calmar un poco mi conciencia.

"Isac. Lamentó haber partido sin despedirme pero estoy convencida que fue lo mejor que pude haber hecho. Sabía que si te volvía a ver, caería de nuevo en la tentación de arrojarme en tus brazos.

Tenías razón en decir que yo también lo deseaba porque es así, pero cuando eres una persona como yo no puedes darte el lujo de hacer lo que

deseas, simplemente no puede ser y eventualmente acabaría de una forma u otra. Siento si la decisión te ha tomado por sorpresa y permíteme asegurarte que no es por culpa tuya.

No puedo darte más razones que las obvias. Soy un princesa, la próxima al trono hasta que mi hermano tenga su descendencia, y el tener un amante deshonraría a mi familia y a todo el reino.

Si las cosas fuesen diferentes, no dudaría en estar contigo y abrirte mi corazón. Eres un hombre increíble y una persona maravillosa al que no le costará mucho robarle el corazón a una buena mujer que si pueda corresponderte.

Espero que durante este tiempo pueda brindarte el espacio necesario para que puedas olvidarme y retomar tu vida como espero hacerlo yo.

Sin más que mis sinceras disculpas, Camila."

Sellé la carta y se la entregué al cochero que volvía al castillo luego de dejarnos en Altos de Milos, sintiendo un ligero alivio dentro de mi pecho. Era el momento de cerrar esa puerta y comenzar a disfrutar de mi estancia en esa emocionante ciudad.

Capítulo 12

Altos de Milos

Mi tío Frank había sido nombrado el conde de la ciudad por mi padre cuando asumió su reinado y desde entonces su matrimonio con mi tía Millie había sido sellado. Era un hombre inteligente, bondadoso y amable, y se había ganado el cariño y el respeto de todos de todos los nobles y apoderados de la zona.

Altos de Milos se había convertido entonces en la sede de la cultura y la ilustración. Personas de todos lados venían a la ciudad a estudiar y a codearse con expertos en materias de teología, física y arte para discutir y rebatir teorías sobre todo tipo de asuntos.

La universidad era el principal eje sobre el que se movía la ciudad. Su presencia otorgaba prestigio y traía riqueza a toda la población y sobretodo a sus líderes, además de proporcionarles apoyo ideológico favoreciendo la consolidación de su poder.

La casa donde vivían mis tíos, aunque parecía una casa de campo con un río y praderas alrededor, era por dentro un auténtico palacio. Los muros de piedra internamente iban pintados de beige que contrastaban con la madera noble oscura de puertas y ventanas con estructura apuntada. La habitación que me habían asignado, tenía una gran cama con dosel en el centro y tupidas telas de terciopelo granate hacían de cortinas y ropa de cama. Todos los muebles, baúles y armarios eran de madera robusta, del mismo color que las vigas que cubrían el techo abovedado de increíble altura desde el que suspendía una gran lámpara de hierro forjado.

Me preguntaba como hacían para encender las velas a esa altura cuando un par de criados entraron en la habitación ofreciéndome palanganas y paños para limpiarme.

Los primeros días en Altos de Milos fueron una tortura para mí. Me sentía triste y con el corazón hecho pedazos y aún así debía aparentar delante de todos los invitados de mi tía que cada día caían por el palacete para conocer a la princesa.

Durante mi estancia se organizaron bailes, representaciones teatrales y banquetes con abundancia y lujo evidentemente, pero ese primero fue el más esplendoroso de todos. Hermosamente decorado, amenizado con vino que iban escanciando los coperos y platos principales desde el que

podías escoger entre venado, jabalí o buey.

El baile que se celebró después del banquete era todo un espectáculo. Varias parejas bailaban al son de una orquesta formada por tambores, flautas y laúdes. Esta danza viva y alegre que tenía la peculiaridad de su paso saltado, era el mismo que mi tía me había enseñado de pequeña y el que había aprendido de cabo a rabo, bailando por los pasillos del castillo cuando nadie me veía.

– Querida esta es tu prima Laura, la hija de mi prima Katherine. Esta pasando con nosotros una temporada para estudiar. – dijo mi tía luego de varias presentaciones.

– Princesa, gusto en conocerle.

– Que formalidades son esas, ¡eres mi prima! – le dije mientras le abrazaba.

– He escuchado mucho de ti.

– Es muy raro que nunca nos hayamos conocido, pero ahora que tenemos la oportunidad no debemos desaprovecharla.
Podríamos ir a clases de baile juntas. – dijo emocionada.

– Me encantaría. – admití.

– ¿Es tan fascinante la vida en el castillo como dicen?

– Tiene sus cosillas, pero no te creas, esta casa también tiene lo suyo. – le dije sonriendo.

– Bueno niñas, ya se pondrán al corriente. Ahora vienen los bailarines – dijo llevándonos hacia el centro de la pista.

Varias muchachas con cintura delgada se dispusieron en círculo y comenzaron con su presentación. Sus trajes de seda se movían tras ellas dejando una estela de belleza que mantuvo a todos los presentes embelesados. Luego del primer baile la música se avivó y entraron en escena varios hombres subidos en altas plataformas que lanzaban papelillos desde arriba, otros de coloridos vestidos lanzaban tres y cuatro bolas al aire sin dejarlas caer. Mi prima y yo mirábamos sorprendidas con la boca abierta. Sin duda era espectáculo como ningún otro que haya visto y cuando terminó todos los asistentes aplaudieron con fervor.

En el jardín que se había decorado con antorchas y coronas de flores, se habían instalado varias carpas de colores con distintas funciones.

Laura y yo entramos juntas a la primera donde un hombre nos sorprendió adivinando el color y letra escrita en una carta que escogimos del montón y sacando un ramo de flores debajo de su manga.

Encantadas y alegres entramos en la segunda tienda. En el interior estaba decorado de manera muy extraña. Telas que colgaban de arriba sujetaban a unos cuantos pájaros encerrados en pequeñas jaulas de madera, los cuales saltaban de lado a lado sin emitir ningún tipo de sonido. Dos baúles de madera oscura a cada lado de la entrada cubiertos de piel de algún animal peludo hacían de repositorio de varios libros antiguos y en el fondo se distinguían varios estantes llenos de frascos de vidrio con todo tipo de hierbas y otros elementos que no lograba distinguir.

Mi prima y yo nos sentamos en unos pequeños taburetes frente a una gran mesa con un mantel negro que se encontraba en medio de la estancia sobre una alfombra morada.

A pesar de que en el exterior se estaba celebrando una gran fiesta y que había cientos de invitados rondando por ahí, no se lograba escuchar ni un sonido dentro de la tienda, cosa que me dio un poco de miedo. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando la puerta se abrió dejando pasar la briza.

Una mujer mayor con el pelo totalmente blanco entró quitándose la capa negra. Se sentó frente a nosotras y se quedó mirándome con angustia en sus ojos.

– Perdonen haberles hecho esperar. Ahora me dirán que desean de mí. ¿Alguna poción especial?

– ¿Para qué sirven? – preguntó Laura emocionada.

– A ver, tengo de todo.. – dijo acercándose a la estantería. - Esta evita el envejecimiento de la persona que la bebe, esta otra protege de las malas lenguas, esta puede calmar el dolor de casi cualquier mal, esta hace que el hombre ideal se enamore de una chica guapa como ustedes.

Solté un bufido aguantándome la risa mientras mi prima extendía la mano para pedirle la última que la vieja señalaba.

– Uno nunca sabe prima, hay que probarlo todo en esta vida. – dijo seriamente.

– Coloque la piedra cerca de su pecho mientras habla con el caballero en cuestión y verá los resultados. – le dijo entregándole la piedra. – Y a usted en que puedo servirle.

– No creo que tenga nada para mí. – dije incrédula.

– Seguro que algo puedo hacer por usted.

– Discúlpeme si no soy creyente, no creo que lo mío se pueda solverntar con unas hierbas.

La señora giró su cabeza ante mi respuesta analizándome con su mirada.

Si me permite su mano puedo intentar adivinar eso que tanto necesita.

Moví mi cabeza levemente de lado a lado un poco cansada de la insistencia de la vieja que claramente estaba un poco tocada, pero mi prima cogió mi mano y la colocó en medio de la mesa. La mujer esperó mi aprobación y yo asentí esperando que se diera prisa para volver a la fiesta.

– Veo que has tenido una vida llena de lujos. Has sufrido poco y siempre has estado bajo extrema protección.

Asentí frustrada del gran descubrimiento de la vieja, que cualquiera que supiera que era una princesa me habría podido decir.

– Continúe por favor.– soltó Laura al ver mi semblante ofendido.

– Veo también que hace poco un familiar muy cercano a usted ha sucumbido ante una enfermedad muy grave.- Soltó sin más dejándome boquiabierta, aunque intenté no mostrarlo en mi cara para no darle la razón. – Esta persona es muy importante para usted pero veo también hay otra persona que recientemente ha entrado en su vida.. y se ha ganado su corazón.

La mujer intentaba leer mi cara y yo intentaba mantenerme firme ante sus palabras. Pasó los dedos con el medio de mi palma viendo con detenimientos las líneas que la recorrían.

– Sin embargo esa persona que siempre llevará en su corazón no será su pareja. Me parece que es un amor imposible. – se detuvo esperando algún indicio de mi parte, pero permanecí en silencio, impresionada por lo acertado de su discurso. – ¿Quiere que continúe?

– Asentí un poco asustada de las predicciones que esa mujer podría soltar sobre mi vida.

– La persona con la que formará una familia aún no ha llegado a su vida, pero me temo que falta poco para eso. Con su llegada, llegarán también noches de tormento y tendrá que afrontar una decisión muy importante.

Su vida desde el momento que que tome esa decisión no será nada fácil.

La mujer siguió recorriendo la líneas de mi mano con curiosidad hasta que se detuvo abriendo los ojos de par de en par. Soltó mi mano y se levantó de la silla. Me quedé perpleja ante su expresión.

– ¿Qué es? – preguntó Laura asustada.

– Veo dolor y pérdida.

Me levanté del taburete que cayó hacia atrás alterándome un poco más y saliendo de la tienda con prisa me dirigí a mi habitación con el corazón en un puño y las preocupaciones rondándome la cabeza. Me encontraba extremadamente sensible desde que salí de Gwerth y hasta el más mínimo comentario me hacía saltar, las presentaciones musicales suaves me hacían suspirar y hasta en las representaciones teatrales me sentía reflejada.

Estas actuaciones que se daban en el palacio una vez a la semana, donde los actores interpretaban entrabadas historias sobre hechos del pasado en forma de comedia, eran el momento favorito de los niños, que junto con los hijos de la tía Millie formaban un grupo bastante peculiar. Sin embargo para mí eran una mera distracción a mis sentimientos encontrados hasta la tercera actuación que me hizo llorar a mares. Era una versión de una poesía con un cierto toque de humor, pero yo lo sentí como un drama evidente.

Una pareja que vivía un amor imposible. La hija de un conde y un vasallo, habían simulado un rapto para poder casarse. Sin embargo el padre descubrió la mentira y los desterró sin ninguna herencia ni dote, obligándoles a empezar de nuevo como campesinos. Ellos se marcharon y lograron sobrevivir, unidos y protegidos bajo su gran amor. Sin embargo unos años más tarde el padre arrepentido le mandó a llamar. Había logrado disolver el matrimonio para que ella pudiese casarse con un noble y recuperar su posición. El vasallo en su desesperación intentó matar al noble pero falló y fue encarcelado para luego ser colgado frente a la hija del conde. Ella no pudo llevar día a día el dolor de perder a su amor y se lanzó de lo alto de una torre.

La historia me hizo pensar en Isac y en nuestro futuro. Tuve que correr a mis aposentos para que no me viesen llorar.

Al cabo de un rato alguien toco la puerta. Era la tía Millie. Maldije a mis adentros. Si había una persona a la que era imposible mentirle era a ella.

– Querida como te has puesto. – dijo acercándose y pasando un brazo

sobre mi hombro. – Ven aquí no me llores más.

– Lo siento tía, es que.. – dije sollozando.

– Lo entiendo mi cielo, no tienes que explicarme nada. Es una historia muy triste pero a la vez muy común. Nosotras no podemos darnos el lujo de creer en el amor.

– No es justo.. – solté.

– No lo es, pero así son las cosas, y hay que aceptarlo. Sin embargo quien sabe y quizás tengas suerte como la he tenido yo.

– ¿Tu amas a mi tío?

– No lo amaba al principio de eso puedo asegurarte. Y tampoco llegué a amarlo nunca como cuentan las historias, con tanta pasión y desenfreno, pero si lo quiero y mucho.

– ¿Llegaste a amar alguna vez a alguien así?

– Sólo en mi imaginación – rió entre dientes.

Le miré con admiración. Mi tía era un mujer increíble. Sus sentimientos eran buenos pero no sólo era eso. De ella nunca se escuchaba una queja, un malestar o una negación. Era una mujer perfecta, nunca le pasaba nada o sabía esconderlo muy bien. Tenía que ser más como ella y esconder mis sentimientos en un cajón y dejarlos ahí cerrados para que nadie los viera.

– Lo mejor para ti será que apresures el momento.- me dijo al ver mi desanimo. – Mientras más tiempo esperes para casarte, más tiempo tendrás para conocer a alguien que no debes.

Oh tía si tu supieras.. pensé a mis adentros.

– Ya llevas aquí un mes, ¿No han conocido a algún joven que te guste aunque sea un poco?

– La verdad es que no.

– Es que los locales son muy egocéntricos, eso lo sé yo de sobra. Quizás lo que deberíamos hacer es dar una cena de gala con los mejores pretendientes de Rotherland y Larthos así los tendrás a todos y podrás comparar.

– No creo que sea necesario tía.

– Invitaremos a todos los condes y marqueses, conozco también algunos duques y príncipes que podrían estar interesados.

– Tía..

– Anda, sólo para que eches un ojo ¿qué te parece?

– Esta bien – dije finalmente - ¡Pero sin presiones!

– De acuerdo, es un trato. Desde ya comenzaré con las invitaciones. ¿Cómo te gustan? Morenos, rubios, altos... ¿con barba?

Reí con fuerza ante su soltura y ella rió conmigo. Como sabía animarme esa mujer que al final siempre terminaba saliéndose con la suya.

Los siguientes días aproveché para disfrutar del aire cálido de la costa. En Gwerth ya estaba por terminar el otoño, y sin embargo allí aún habían campos floreados. Me acercaba con Sarah y con los niños al río y los dejábamos jugar con las piedras mientras nosotras practicábamos la lectura.

– "Y entonces, la lanzo y le pego con fuerza"

– Debes acentuar el final de las acciones, la lanzó y el pegó. – le corregí.- así suena mucho más emocionante.

– Cuando pensaba que ya lo tenía todo dominado.. pero mira que complicado, como querré ponerle emoción a un hombre que le pega a su mujer.

– Es verdad, deberían encerrarlo y ahorcarlo, sin acentuación.

Ambas reímos con fuerza y Sarah siguió leyendo marcando con exageración cada palabra mientras yo terminaba de dar de comer al bebé y lo colocaba encima de su cesta.

– Camila, ¿Puedo preguntarte una cosa? – me dijo de repente.

– Si claro.

– ¿Cuándo volveremos?

Me sorprendí ante su pregunta y le mire extrañada.

– ¿No te gusta esta ciudad? – le pregunté.

– No es eso, la verdad es que todo es muy bonito y más cálido, pero sólo me gustaría saber.

– ¿Es por Elliot verdad? – le pregunté mirándole esperando su reacción, sin embargo se cogió de hombros y con ambas manos y se abrazó las piernas. – No tienes que esconderme nada Sarah.

– Es que se cuanto luchaste porque tu padre me diera un nombre y pudiese casarme con algún un noble.

– Pero el amor vale mucho más que cualquier riqueza, puedes casarte con quien tu quieras, aparte que Elliot es un buen hombre, yo creo que hacen una linda pareja.

– ¿Te parece?

– Si, y se nota que ambos se gustan mucho.

– No es sólo eso Camila, es mucho más, es admiración, respeto..

Suspiró absorta en sus pensamientos y de repente sentí una punzada de envidia. Me odie por ello, más bien debería haberme alegrado que algunos si pudiesen vivir su propia historia de amor.

– Me gustaría quedarme un tiempo más Sarah, no creo que esté aún preparada para volver a la vida del castillo.

– No es tan mala la vida del castillo, y aparte allí tienes a tu familia, tus amigos del bosque.. y a Isac.

Le brindé una sonrisa melancólica y me giré para mirar hacia el atardecer.

– Vamos a ver que pasa en estos días y en la fiesta que la tía Millie esta organizando, quizás quiera salir corriendo dentro de una semana.

– Tiene toda la pinta de que será un magno evento. – dijo con una sonrisa. – No te preocupes por mí Camila, ya volveremos eventualmente.

– ¿Por qué mientras tanto no intentas escribirle cartas?, hará que te sientas más cerca de él y seguro que le hará ilusión recibirlas.

– Lo intentaré, ya sabes que mi ortografía no es muy buena.

– Te servirá de práctica entonces.

Seguíamos con la lectura cuando de repente escuché un grito. Volteé rápidamente para ver a los niños pero no estaban allí. Me levante deprisa y recorrí el río con la mirada. Donde estábamos nosotras no había corriente y las pequeñas piscinas que se formaban entre las rocas no eran muy profundas, así que era imposible que les pasara algo allí. Mire de lado a lado de nuevo preguntándome en que momento les había perdido de vista, y me horrorice al pensar que algo podría haberles sucedido. Escuché de nuevo otro grito que me guió hacía arriba donde corrí con el río a mi derecha.

Subí una pequeña loma hasta que mas adelante visualice a Mery, estaba agachada sobre el río con una rama en su brazo. No fue hasta que pude acercarme más cuando pude ver que sobre la rama estaba Malik que se agarraba con fuerza ante una pequeña caída.

Llegué hasta ellos y me metí en el río sin pensarlo. Cogí al niño y lo levanté sobre mis hombros, la corriente era bastante fuerte y los zapatos me resbalaban contras las rocas en el fondo. Sarah había llegado hasta nuestro encuentro con el bebé en brazos y me extendió la mano para ayudarme a salir. Cuando por fin estábamos fuera miré al pequeño que lloraba sin para pero estaba bien. Mery me abrazó y comenzó a sollozar.

– No sabía que hacer… cayó al río y no podía nadar.. yo tampoco se nadar.. se ahogaba.. pensé que moría..

Lloraba y escupía las palabras, sin orden ni sentido, pero su voz, escuchar su voz fue increíble, era suave y tersa, era fascinante.

– Mery hiciste lo correcto y le salvaste la vida. Si no hubieses gritado no hubiese podido venir a ayudarles.

– Lo siento, lo siento, lo siento.

– No debería haberles quitado el ojo de encima. Discúlpame a mí.

Mery me miró de nuevo y volvió a abrazarme. Lamenté que fuese de esa forma que recuperase el habla pero me alegré igualmente. Volvimos empapados al palacio para sentarnos juntos al fuego.

Esa misma noche Mery me contó lo sucedido en Tiwu. Como había visto que mataban a sus padres mientras ella se escondía bajo la cama, y como corrió hacia la casa del herrero para refugiarse antes de que quemaran su casa.

Dejé que se desahogara y la acosté a mi lado, arrullándola hasta que

quedo dormida entre sollozos.

Una semana después se llevo a cabo en el palacio la tan esperada fiesta. Había estado toda la semana practicando el baile y midiéndome el vestido para tan galante noche. Y fue mucho mas de lo que esperaba. Mi tía no había escatimado en gastos y parecía haber invitados a todos los nobles y condes del mundo.

Pase la primera hora siendo presentada a todo tipo de hombres, bajos, altos, gordos, flacos, jóvenes y mayores. Sólo había algo que tenían en común: riqueza, tierras y poder.

Fue esa noche la que conocí a Trivol. Su cabello rubio tan largo como su espesa barba bien cuidada escondían un poco sus facciones pero en sus ojos azules pude ver a un hombre bueno pero cansado, a quien la vida no había tratado del todo bien.

– Camila querida, quería presentarte a Trivol Levant, conde de Trenton, ha venido de muy lejos a conocerte.

– Encantado de conocerle por fin mi señora.– dijo agachando su cabeza.

Llevaba una capa de terciopelo azul que combinaba con sus ojos, y debajo un chaleco negro bordado en dorado. Era elegante pero tosco, fuerte y grande.

– Si me permite el atrevimiento veo que ya esta cansada de conocer gente nueva y no quedarse ya con ningún nombre. ¿Quiere que bailemos? – se atrevió ofreciendo su mano.

– La verdad si estoy un poco cansada de tantas presentaciones.- dije mirando a mi tía.– Pero también un poco hambrienta. Siento que podría desmayarme ante sus pies si me muevo mucho. Agradecería que la oferta nos llevara primero de camino a la comida. – dije colocando mi mamo sobre la suya.

– Vayamos a la mesa entonces, aunque no le aseguro que quede mucha variedad.

– Les dejo entonces, ven a verme más tarde Camila, quiero presentarte a alguien muy importante. – dijo mi tía antes de distraerse con otro invitado.

Caminé junto a Trivol hasta la mesa donde hace un par de horas estaba repleta de todo tipo de exquisiteces pero que ya estaba casi vacía.

– Parece que tenía usted razón. Los invitados han venido con hambre. Que le parece si nos acercamos a la cocina y robamos algo de la siguiente

encomienda.

– Muy justificado si la vida de una princesa depende de ello.

Me reí de su comentario y salimos juntos del salón, lejos del barullo y de la música. Nos dirigimos hacia la cocina donde pedí un plato de lo que estaban preparando y me senté con Trivol en una pequeña mesa del servicio.

– Una princesa sentada en taburete de cocina. Y pensé que lo había visto todo ya en esta ciudad.

– ¿Es emocionante verdad? La gente aquí es tan fascinante, diferente, culta pero alocada.

– Es lo que tiene ver el mundo y conocer distintas culturas. Te hace replantearte el cómo has vivido así tantos años.

– ¿Lo dice por experiencia propia?

– Llevo casi cinco años formándome en la universidad. Mis asuntos en Trenton no me permiten estar de continuo pero intento venir al menos cada dos meses.

– Pensé que había venido solo para verme. – admití mirándole de reojo.

– Si hubiese estado a mil kilómetros también hubiese venido, solo me he ahorrado el viaje, aunque hubiese valido la pena. Es usted tan hermosa como dicen. Aunque supongo que no es la primera vez que lo escucha..

Negué con la cabeza y comí del plato recién servido.

– Debo entonces mejorar mi discurso. Résteme un punto, lo ganaré de nuevo luego.

Pasé con Trivol el resto de la celebración. Bailamos y salimos al jardín a conversar. Era un hombre muy interesante y aunque me intrigaba un poco la tristeza en su mirada decidí que aún no era momento para meterme en esos asuntos.

Cuando volvimos a la fiesta mi tía nos interrumpió. Trivol se excuso para ir a beber algo luego de que mi tía le diera un repaso de ojos e inclinara levemente la cabeza.

– Camila, ¿dónde estabas? Te he buscado por todos lados, me gustaría hacer una última introducción. Una última lo prometo. – dijo cuando

incline la cabeza y entorne los ojos.

Caminé junto a mi tía que me cogía por el brazo. Mientras navegábamos entre los invitados siguió comentando.

– Veo que te has llevado muy bien con el conde de Trenton.

– Es muy interesante, y muy culto.

– Si y también un poco oscuro. Dicen que su primera esposa se suicidó.

– Tía pero si has sido tú quien me lo presentó.

– Si es verdad, pero no pensé que se llevarían tan bien, pensé que te gustaría alguien un poco más… alegre. Bueno no pasa nada, no creo que sea para tanto lo de la esposa, ya hace un año que pasó y seguro que lo habrá superado y estará buscando.

– Tía.. dijiste que no ibas a presionar.

– No estoy presionando, sólo pensaba en voz alta.

– Haces eso muy seguido.. – dije susurrando para que no me escuchara.

– Bueno si te ha gustado puedo decirle que pase con nosotros una semana o dos, así pueden conocerse un poco mejor antes de que vuelva a su tierra.

– Tía, no ha venido desde Trenton, esta estudiando aquí.

– Ahh pero eso no lo sabía, con razón decías que era muy culto. Un punto a su favor. Se que es un poco mayor para ti pero..

– Tía…

– Esta bien, esta bien, no digo más. Sólo le comentaré si quiere venir a cenar mañana.

Me reí ante la gracia con la que se metía en los asuntos de los demás y como salía airosa bajo su encanto.

– Bueno este es Jhon, príncipe de Fintes – dijo mi tía cuando llegamos ante el alto y delgado hombre.– Aunque creo que ya se conocían.

– Éramos bastante pequeños, han cambiado mucho las cosas desde entonces. – dijo mirándome de arriba abajo y extendiendo su mano para

besar la mía.

– Lo recuerdo, llevaba siempre una capa roja con la que se tropezaba mientras corría. – dije con una leve sonrisa.

El príncipe sin embargo no lo encontró gracioso y volteó la mirada orgulloso. Mi tía se inventó una excusa para dejarnos solos y nos quedamos en silencio obviamente incómodos.

– ¿Han mejorado las cosas por el reino? Mi hermano me ha comentado que han tenido unas dificultades. – dije buscando algún tema de conversación.

– Yo no lo llamaría dificultades. – soltó insolente.- Lo hemos resuelto fácilmente, pero no quisiera hablar de eso ahora.

– ¿De qué quiere hablar entonces?

– De su padre. Me habían dicho que estaba ausente por que se encontraba aquí, en Altos de Milos y sin embargo no lo he visto en toda la noche.

Percibí en su tono que estaba molesto y en su mirada un toque amenazador.

Mi padre esta indispuesto. Lamento que haya venido hasta aquí para verle y que no sea posible. – le dije siendo sincera y la vez no.

– Tengo que verle, hay unos temas que debo tratar con el. – dijo extendiendo su mano hasta mi brazo y apretando con fuerza llevándome lejos del resto de invitados.

– Es bienvenido en el castillo cuando quiera. – le dije con firmeza.

– Ahora casualmente esta en el castillo. – añadió con reproche.

– Puede escribirle una carta si tanto le urge. Yo me encargaré de hacérsela llegar. – dije intentando soltarme de su agarre.

– He venido hasta aquí desde muy lejos con una idea en mente, pero me esta costando mucho sentirme complacido con ella ahora.

– ¿De qué habla? No le entiendo.

– Usted. Me esta haciendo perder la paciencia.

Jhon apretó mi brazo con más fuerza y añadió entre dientes.

– He venido a reclamar su mano, la que su padre ha prometido a mi familia hace tantos años, tengo muchos planes para ambos reinos.

– Creo que se está adelantando a los hechos, no he escuchado nunca sobre esa promesa.

– ¿Me está llamando mentiroso?

– No ponga palabras en mi boca que no he pronunciado.

– Usted y yo podríamos ser reyes de todo Rotherland, Larthos y mucho más. Aunque vamos a tener que hacer algo con su carácter, no funcionará si va a comportarse de esa manera.

Perpleja le miré y sin saber como responder pose mi mano encima de la suya, intentando liberarme.

– Suélteme, me hace daño. – dije con mirada desafiante.

– Un poco de firmeza es lo que usted necesita.

– Si cree que esta manera aceptaré su proposición esta muy equivocado.

– Afortunadamente no está en sus manos.- añadió susurrando a regañadientes.

– Princesa – dijo de repente una voz detrás de nosotros.– Me encargó que la llamara cuando fuese hora de dar su discurso. Los invitados están comenzando a irse, creo que es el mejor momento.

– Muchas gracias Trivol. – dije sintiéndome agradecida cuando Jhon soltó mi brazo.

Me incliné ante el príncipe pero le miré con rencor. No sabía de que estaba hablando. No podía imaginar que mi padre me hubiese prometido sin yo saberlo, y a un hombre tan despreciable. Me di la vuelta y atravesé la sala con Trivol a mi lado.

– ¿Está bien? Lamento haber interrumpido pero no parecía estar teniendo una plática amena.

– Estoy bien, y no, no lo era. Muchas gracias Trivol.

– No merece que nadie la trate de esa manera. No debería acercarse a

ese hombre.

– No lo haré. Tampoco daré un discurso para aparentar nada ante ese arrogante.

– Lo siento. No se me ocurrió otra cosa.

– No se disculpe, agradezco sus intenciones. El punto que había perdido hace un rato, lo ha vuelto a ganar.

Trivol asintió y me acompañó de regreso a la puerta.

– Su tía me ha pedido que me quede unos días. Sin embargo no me quedaré si a usted no le complace.

– Quédese, y así podré recompensarle.

– Sólo con su presencia ya me siento halagado.

– Es usted muy amable. – le dije acompañado de un gesto leve de cabeza.- Nos vemos mañana entonces, ahora si me permite me retiraré a mis aposentos.

Sonreí levemente cuando volvió a mirarme luego de besar mi mano rosándome con su barba y me dirigí a mi habitación con una idea dando vueltas en mi cabeza.

Recordaba a Jhon de pequeño, era altanero y presuntuoso, pero me trataba con cuidado y respeto. Y ahora, se había convertido en un hombre temible, malicioso. Y si lo que decía era cierto, no descansaría hasta obtener lo que por derecho pensaba que era suyo. Pensaba en lo que rechazarlo significaría para Gwerth, hacer de su mejor aliado su mayor enemigo.

Al día siguiente recibí una carta del príncipe Jhon. Me pedía disculpas por su comportamiento y me explicaba que se había sentido muy frustrado con su inútil intento. Prometía acercarse al castillo en cuanto pudiera para comentar nuestro futuro. No pude percibir si lo decía en tono amenazante o si estaba realmente arrepentido.

Preocupada y pensativa me sorprendió mi prima cuando entró en mi habitación.

– ¿Estás lista para las clases de baile? – comenzó animada pero al notar mi humor cambio la cara. – ¿Te pasa algo?

– Nada que no se pueda solucionar.

– Entonces vamos, te sentirás mejor tras un par de vueltas.

Sonreí y salí de mi habitación tras ella. Era una chica muy jovial y llena de vida, era muy fácil estar con ella. Los siguientes días en Altos de Milos los pasé haciendo todo tipo de actividades con ella, Íbamos juntas a clases de baile, paseábamos a caballo, nos probábamos vestidos y nos reíamos haciéndonos bromas.

También pasaba mucho tiempo con Trivol. Dábamos paseos en el campo y pasábamos horas hablando de sus experiencias y sus viajes. Me fascinaba el modo que tenía de hablar como si te transportara con sus palabras a lugares que nunca había pisado.

– Me encantaría ver esos paisajes que cuentas. Caídas de agua y bosques sin pinos.

– No es un lugar para una princesa, pero si usted me lo pide le llevaré a donde quiera.

Le sonreí y me quede en silencio un poco incómoda con su cortejo. Había sido muy correcto y respetuoso durante esos días, pero sabía que su tiempo en el palacio se estaba terminando y debía de sentirse presionado.

– ¿Puedo preguntarle algo? – le solté de repente.

– Si, claro. Pregunté lo que quiera.

– Estaba usted casado anteriormente.. y..

– Supongo que veo por donde va. – dijo luego de un rato.- Mi esposa se suicidó hace casi dos años. Después que tuvo a nuestras primeras dos niñas no pudo tener más hijos y perdió varios en el camino. Quería por todos los medios darme un heredero pero la muerte de los pequeños le entristeció mucho y también cayó enferma. Supongo que no quería ser una carga para nosotros.

– Lo siento mucho, no debería haber preguntado. – dije apenada.

– Los rumores son rumores, prefiero que me pregunten directamente como lo ha hecho usted, así que no se disculpe.

– Usted la amaba. – adelanté.

– Mucho. Era una mujer increíble, me costó años convencerla de que

fuese mi esposa.

– No creo que no fuese porque usted no le gustara.

– Era una alma libre, no pertenecía a una casa con una familia. Tenía que haberle dejado ser.

– No había forma de saberlo. Es usted un hombre amable y estoy segura que por más libre que fuera no pudo evitar enamorarse de un hombre como usted.

– Como espero que usted lo haga. - dijo de repente cambiado la conversación.

Me miró con ternura cogiendo mis manos y colocándolas entre las suyas. Yo me quedé muy quieta intentando descifrar en sus ojos sus intenciones.

Se que llevamos poco tiempo conociéndonos y admito que es pronto para mí. Pero siento que debería permitirme a mi mismo volver a ser feliz con otra persona y usted… usted es asombrosa. Los días que he pasado aquí a su lado, han sido los más alegres y menos forzados que he tenido en años.

Colocó su mano en mi mejilla y la acarició con suavidad. Acercó su cara y me dio un beso delicado, justo al lado de la boca.

– Lamentablemente debo volver a mi tierra y no podré quedarme más pero me gustaría que pudiésemos escribirnos y seguir conociéndonos.

– A mi también me gustaría.- dije cuando al fin pude hablar.

Me sentía halagada pero a la vez me parecía incorrecto. No debería estar dándole alas a ese buen hombre cuando en mi mente aún no podía dejar de pensar en Isac.

De repente vi que sus ojos se posaban en algo detrás de mí. Me giré para ver a Sarah que venía corriendo por el camino arenoso del jardín.

– Disculpen la interrupción pero tienes que acompañarme Camila.

– ¿Qué ha pasado? ¿Los niños están bien?

– Están bien, no es eso. Ha llegado una carta, me han dicho que debo entregártela de inmediato, me temo que sea por tu padre.

Sentí en mi pecho una punzada de dolor y de miedo. Me despedí brevemente de Trivol y me dirigí a mi habitación. La carta que Sarah me

tendió llevaba la estampa de Gwerth y la letra de mi hermano. Efectivamente mi padre había empeorado y no le quedaba mucho tiempo de vida. Debía volver al castillo lo antes posible, si quería despedirme de él.

Lamentablemente no pude llegar a tiempo.